

Mar P. Zabala

Los casos de
Marina Altamirano II

LA CIUDAD OCULTA

E

D.J.57

La ciudad oculta

Los casos de Marina Altamirano 2

Mar P. Zabala



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mi Salamanca

—Pi, pi, pi.

El despertador sonó estridente, uniéndose a la canción de la mañana. Los tacones del médico del piso de arriba preparándose para ir a trabajar habían sido lo segundo que había oído Marina, después del entrechocar de cajas de refresco del repartidor de un bar cercano. Con los ojos abiertos, la puerta que arrastraba del piso de abajo, había sido lo que una vez más la había hecho levantarse. Estaba en la ducha cuando había empezado a sonar la alarma del despertador, que como era habitual se le había olvidado apagar.

—Pi, pi, pi —repetía insistente en la habitación vacía.

Estaba cepillándose el pelo cuando lo oyó y corrió a desconectarla. Se disponía a volver al baño cuando un nuevo sonido irrumpió con exigencia en su rutina. Era su móvil, que con Sofía de Álvaro Soler parecía haber despertado también. Sonrió mientras contestaba la llamada, varias veces había sido objeto de miradas enfurecidas cuando su teléfono sonaba en el trabajo, pero no le importaba, la canción era la preferida de su sobrina Ana y no pensaba cambiarla. También era su favorita y cuando la oía apenas podía contener las ganas de ponerse a cantar y bailar. Sin embargo, al ver en el identificador de llamadas que era su compañero Pepón, las ganas de bailar desaparecieron al instante.

—Buenos días —saludó Marina respondiendo a la llamada.

—Hola —contestó lacónico Pepón—. No vengas a la comisaria, te recojo

en diez minutos en tu portal.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Marina.

—Por el camino te lo explico.

Adiós a su desayuno. Terminó de vestirse, cogió una madalena y bajó al portal a esperar a su compañero. Más valía que se la comiera antes de que él llegara, o le volvería a dar la charla sobre los nutrientes y los conservantes que ya se sabía de memoria, pero de la que pasaba. Lo único bueno de sus nervios era que su metabolismo quemaba la grasa y el azúcar con voracidad; por mucho que la reprendiera Pepón, no le iba a hacer caso. Era un buen tío, no tenía la misma complicidad que había tenido con Carlos, pero confiaba en él. Su aspecto parecía el del típico musculitos preocupado por el cuerpo, que pasaba las horas en el gimnasio. Ella sabía que no era así. Trabajador incansable, más de una vez habían oído, en el silencio del despacho, dar las campanas de las doce en la iglesia cercana, enfrascados en el caso que en ese momento tuvieran entre manos. Los fines de semana eran otra cosa, durante esos dos días solía irse a hacer alpinismo, montaña, piragüismo o cualquier otra actividad en la que la adrenalina estuviera presente. Ocasionalmente Marina le acompañaba, para después desear tener otros dos días para descansar del fin de semana. Claro que, cuando hacía de niñera de Ana y Pilar, era casi peor. La pequeña de dos años era incansable, agotaba a sus padres y la agotaba a ella cada vez que se veían. Por no hablar de su hermana, que empezaba a dar síntomas de la intratable adolescente en la que se iba a convertir.

Marina seguía soltera, lejano ya el recuerdo de su exmarido Juan, alguna vez había cedido a la tentación de salir a cenar con algún amigo de Carlos o de su mujer, Teresa. Aunque casi todos eran buenos chicos, ninguno había despertado en ella el suficiente interés para repetir una cita. Desde luego, el cuñado del amigo de la compañera de la mujer de Carlos de la clase de yoga había resultado un bicho raro con su manía de mirar más sus pies que su cara. Teresa y ella se habían reído hasta la saciedad cuando se lo había contado. Ya

era tarde para ceder en sus costumbres y adaptarse a las de otro. Mejor sola que mal acompañada. El ronco ronroneo del motor del coche con el que Pepón la recogía la sacó de su ensoñación.

—¿Eso que veo en tu cazadora es la miga de una madalena de las del supermercado? —le preguntó su compañero mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—No, hombre, es una miga de los cereales de avena que he desayunado esta mañana.

—Mientes peor que el sospechoso de ayer. Huelo la grasa desde aquí.

—Era pequeñita, ni para un diente he tenido —rio Marina ante los ojos en blanco de su amigo—. Cuéntame que ha pasado, quién ha muerto.

Tiempo atrás Marina tenía como compañero a Carlos, eran los últimos a los que tenían en cuenta en el departamento de Homicidios de Basema. Todo cambió cuando una serie de asesinatos, en diversas ciudades del país, llegó a sus manos fruto de la casualidad. Su momentáneo compañero de investigación, Arturo, había dejado el cuerpo y, cuando a Carlos le ofrecieron el puesto de comisario jefe en Salamanca, no dudó en pedir el traslado también y seguir a sus amigos. Un cambio de ciudad les vendría bien a todos para olvidar los trágicos sucesos. Nadie, ni si quiera el interesado, sabía que el puesto primero le había sido ofrecido a Marina, quien lo había rechazado. No le gustaba el papeleo y la inactividad que llevaba asociado el cargo. No tenía la mano izquierda necesaria para saber satisfacer y calmar las demandas del concejal de turno o del rico empresario implicado en mayor o medida en el caso. Pepón se convirtió en su compañero por eliminación. Nadie del departamento quería trabajar con ella, decían que no sabía dar fin a la jornada, que se implicaba demasiado en los casos y que sus teorías eran demasiado locas. Así que, cuando Pepón pidió el traslado procedente de Narcóticos hacía tres años, terminaron como compañeros.

—En realidad no se sabe quién es la víctima, ni si hay varias. Solo han encontrado restos de sangre, pero hasta que los forenses no la analicen no

sabremos si es de una o de varias personas.

—¿Dónde la han encontrado?

—Ese es el misterio del caso. En el Hotel Casandra —respondió Pepón aparcando el coche junto al cordón policial que habían colocado en torno a este.

Era un precioso edificio de fachada neoclásica renacentista, que hacía esquina en una de las calles más céntricas de Salamanca. Después de identificarse, entraron en el amplio *hall* recubierto de mármol granate, con sillones tapizados en beige y recargados cortinajes. Un policía les entregó los patucos de plástico y los guantes de látex, con los que era obligatorio equiparse para intentar mantener la virginidad de la escena. Para sorpresa de Marina, Carlos estaba allí hablando con el jefe del equipo científico, del que se podía ver a varios de sus miembros con su habitual mono blanco. Con un levantamiento de ceja, les hizo una seña para que esperaran un momento.

—¿Qué hace Carlos aquí? —quiso saber Marina.

—Mira a tu alrededor —respondió Pepón misterioso—. ¿No ves nada raro?

—Salvo demasiada gente en la escena de un crimen y de que no veo sangre, no veo nada extraño.

—No vas desencaminada —afirmó su amigo, divertido.

Carlos se acercó a ellos con cara de no haber dormido.

—¿Mala noche? —preguntó Marina.

—A Pili le están saliendo dos dientes; cuando por fin dejó de llorar y se durmió, me llamaron de la comisaria.

—Pobrecilla —dijo Pepón.

—Puedes hacer de niño la noche que quieras —aseguró Carlos.

—No, yo... no...

—Tranquilo, era una broma. Este caso también lo parece.

—¿Pero qué ha pasado? —inquirió Marina mosqueada por tanto misterio.

—Anoche hubo tormenta, se levantó un viento muy fuerte. Una vecina del edificio de enfrente se despertó por el ruido de la persiana al agitarse con el

aire. Cuando fue a asegurarse de que la ventana estaba bien cerrada, vio cómo las cortinas de varias habitaciones del hotel ondulaban por las ventanas y balcones abiertos. Decidió llamar a la recepción, pero nadie respondió, así que llamó al 112.

—¿Por qué no contestaban al teléfono?

—No solo por eso, Marina; según la vecina cotilla, desde el domingo algunas de las ventanas y balcones han permanecido abiertos, las camas sin hacer. Tampoco ha visto a ninguna camarera limpiando.

—Puede ser que tengan poco personal. Si no tienen inquilinos, a lo mejor no limpian las habitaciones hasta que sea necesario —sugirió Marina.

—El caso es que una patrulla se acercó a ver qué ocurría. Se encontraron la puerta de la calle cerrada, les pareció raro y llamaron a los bomberos para que forzaran la puerta. Llovía con fuerza y era raro que hubieran dejado las ventanas abiertas si pensaban cerrar unos días. Algo extraño, porque empiezan los viajes del Inverso y siempre tienen alguna excursión.

—¿También lo sabéis por la vecina? —preguntó Marina divertida.

—No, por mis padres —respondió Carlos haciendo amago de una sonrisa—. No se pierden un viaje.

—Normal, si no les haces hacer de niños —replicó Pepón suspicaz.

—Ja, ja, mirad cómo me río —dijo Carlos mosqueado, continuando con su relato—. Después de un par de intentos, los bomberos lograron entrar. Las luces estaban encendidas, una radio estaba puesta en la recepción, al mínimo volumen, seguramente con el fin de distraer las largas horas de la noche del recepcionista. Llamaron con insistencia, pero nadie respondía ni salía a recibirles. Decidieron investigar un poco más y por todas partes veían lo mismo: carritos con ropa de cama abandonados en los pasillos, puertas de habitaciones abiertas sin ocupantes, pero con la ropa y las maletas de estos en los armarios. Alguna televisión encendida, pero ninguna señal de vida. En el recodo que lleva a la cocina hallaron restos de sangre y, en una de las habitaciones, encima de la cama, una gran mancha, así que llamaron a la

comisaría y a la hora los de la científica estaban aquí. Como el dueño es un hermano del concejal de deportes, decidieron que había que llamarme y, como sois mis mejores detectives, os he avisado.

—Haré que me lo creo —replicó Marina; sabía que aquello era una forma de decirles que no quería equivocaciones y que, como le estaban presionando desde arriba, necesitaba a alguien de su confianza—. Te contaremos lo que averigüemos antes de ponerlo en el informe.

—Con eso me vale —asintió Carlos.

En la planta baja estaba el acceso a las cocinas, a los salones y a las oficinas de dirección. Por el resto de los pisos, se distribuían las habitaciones de los huéspedes. Decidieron recorrer el hotel empezando por la parte superior e irían descendiendo. Cuando llegaban a la quinta planta en la que solo había cuatro habitaciones y una inmensa terraza, Marina sentía el corazón en la boca; intentó contener los resoplidos para evitar los comentarios jocosos de Pepón sobre su baja forma física, pero fue inútil.

—Menos madalenas y más gimnasio.

—Estoy bien —replicó Marina con un hilo de voz.

—Veamos la terraza, así recuperas el aliento.

Tras pasaron las puertas de cristal y se encontraron en un bonito espacio, que en las noches de verano se convertía en un agradable rincón *chill out* desde el que contemplar el cielo estrellado. No obstante, estaban en otoño, así que las sillas y las mesas estaban plegadas en un rincón y tapadas con una lona al resguardo de la lluvia.

—¿Has venido alguna vez en verano? —preguntó Pepón.

—La verdad es que no; mi amiga Ana Cristina dice que se está bien para tomar una copa. Un ambiente tranquilo y agradable. Mira esas ventanas, alguna será la de la vecina que llamó al 112.

—Desde cualquiera de ellas pueden ver parte del hotel, habrá que hablar con los vecinos.

—Esa otra casa está vacía. Solo hay que ver los grafitis de las ventanas.

—Y la cadena de la puerta del portal. Por ahí no ha entrado nadie en tiempo. Las otras casas están demasiado lejos, con unos prismáticos quizás puedan ver algo, pero tal vez no hayan visto nada.

—No se pierde nada por preguntar a los vecinos.

—Veamos las habitaciones.

Habían cogido una llave maestra que colgaba de un carrito con ropa de cama y toallas, en un rincón del descansillo. Con ella entraron en las habitaciones. En las cuatro se encontraron con el mismo escenario: camas hechas, armarios vacíos a excepción de un par de almohadas y mantas. Tenían aspecto de no haber sido ocupadas en algunos días. El polvo se acumulaba en las superficies de las habitaciones.

—Aquí no ha dormido nadie en días —afirmó Pepón.

—Con la terraza, no creo que las ocupen en verano, demasiado ruido. Y supongo que en el resto del año preferirán ocupar las habitaciones de las plantas inferiores, para comodidad de inquilinos y personal del hotel —añadió Marina.

Descendieron por las escaleras hasta la cuarta planta. En ella había veinte habitaciones de las que solo tres tenían las puertas abiertas. Entraron primero en ellas, las camas estaban deshechas, había ropa en los armarios y en las sillas, e incluso los móviles y algún portátil permanecían abandonados esperando a sus dueños.

—¿Quién deja el móvil hoy en día y se marcha sin él? —preguntó Marina señalando un teléfono de última generación que descansaba en la mesilla junto a su cargador en la habitación 405.

—Aquí está la documentación de su dueño. Por lo que veo, es un comercial de informática. Jaime Velasco. El portátil está sin batería, diré a los técnicos que lo carguen y vean qué pueden averiguar.

—Por los papeles que hay junto al ordenador, lo que fuera que pasara le pilló trabajando. El móvil tiene batería, pero está protegido con contraseña. Veamos la siguiente.

Salieron al pasillo; el sonido de las puertas del ascensor al abrirse los sobresaltó en medio del sepulcral silencio, roto por las lejanas voces de sus compañeros en la planta baja, que se escuchaban débilmente por el hueco de las escaleras. Eran dos compañeros de la científica que, junto con un policía de uniforme, subían a recoger muestras en las habitaciones.

—Detective, esta es la lista de los huéspedes del hotel. La hemos encontrado en el ordenador de recepción —explicó el policía.

—Gracias. La siguiente es la 412, según esto es de un hombre llamado Juan Pérez que llegó el domingo al hotel; por lo que veo, Jaime también llegó esa tarde.

—Aquí es donde hay algún resto de sangre en la moqueta, junto al baño, y una mancha de mayor tamaño en la cama —indicó una mujer de la científica.

—Debía estar preparándose para acostarse cuando algo interrumpió su rutina —conjeturó Marina.

—Por su equipaje y su documentación, parece un empresario ganadero, habría venido a hacer algún negocio o al mercado de ganado del lunes —dijo Pepón rebuscando en los bolsillo de una americana que colgaba de una percha en el armario.

—Vamos a la otra habitación que nos queda por ver, dejemos a la científica trabajar tranquilos.

Seguidos por el policía, que no podía disimular su curiosidad, se dirigieron a la tercera habitación de la planta con la puerta abierta. Era la 471 y, como corroboraron al registrarla, su ocupante era Tomás Beltrán, el feliz abuelo, que, por lo que pudieron ver, había venido a conocer a su nieta recién nacida. En el móvil, sin contraseña y sin conexión a internet, pudieron ver fotos de la pequeña y del resto de la familia.

—Tiene varias llamadas perdidas de su hija, la madre de la pequeña, y mensajes de texto en los que preguntaba si había vuelto bien a su casa. Por lo que se ve, el domingo era su última noche en la ciudad —afirmó Pepón trasteando en el móvil, que aún tenía un resto de batería.

—Llama a la comisaría y pregunta si ha habido alguna denuncia por desaparición en estos tres días. Tal vez haya más familiares inquietos por sus seres queridos que nos puedan dar una pista de lo que ha pasado —le pidió Marina a su compañero—. ¿Alguien ha registrado el resto de las habitaciones?

—No creo, detective —respondió el joven policía—. Han empezado por abajo y solo han echado un vistazo general por las plantas buscando alguna víctima.

—Vuelva abajo y hágase con otra llave maestra. Con algún compañero registren el resto de las habitaciones; al menor indicio de lucha avisen a la científica.

Marina y Pepón decidieron echar un vistazo en un par de las habitaciones cerradas antes de bajar a la siguiente planta. En la primera que entraron, el frío hacía que pareciera una nevera. Sin duda, el fuerte viento había hecho que la puerta del balcón se abriera de par en par, y las cortinas campaban hacia afuera a sus anchas. Pasaron a la siguiente habitación; mientras Pepón registraba el baño, empezó a sentir un incipiente dolor de cabeza. La vista comenzó a nublársele, tambaleándose salió en busca de Marina. Era tarde, yacía inconsciente junto a la cama con el móvil en la mano en un vano intento de pedir ayuda.

Marina recobró la consciencia, zarandeada por la mujer de la científica en el descansillo de la planta. Pepón permanecía aún inconsciente tendido junto a ella.

—Creo que hay algo en el aire; seguramente, lo han introducido por el tubo de ventilación de los baños —sugirió la forense—. En la habitación en la que entraron ustedes, el viento no había abierto la ventana, la puerta estaba cerrada, el agente contaminante permanece en el aire.

—Pero en las habitaciones de arriba no nos ha pasado nada —replicó Marina entre los pinchazos de dolor que sentía en su cabeza.

—Lo habrán introducido de forma localizada en esta planta.

—Y en la inferior —añadió un policía con mascarilla que llegaba junto con los servicios médicos a atender a los detectives—. Dos compañeros se han desmayado al empezar a registrar las habitaciones de la tercera planta. Están buscando la entrada a la zona de mantenimiento del hotel. Deben de haber diseminado algo en estos dos pisos, que todavía permanece en el aire en una no muy alta concentración.

—¿No muy alta? Mi compañero está grogui y yo estoy para el arrastre.

—Peor está la recepcionista del hotel. La hemos encontrado en un escobero. Está muerta, sin heridas aparentes de lucha o defensa. Habrá que analizar su sangre en busca de compuestos químicos.

El hotel fue evacuado, y ellos junto con los otros agentes fueron llevados al

Hospital Universitario para evaluarlos e intentar eliminar el gas que los había afectado. Entre vómitos y temblores, Pepón para alivio de Marina, despertó en la ambulancia. Tras los permitentes análisis, descubrieron el causante de su pérdida de consciencia y, tras unas horas de observación, les dieron el alta. Ambos detectives rechazaron la oferta de cogerse un par de días de baja.

—Gracias, Carlos, ahora es un homicidio y varias personas permanecen desaparecidas. Es cuestión de tiempo que los familiares empiecen a armar bulla en las redes. Descansaré en casa hasta mañana y seguro que Pepón es de la misma opinión.

Como si hubieran despertado con resaca después de una noche de fiesta, aunque sin haber salido y disfrutado de la diversión, Marina y Pepón estaban sentados a su mesa a las nueve de la mañana, rodeados de los primeros informes de la científica, y de los datos que habían podido recoger los técnicos informáticos antes de evacuar el hotel.

Además de las tres habitaciones de la cuarta planta, otras dos de la tercera habían estado ocupados esa noche. En la 308 encontraron el maletín con la documentación de un seminario de cirugía cardiaca al que Raúl Prieto había asistido la semana anterior. Por lo que parecía, había alargado dos días su estancia en la ciudad para conocerla un poco mejor, ya pasada la vorágine de conferencias y reuniones. Estaba soltero, y había llegado a Salamanca procedente de Colombia.

En la 320 encontraron las cosas personales de Rosa Hernández. Una zamorana que estaba en la ciudad para visitar a una tía hospitalizada por una cirugía. Tenía varias llamadas perdidas en el móvil, de su casa y un par de mensajes de publicidad.

—¡Solo cinco habitaciones! —exclamó Pepón.

—Es temporada baja. La gente ha viajado el pasado puente y hasta

principios de noviembre no se moverán más. Además, un domingo la ocupación es menor que un sábado —explicó Marina pensativa.

—En cuanto al personal, parece que esa noche del domingo solo estaban Luisa García, la recepcionista muerta, y Armando Gómez, el pinche de cocina-camarero-chico para todo.

—Eso parece. Según este informe, han encontrado dispositivos dispensadores de gas narcótico en los tubos de ventilación de la cuarta, tercera y planta baja. En esta última, al cerrar las puertas, la temperatura se elevó tanto que el aire acondicionado se conectó y eso hizo que el aire se cambiara y el gas se eliminara.

—Las puertas estaban cerradas por dentro, ¿cómo salieron los atacantes y como sacaron los cuerpos?

—Intentaremos responder a esa pregunta cuando podamos volver al hotel. Hay que buscar salidas secundarias.

—En la cocina hay una por la que entran los suministros de comida, los del servicio de lavandería, sacan la basura y demás.

—Tenemos que hablar con el personal encargado de esas tareas. No acudieron ni el lunes ni el martes al hotel. Hasta la noche del martes que la vecina dio la voz de alarma, nadie se acercó por allí. Había huéspedes, el hotel funcionaba, ¿por qué no fueron? —preguntó Marina reflexionando en voz alta.

En ese instante el teléfono del escritorio de Pepón sonó. Les avisaban de que ya podían volver al hotel. Cogieron sus cosas y salieron a la carrera. El tiempo discurría en su contra. No sabían si los desaparecidos estaban vivos o los encontrarían muertos en algún otro armario que hasta ese momento no hubieran abierto.

—Hola —saludó Marina a la pareja de la científica que los acompañaría en su segunda visita al hotel, que era la misma que el día anterior.

—Hola, detectives. Ya veo que se encuentra mejor.

—Con la cabeza algo embotada pero mejor. Por cierto, soy Marina y mi

compañero es Pepón. Si vamos a trabajar juntos, podemos dejarnos de formalidades.

—Encantada, Marina; yo soy Solé y él es Leo. Vamos a llevar con nosotros este aparato que irá analizando el aire que respiramos; a la menor sospecha de que el gas narcótico esté todavía presente, salimos pitando.

—No lo dudes, aún tengo el estómago revuelto —aseguró Pepón.

Esta vez iniciaron el recorrido por la tercera planta, no tenían ganas de volver a la cuarta, ya mandarían a alguien que lo hiciera por ellos. Las dos habitaciones que habían estado ocupadas mostraban los mismos signos de abandono precipitado de sus ocupantes. En la de Rosa Hernández pudieron apreciar signos de que ya estaba durmiendo, las sábanas estaban revueltas y la bata, abandonada a los pies de la cama.

—Creo que, si hubiera salido por su propia voluntad, hubiera cogido la bata por lo menos —apuntó Marina.

—No hay signos de pisadas en la moqueta —afirmó Solé dubitativa—. Es extraño, nosotros aún con los patucos dejamos una leve marca y no hay nada.

—Esa noche llovía —añadió Leo—. Tendríamos que haber visto restos de barro y no hay ningún resto, en ninguna parte del hotel.

—¿Me estáis diciendo que pasaron la aspiradora y fregaron el suelo los secuestradores? —preguntó Pepón confuso.

—Eso lo tendréis que decir vosotros —le respondió Solé—, nosotros solo os decimos lo que no vemos y deberíamos ver.

—Veamos la habitación del médico.

Raúl Prieto debía estar sentado delante del portátil, escribiendo un email. Puesto que su ropa estaba doblada con pulcritud en una silla, estaría ya cómodamente vestido con su pijama. Su reloj de pulsera estaba junto al ordenador, y un sándwich a medio comer en el otro lado. Ropa cara y artículos tecnológicos de la marca de la manzana indicaban su alto nivel adquisitivo.

—Tal vez el móvil era el secuestro de alguno de los ocupantes de las

habitaciones y el resto simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado —sugirió Pepón.

—Si hubiera sido eso, creo que habrían encontrado una forma más sencilla de raptar a la persona que les interesara. Fuera del hotel, en una calle poco iluminada, al abrigo de la noche y la lluvia —conjeturó Marina—. Hay algo más que no hemos sabido ver hasta ahora. Miremos el resto de las habitaciones.

En esa planta y en las dos inferiores no encontraron nada más que cuartos vacíos con las ventanas abiertas para eliminar los restos del gas. La vecina cotilla debería estar escandalizada, pensó Marina sonriendo. Después irían a visitarla, además de a algún otro vecino desde cuya casa sus compañeros habían apreciado que se veía bien el hotel. El recorrido de la planta baja rompió la monotonía de las anteriores. En ella se albergaban dos salones de tamaño mediano y uno grande destinado a banquetes. Una puerta disimulada junto a la recepción permitía el acceso a las interioridades del hotel. Lo primero que encontraron fueron dos oficinas: una era la de la directora y otra, dividida en tres pequeñas oficinas, era la del personal administrativo.

—La directora y el resto están citados esta tarde en la comisaria —le explicó Pepón a Marina.

—Bien. ¿Los familiares de los huéspedes?

—Extrañados en mayor o menor medida por no tener noticias de sus familiares, pero en ningún caso habían puesto una denuncia en la comisaría por desaparición.

—Triste. ¿Cuántos días tienen que pasar en este mundo en el que estamos conectados por la tecnología a todas horas, y nunca tenemos tiempo para vernos en persona, para que alguien nos eche en falta? —preguntó Solé a modo de reflexión.

—A mí no me lo preguntes, mi móvil es antiguo. Solo tengo WhatsApp, pero ninguna otra aplicación, y en mi despacho solo hay una máquina de escribir —contestó Marina.

—¿Y los informes?

—Para eso se sienta en mi mesa o me manda a escribirlos a mí —respondió Pepón.

—Créeme, Solé, tanta tecnología solo trae disgustos —afirmó Marina sin querer recordar el caso que casi le cuesta la vida—. Los de la tecnológica vendrán a revisar los ordenadores. ¿Dónde encontraron a Luisa García?

—Por aquí, detective —le indicó Leo.

Junto a la oficina de Dirección, un ascensor llevaba a las cocinas situadas en el sótano del hotel. En el pasillo que conducía a estas, había un escobero gigantesco destinado a guardar útiles de limpieza y, en uno de sus cuerpos, habían encontrado a la fallecida recepcionista.

—¿Por qué la matarían? —preguntó Pepón.

—Según la autopsia, murió por el gas; tal vez fuera un accidente y le afectó más que al resto —sugirió Solé.

—O están todos muertos —apuntó Leo.

—No, no lo creo —negó Marina—. Estoy con Solé. Lo de la recepcionista fue un error. Si su fin hubiera sido matarlos a todos, habiéramos encontrado los cadáveres. No, no ha sido un asesinato. Vamos a la cocina donde Armando esperaba que lo llamaran.

—La directora me dijo por teléfono que era un chico para todo —comenzó a explicar Pepón—. Su principal cometido era ser pinche de cocina, pero se sacaba un sobresueldo trabajando como camarero de guardia por las noches. No era muy habitual, pero a veces un huésped necesitaba una manta extra, un medicamento por una ligera indisposición, una infusión o algo así, y siempre se quedaba alguien para atender la petición.

—Veo que estaba leyendo un libro —dijo Marina acercándose a la mesa donde Armando había estado sentado pasando el rato.

—Sí, *Recuerdos Olvidados*, de Mar P. Zabala, me han dicho que es muy bueno —afirmó Pepón.

—Y aquí está la puerta por la que acceden los de los suministros, sacan la

basura y demás —indicó Solé con un gesto de la mano.

Los cuatro salieron, agradeciendo respirar el aire limpio de la mañana y alejarse por un momento del ambiente opresivo del hotel. Unos restos de colillas junto a un contenedor les hizo suponer que aquel era el refugio de los trabajadores para hacer un descanso y fumarse un cigarrillo. En el otro extremo, una puerta daba acceso a una calleja pequeña aledaña al hotel. No obstante, era igual de desconcertante, un grueso candado hacía ver que estaba cerrada por dentro. Por allí tampoco había salido nadie.

—En principio, ya lo habéis visto todo —aseguró Solé—, ahora vendrán varios efectivos de nuestra unidad para tomar huellas y muestras.

—De acuerdo, si encontráis algo interesante nos llamáis; si no, esperaremos al informe. Pepón, vamos a conocer a la vecina que hizo la llamada y ese par de pisos del edificio de la esquina desde el que se ve la terraza.

La vecina estaba encantada de recibir a los detectives encargados del caso. Esa tarde mientras echaba la partida con las amigas iban a tener temas de conversación.

—Por supuesto, mi intención no era fisgonear —afirmó la anciana, abrochándose la bata de guata y agitando la mano.

—Ni se nos ocurriría pensar eso —alegó Pepón conteniendo la risa.

—Me asomé solo para ver que tal hacía, con estos cambios de tiempo no sabe una qué ponerse. Con el chaquetón tengo calor, pero con el traje de...

—Sí claro, a las dos de la madrugada es de lo más normal —la interrumpió Marina—. ¿Desde el domingo no ha visto nadie por las habitaciones?

—A nadie. Esa mañana mientras desayunaba antes de irme a misa, vi a gente haciendo maletas y arreglándose. Una mujer puso con ventosas en el cristal del balcón un espejito, se estaba maquillando, el marido estaría afeitándose y no la dejaba. Mi Rodolfo, que en paz descanse, nunca llevó barba, a mí no me gustan mucho, qué asco todo eso pelo en la cara. ¿No le parece?

Pepón ya no podía aguantar más la risa, así que con su móvil se asomó a la

ventana a hacer fotos del hotel. Marina, más diplomática, continuó conversando con la señora. No podía evitar que le recordara a su propia madre, igual de charlatana y con ideas peculiares y anticuadas de lo correcto e incorrecto. Por ella se enteró de que los lunes y los jueves, de madrugada, llegaban los camiones de reparto a una gran tienda de una conocida marca de ropa que tenía su entrada auxiliar en la pequeña calle a la que daban las ventanas de la vecina, justo al lado del hotel.

—Suele ser entre la una y las dos, sabe usted. Hay veces que no los oigo, pero otras, que he tardado en dormirme, me desvelan. No hacen tanto ruido como antes, pero tiran las cajas de golpe y arrastran los percheros. Suelen ser un grupo de jovenzuelos.

Marina pensó que ni cámaras de video ni complicados sistemas de seguridad. Una vecina cotilla y el barrio estaba controlado.

—El lunes seguía igual el hotel. Otras veces, pasa lo mismo y, hasta el lunes por la tarde, justo cuando empieza mi novela, no veo a ninguna camarera haciendo camas. Me gustan las novelas, son muy entretenidas, hay cada canalla por el mundo. Suerte que yo me encontré a Rodolfo, era muy bueno.

—¿Y el martes? —preguntó Marina parando el torrente de palabras de la dulce anciana.

—Eso ya me pareció raro. Por la noche se había levantado aire y se habían abierto ventanas y algún balcón, las cortinas salían hacia fuera, y es una pena, tan blancas. Luego no hay forma de limpiarlas. Por la tarde empezó a llover, veía cómo se mojaban las cortinas. No pude resistirlo más y busqué el teléfono en la guía. Es de hace unos años, ya no me la envían como antes, pero sigue valiendo. Llamé al hotel y no lo cogían. Lo intenté varias veces y nada. Me acosté preocupada, no podía dormirme, así que a las dos cuando comenzó a llover con fuerza me levanté. No se veía a nadie por las habitaciones, recordé el teléfono de emergencias que mi nieto me hizo apuntar en grande en un papel que tengo en la nevera con los teléfonos de mis

hijos y mis nietos. Ya se me olvidan, mi cabeza no da para tanto, sabe usted.

—¿Y llamó al 112? —intervino Pepón.

—Sí, me atendió un compañero vuestro muy majo, en seguida vino un coche de la policía local. Y luego empezaron a llegar más coches, los bomberos, ambulancias. Me llamó mi vecina de arriba, es sorda, pero hacían tanto ruido las sirenas que la despertaron, decidimos desayunar juntas aquí en casa y ver qué pasaba.

—¿Los días antes no vio nada extraño?

—Algún autocar de alguna excursión, pero nada más. Es el centro, hija, y los fines de semana hay mucho movimiento. Sobre todo, los sábados.

—¿Los domingos, menos juerguistas?

—Mucho menos. Será porque al día siguiente hay que trabajar.

—Bueno, eso es todo de momento. Muchas gracias por su ayuda —se despidió Marina de la vecina.

Fueron a ver a la amiga de la vecina cotilla, pero poco más les pudo contar. Era menos curiosa que su amiga y mucho más sorda. Después fueron a ver a los propietarios de dos pisos, en un edificio en la esquina, en frente de la tienda que la vecina había mencionado. En el bajo había una tienda de móviles, la fachada tenía unos bonitos balcones de piedra y, desde los dos últimos pisos, se podía ver la terraza del Hotel Casandra.

—Se ven las sillas apiladas y poco más —dijo Marina.

—A penas se ven las ventanas del hotel, mucho menos el interior —continuó Pepón.

—¿Y ese otro edificio? El que hay en frente de la puerta del hotel, donde están la lotería y la farmacia, el de los grafitis.

—Está deshabitado. Y ninguno de los dos locales tiene cámaras de seguridad.

—En esa plaza que hay al lado se ve un cajero automático. Dudo que capte imágenes de la puerta del hotel, pero podemos probar.

Pidieron las imágenes en la sucursal bancaria, se las enviarían al equipo

informático de la comisaría desde la empresa de seguridad de la entidad. No perdían nada por echarles un vistazo. Comieron ligeros, porque la directora del hotel, junto con algún otro empleado, iban a verlos esa tarde.

—¿Cuándo podemos volver a abrir? —fue a primera pregunta que la directora le hizo a Marina nada más empezar a conversar.

—No depende de mí, la científica aún está buscando pruebas y tomando muestras. Tardarán unos días en poder abrirlo, tal vez semanas.

—¡Eso no puede ser! —exclamó la directora exaltada—. Tenemos reservas para el fin de semana, llega una excursión de alemanes con dos autocares.

—Haremos lo posible. Ahora necesito que me responda unas preguntas. ¿Tres días sin ir nadie al hotel? El lunes los trabajadores deberían acudir a su trabajo. ¿Qué pasó?

—Yo estaba de vacaciones. Hasta este fin de semana no tenía que volver a trabajar. Estamos en temporada baja, el personal contratado para el verano, por la mayor afluencia de huéspedes, ya ha terminado su contrato. El personal habitual es poco numeroso y suele aprovechar los comienzos de semana para tomarse unos días libres.

—¿Quién aprueba los permisos?

—Es cosa mía, si bien, cuando no estoy, tienen que remitir un email a la central, y desde allí se encargan de gestionarlo.

—¿De modo que no sabe quién tendría que haber ido el lunes y el martes a trabajar?

—Sin tener acceso a mi terminal en el hotel, no puedo decírselo.

—Si es tan amable, una patrulla le acompañará a su oficina. Necesitamos esa información.

—De acuerdo, si no hay más remedio —replicó la directora claramente molesta por ver sus vacaciones interrumpidas.

Después de la directora, las sucesivas entrevistas a los diferentes trabajadores del hotel aportaron poca información a los detectives. Ninguno había visto nada extraño, no había accedido personal ajeno, ninguna tarea de

mantenimiento había sido realizada la semana anterior. Lo que resultaba curioso era que todos los entrevistados afirmaban que, según sus horarios, tenían esos dos días libres. Hasta el miércoles ninguno de ellos tenía que incorporarse a sus respectivos puestos de trabajo. Al ser preguntados por si no les había parecido extraño que ninguno trabajara el lunes, la respuesta ha sido la misma:

—No, porque nos conocemos algunos, pero ya sabe cómo es esto, la empresa contrata a la gente un día o dos, según el número de huéspedes; además, hay turnos, de forma que nunca sabes, si con la persona que coincides una mañana, volverás a coincidir esa semana.

—Además los dueños tienen otros dos hoteles y a veces nos toca trabajar en otro lugar —apuntó otro.

Ya terminaba la tarde cuando la directora les hizo saber que sorprendentemente todos los permisos pedidos para ese lunes y ese martes habían sido aprobados. Según las fichas del personal, nadie estaba citado a trabajar esos dos días. Y lo que era más extraño aún, alguien había enviado un email a los diferentes repartidores y al servicio externo de lavandería para que no acudieran tampoco.

—He hablado con los dueños —explicó la directora—, no saben nada de esto. No han autorizado nada semejante. He llamado a la empresa que se encarga de lavar la ropa de cama y las toallas; al parecer, la noche del domingo recibieron un email en el que se les indicaba que no fueran el lunes. La persona encargada de nuestro hotel, al no verlo en su ruta habitual, no vino, pensando que tal vez otro compañero lo tuviera en su ruta.

—¿A nadie le resultó extraño? —quiso saber Marina.

—Seguramente, pero el email parecía haber sido enviado desde la dirección de correo habitual. Sin duda, han debido de piratear el sistema operativo de los ordenadores de administración.

En vista de ello, habían sido requisados todos los equipos informáticos del hotel para ser revisados a fondo. Cada vez era todo más extraño. Ni

familiares, ni trabajadores, ni repartidores; nadie parecía haberse dado cuenta de que el hotel había dejado de funcionar de improviso. Las puertas cerradas no habían llamado la atención de ningún transeúnte, tampoco la policía local, en sus rondas habituales, había detectado nada extraño. El tiempo se había detenido en su interior, mientras la vida había seguido su curso en el exterior.

La semana había finalizado, Carlos estaba muy agobiado por las presiones que recibía de sus jefes y de la alcaldía. Se había visto obligado a permitir que el hotel volviera a abrir sus puertas el fin de semana. Cualquier prueba o pista que no hubiera sido recogida ya, se perdería para siempre; para los dueños del hotel no parecía tener importancia la desaparición de cinco huéspedes y del ayudante de cocina. El asesinato de la recepcionista era un asunto menor frente a la pérdida de reservas, que, con morboso interés, en lugar de disminuir, aumentaban sin parar. Marina se había apiadado de él y había aceptado quedarse con las niñas, mientras Carlos y Teresa salían al cine y a cenar. Había conseguido dormir a la pequeña y con la mayor, Ana, se disponía a dar cuenta de una pizza que su compañero Pepón calificaría de poco saludable.

—Ina —empezó a decir Ana entre mordisco y mordisco. Seguía usando el diminutivo con el que desde siempre había llamado a Marina, y ahora su hermanita hacía lo mismo para orgullo de su tía putativa—, en el colegio los niños hablan del hotel.

—Vaya, ¿y qué dicen? —En la época de las redes sociales, la noticia había sido filtrada a la prensa en tiempo récord. Desde los periódicos elaboran complicadas teorías que iban desde trapicheos políticos a tráfico de órganos pasando por narcotráfico. Cualquier conspirólogo tenía su propia teoría. Sin embargo, que fuera tema de conversación en los colegios era demasiado.

—El padre de María, una niña de la otra clase, trabaja en una panadería que le lleva pan al hotel. Así que sabemos lo que ha pasado —explicó la niña muy seria ante el estupor de Marina.

—Cuéntame —pidió Marina con tono misterioso.

—Han sido vampiros —afirmó Ana con seguridad, en tanto Marina procuraba no atragantarse con la pizza—. Uno de ellos era un vampiro, mordió a las otras personas y se los han llevado volando, convertidos en murciélagos.

—Tendré que valorar esa teoría, revisaré las ventanas.

—Busca también huellas de ovnis. Juan, un niño de mi clase dice que han sido extraterrestres que se los han llevado secuestrados.

—Interesante.

—Y otra niña dice que están en otra dimensión, pero eso no lo entiendo. Seguro que han sido los vampiros.

—El lunes iré al hotel y comprobaré tus ideas.

—¿Crees que puede pasar otra vez? ¿En una casa tal vez? —preguntó la pequeña algo asustada.

—No, cariño, no va a pasar nada así otra vez. Estoy aquí para cuidaros a tu hermanita y a ti. Tu papi es policía y estáis protegidas. Confía en mí.

Terminaron de cenar y se sentaron a ver una película provistas de una gran bolsa de chuches. Ana intentó mantenerse despierta hasta que volvieran sus padres, pero la actividad desplegada durante el día había podido con ella. Incluso Marina empezaba a cabecear cuando sus amigos regresaron a casa. Rechazó la propuesta de quedarse allí a dormir, prefería dar un paseo hasta su domicilio, que no estaba muy lejos. La noche era templada, y la animación propia de los viernes llenaba las calles. No pudo evitar que sus pasos la llevaran hasta el Hotel Casandra. Parada ante la bella fachada, recordaba divertida las teorías de su sobrina. Eran descabelladas, aunque no mucho más que la que había leído en un periódico de tirada nacional, que aseguraba que unos traficantes de órganos habían gaseado a los ocupantes del hotel para

llevarse los cuerpos a fin de realizar las extracciones en alguna clínica. No explicaban cómo lo habían hecho sin que nadie se hubiera percatado de que sacaban los cuerpos del hotel, y mucho menos cómo habían cerrado las puertas desde dentro. Hasta el momento la teoría de los vampiros era la mejor que tenían.

El sábado por la mañana Marina cogió su coche para visitar a sus padres. Hacía más de un mes que no iba a Calas, pero el cumpleaños de su hermano mayor hizo que no pudiera eludir por más tiempo las súplicas de su madre. Recientemente divorciado y con un hijo al que apenas veía no era ya el ejemplo para seguir por parte de Marina y su hermano menor. Este último seguía enlazando conquistas y había dejado por imposible terminar la carrera de Medicina. Aunque no se había desligado del todo del mundo sanitario, ya que trabajaba como visitador médico para una farmacéutica nacional. Para sorpresa de Marina, su hermano le pidió ir a tomar una caña al bar de la esquina mientras su madre y su otro hermano, que ahora era un cocinillas, daban los últimos toques a la comida.

—Me ha dicho papá que llevas la investigación del hotel.

—Sí, nos ha tocado esa suerte.

—Atraes los casos raros como moscas a la miel.

—No tanto como tú los ligues —Marina empezaba a extrañarse de la cara seria de su hermano, lejana de su habitual faz bromista.

—Uno de los huéspedes del hotel era amigo mío. Jaime Velasco, el comercial de informática. Solíamos coincidir en los hoteles. Cuando te pilla un fin de semana, en una ciudad que no conoces, es agradable tener alguien con quien salir a tomar una copa.

—¿Y cómo era? —preguntó Marina sorprendida por encontrarse con aquella fuente de información inesperada.

—Bueno, no voy a negarte que era un mujeriego, por algo fracasó su matrimonio, pero era un buen tío por lo demás —Marina prefirió no responder al comentario machista. Cuando escuchaba cosas como «Es un buen tío, se la pega a su mujer siempre que puede, pero no es importante», le hervía la sangre—. Formal en el trabajo, muy responsable como padre. Creo que estaba disputando con la madre de su hijo la custodia compartida.

—¿Enemigos?

—Supongo que le habrá quitado la comisión a alguien, como hacemos todos, pero de ahí a matarle o secuestrarle o lo que haya pasado, lo dudo. ¿Tenéis alguna hipótesis?

—A parte de que se hayan convertido en vampiros, como Ana, la hija de Carlos, me sugirió ayer —dijo Marina arrancando una carcajada a su hermano—, no tenemos ninguna. ¿El hotel lo conoces?

—Normalmente, en Salamanca me quedo contigo y, cuando no lo hago así, busco algo más económico. El Hotel Casandra está situado en pleno centro, creo que es de cuatro estrellas. Con uno de tres más alejado, me vale.

Los dos hermanos dieron por finalizada la conversación y volvieron a su casa. El resto del fin de semana transcurrió tranquilo para Marina, que disfrutó saliendo unas horas con sus amigas del colegio. Después de una larga sobremesa de domingo, tras la opípara comida de cumpleaños, Marina regresó a Salamanca. Un par de capítulos de su serie favorita pusieron el broche final a su descanso.

Eran poco más de las dos madrugada cuando el teléfono de Marina sonó y la sacó del apacible mundo de los sueños. Medio dormida encontró el móvil al tacto y respondió soñolienta:

—Estoy dormida —dijo a modo de saludo.

—Lo siento, Marina —afirmó la voz también dormida de Pepón—. Ha vuelto a ocurrir.

Esa afirmación la espabiló del todo. Se vistió con rapidez y bajó al portal donde su compañero ya la estaba esperando. La madrugada era fría. Las calles estaban vacías y lúgubres, lejana ya la algarabía del fin de semana. Pepón no sabía lo que había pasado. Solo sabía que tenían que ir al Hotel Ciudadela, cercano al Hotel Casandra. Según se aproximaban, pudieron ver cómo la vecina cotilla y su amiga estaban tras los cristales de sus ventanas. Los dos hoteles apenas estaban separados unos metros, el Casandra estaba en una calle que desembocaba en una plazuela donde el Ciudadela tenía su entrada. Sanitarios equipados con mascarillas sacaban camillas, que eran subidas a alguna de las numerosas ambulancias que llenaban la plaza y las calles cercanas. Carlos hablaba con Solé en un rincón junto a la puerta del hotel y hacia allí se dirigieron Pepón y Marina.

—Buenos días, chicos —los saludó la jefa de la científica con una sonrisa; se la veía activa y bien despierta, no como ellos que habían dejado media parte de su cerebro durmiendo en su cama.

—Hola —respondió Marina lacónica conteniendo un bostezo—. ¿Qué ha pasado?

—Toma mi café —le dijo Carlos a su amiga, dándole su vaso humeante con el preciado elixir estimulante recién hecho de máquina—. A los barrenderos que suelen limpiar esta calle, les pareció extraño ver la puerta cerrada. Al parecer, el conserje de noche es cuñado de uno de ellos y suele salir a charlar un poco con los hombres cada noche. Al recordar lo que habían leído en los periódicos del Hotel Casandra, llamaron a la policía. Cuando llegó la patrulla y vio la puerta cerrada por dentro, dieron la voz de alarma.

—El gas narcótico —continuó Solé— está en una concentración muy alta. Había 12 habitaciones de la tercera planta ocupada y 7 de la segunda. Si le sumas los tres trabajadores del hotel, son un total de casi 25 personas intoxicadas. Un anciano y un bebe están bastante graves porque han inhalado dosis muy elevadas.

—Si los sanitarios no hubieran llegado a tiempo, tendríamos que lamentar al menos dos muertes —recalcó Carlos—. Están buscando rastros de los asaltantes, pero no han encontrado nada aún. Como la otra vez, los efectos personales, equipos informáticos y demás objetos de valor están intactos.

—¿Qué es lo que buscan? —preguntó Pepón—. ¿Qué consiguen gaseando hoteles? No lo entiendo.

—Esa es la clave. Cuando tengamos la respuesta a esa pregunta, empezaremos a entender qué ocurre en estos lugares —añadió Marina pensativa—. ¿Cuándo podremos entrar en él?

—Sin el equipo adecuado, hasta mañana no entra nadie. Tenemos que revisarlo todo bien.

—Entonces vamos al Casandra —dijo Marina resuelta.

—¿A estas horas? —preguntó Pepón.

—Es buena idea, Marina, el hotel estará tranquilo y podréis echar un vistazo por las zonas comunes —asintió Carlos—. Pero, de entrar en este otro, nada hasta mañana —recalcó mirando cómo Marina y su compañero se

ponían en camino.

El recepcionista de noche no puso ningún impedimento a los dos detectives. Estaba encantado de romper la monotonía de la noche y de enterarse de algún detalle de lo que ocurría en la plaza cercana. Ese mismo día había regresado de sus quince días de vacaciones.

—Los compis me contaron por WhatsApp lo que pasó la otra noche. Luisa era una buena compañera. Cuando necesitaba que me cambiara el turno, lo hacía encantada. Tenía muchas alergias y siempre estaba con el respirador. ¿Creen que por eso murió?

—Seguramente, al tener dificultades respiratorias —corroboró Pepón—, el gas le afectó más.

—¿Han notado si les falta algo? —preguntó Marina—. Algo fuera de sitio o roto. Cualquier cosa.

—No, la verdad. Las de la limpieza se han quejado de que han tenido que limpiar mucho porque, con tanto trasiego de policía y sanitarios, estaba todo manchado de barro y hasta los cristales estaban llenos de dedadas.

—Ya, es lo que tienen los delitos. No son limpios —replicó Marina.

La visita fue infructuosa, como suponía que sería la visita al Ciudadela cuando los dejaran pasar. En silencio se marcharon a la comisaría para repasar una vez más los informes redactados por la científica y los expedientes de los desaparecidos, con la información recopilada tras las entrevistas a familiares y personal del Casandra. La última entrevista había sido la de Rosa Hernández que, al ser dada de alta en el hospital, había ido derecha a la comisaria para preguntar por Marina. Tenía que volver a Zamora a consolar a su hermano, y no se iría sin hablar con la policía.

—Exijo que hagan algo y que encuentren hoy mismo a mi sobrina —habían sido las palabras con las que la tía había irrumpido en el despacho de los detectives.

—Hacemos todo lo posible, señora —intentó calmarla Marina.

—¿Sentados aquí perdiendo el tiempo?

Marina hubo de hacer acopio de toda su paciencia para no decirle a la mujer lo que pensaba. Si ella y el resto de los familiares se preocupaban tanto por los huéspedes desaparecidos, ¿cómo era posible que durante dos días no se habían inquietado por su ausencia? La rutina diaria nos hacía cómodos y aquella llamada a un amigo o a un familiar, que nos daba pereza hacer, poco a poco parecía menos importante y se iba relegando, hasta que, como en ese caso, ya era tarde. Con la cabeza cargada por el madrugón y la tensión acumulada, Pepón sugirió hacer un descanso para comer un menú del día en una cafetería de la zona. Entre plato y plato intercambiaron anécdotas del fin de semana.

—Tienes que venir un día a conocer el camino del agua con mi grupo de senderismo. Hay rutas preciosas en la sierra que merece la pena descubrir.

—Si, ya, pero si lo combinarais con una ruta de gastronomía de la zona sería mucho más apetecible.

—Si nos paráramos a comer en un restaurante, la sobremesa se alargaría y perderíamos toda la tarde. Es mejor llevar algo para comer sobre la marcha.

—Apasionante —afirmó Marina—. No te creas que también he caminado mucho este fin de semana con mis amigas.

—La ruta de tiendeo por el centro comercial no cuenta como senderismo —replicó Pepón dejando a Marina por imposible y sacando el móvil para ver los mensajes que tenía en las redes sociales—. Ya estamos con las actualizaciones dichas, se ha conectado al Wifi de la cafetería y se están instalando un montón. ¡Qué fastidio!

—A mí me pasa lo mismo, me ocupan todo el espacio de la memoria del teléfono.

—Tu móvil es una patata. Hasta el de mi abuelo es más moderno que el tuyo.

—Para hablar por teléfono y recibir mensajes me es suficiente. No todos somos como tú, con perfiles en todas las redes sociales y tropecientos juegos en el móvil.

—El último que me descargué el viernes me tiene enganchado.

—¡Qué raro! —exclamó Marina, sabedora de que no había juego al que Pepón no hubiera jugado.

—La mayoría los borro después de echar una partida, me cansan, son todos parecidos. Ahora me he aficionado a los de Escape Room.

—Ni idea. Mi sobrino solo me habló este fin de semana de los de siempre, de los de fútbol. Ya me está pidiendo el FIFA no sé qué. Me tienes que acompañar a comprarlo o me pasa como hace dos años que compré el de dos temporadas anteriores, y al parecer es diferente.

—Lo tuyo no tiene remedio —contestó Pepón riendo—. Los que te digo son diferentes. Cada nivel transcurre en una habitación o en un conjunto de ellas, hay que ir recogiendo objetos que después te ayudarán a pasar de nivel, mediante la resolución de juegos con los cuales obtienes llaves de puertas, códigos de cerraduras, o abres pasadizos secretos.

—¡ESO ES! —exclamó Marina poniéndose de pie y tirando la silla en la que estaba sentada—. Ahora habrá mucha gente en el Hotel Casandra, pero esta noche volvemos con linternas, algún detector de metales y una palanca.

—No entiendo nada —negó Pepón perplejo.

—No querían nada de ningún huésped ni de los hoteles, están buscando el acceso a algo que se esconde en el alguno de ellos o en un lugar próximo y no saben dónde. Hay que averiguar si en la zona ha habido operarios de algún tipo. Vamos.

El resto de la tarde la pasaron hablando con los comerciantes de las calles adyacentes. Como sospechaban, durante los últimos días había habido una furgoneta de la compañía de la luz y otra de una compañía de telefonía. En alguna de las cámaras de seguridad de las tiendas, se podía apreciar a los dos técnicos con el logo de la primera impreso en su espalda, realizando algún tipo de tarea de mantenimiento en la luz de las farolas. Con un par de llamadas, comprobaron que habían sido enviados a petición del Ayuntamiento. Sin embargo, los otros tres hombres con monos azules de la

compañía de teléfonos no habían sido enviados por esta.

—No figura ningún aviso de avería en la zona —les explicó una operadora —, ni hay constancia de que hayan realizado ninguna tarea allí. Nosotros no hemos enviado a nadie estos días.

Los tres desconocidos habían hecho supuestas tareas de mantenimiento en la calle y en sendos hoteles. Nadie había sospechado de ellos, la posibilidad de perder la conexión a internet si no les permitían revisar la instalación, les había abierto las puertas, de ese modo habían hackeado los sistemas operativos de ambos lugares, haciéndose con el control de estos. Seguramente, ese había sido el momento aprovechado para instalar los dispositivos emisores de gas narcótico, que con un temporizador habían hecho diseminar a la hora deseada.

—Los técnicos me confirman que han revisado las horas de grabación del circuito cerrado de seguridad del Hotel Casandra. Ha sido manipulado. La grabación pertenece a otro día, cambiaron la hora y la fecha; si no analizas con detenimiento la información exif, no te das cuentas —explicó Pepón que acababa de hablar con el informático encargado de analizar las imágenes.

—¿Y el Hotel Ciudadela?

—Solo tiene una cámara que apunta a la puerta, para controlar quien entra por ella, pero no tienen más. Poco después de las doce y media, se aprecia que una mano la desvía, de forma que enfoca a la pared, sin que se pueda ver nada del interior del hotel. No tiene sonido, así que no hay ninguna otra información que sacar de ella.

—De acuerdo. Ahora vamos a cenar algo y tenemos tiempo de que me enseñes ese juego antes de ir a investigar al hotel.

Pepón resopló resignado. Enseñar a Marina cualquier cosa que implicara nuevas tecnologías era un suplicio. No era solo que fuera una inculta digitalmente hablando, era que tenía una enorme reticencia a todo lo que implicara ordenadores o similares. Por supuesto, en su teléfono o en su ordenador se negaba a tener instalado nada más que lo estrictamente

necesario, cualquier otra aplicación o programa prefería consultarlo en ordenadores ajenos.

—Un bocadillo de jamón y una lata de cerveza no es lo que yo llamo una cena equilibrada —protestó Pepón.

—No protestes, que es jamoncito del bueno y no tenemos tiempo —contestó Marina mirando la pantalla del móvil de su compañero sin entender nada de lo que veía.

—Esa chica que ves es la protagonista, tiene que lograr salir del sanatorio mental en el que está recluida, no recuerda por qué está encerrada en él.

—A lo mejor no debería salir, si está allí es por algo.

—¡Marina! Es un juego, no lo analices, es como cuando ves una película de acción, no te pones a pensar si la escena que ves es físicamente realizable o es una exageración. La ves sin más, disfrutas de su espectacularidad y listo.

—Vale, vale. Y la niña es un fantasma que la ayuda.

—Eso es. Tiene que lograr ir pasando de un nivel a otro, saliendo de los sitios en los que, en apariencia, la salida está bloqueada. Puede ayudarse de objetos que va encontrando o resolviendo acertijos.

—Ajá

—¿Ves? Ahora, al resolver el acertijo, has encontrado una llave oculta, pruébala en la cerradura.

—Entiendo —afirmó Marina, ante la incredulidad de Pepón—. Creo que en los hoteles pasa algo así, están buscando algo escondido o el acceso a algo. No deben estar seguros de por dónde se entra o dónde se encuentra y por eso fueron a los dos hoteles.

—Tiene sentido, pero por qué se llevarían a los huéspedes del Hotel Casandra.

—Umm, eso aún no lo sé.

A las once y media cogieron sus cosas y un par de buenas linternas, y se fueron al hotel. No era tan fácil como en el juego porque en el Hotel Casandra no había una niña fantasma que los fuera guiando. Presionaron

paneles, golpearon paredes buscando sonidos huecos, tiraron de picaportes y apliques, pero, después de una infructuosa búsqueda por las habitaciones desocupadas y por la zona de recepción, hicieron un descanso.

—Marina, es la una —vámonos a dormir rogó Pepón con los sonidos de los bostezos de fondo, mal disimulados, de la camarera que esa noche trabajaba en el hotel, y se había visto obligada por su jefe a acompañarlos. Al principio, emocionada por participar en una investigación policial, pero después aburrida y cansada de arrastrar los pies.

—Si quieres irte a dormir, hazlo. Estoy demasiado desvelada y excitada para dormir. Voy a bajar al sótano.

—Pues, con su permiso, me voy a descansar un rato —anunció la camarera—. Son policías, no les va a pasar nada sin van solos. Si mis jefes quieren que les haga de niñera, que se busquen a otra, tengo mucho que hacer.

Pepón le dirigió una nueva mirada suplicante a Marina, que no sirvió de nada. Medio dormido se resignó a seguirla. Si le pasaba algo por dejarla sola, no se lo perdonaría nunca, de modo que, agarrando con firmeza su linterna, fue detrás de la locuela que tenía por compañera.

El sótano olía a humedad y a poca ventilación. Los tubos de la calefacción y del agua caliente se tendían sobre su cabeza y a los lados de la pared. Según se iban adentrando, la pintura estaba más deteriorada, hasta llegar a una zona al fondo, junto con un armario de madera desvencijado y carcomido, donde la piedra había sustituido a los ladrillos y a la argamasa. Con mucho asco y sin atreverse a respirar el polvillo que soltaba, abrieron una de las puertas del armario sin demasiado esfuerzo. En su interior, tres baldas de madera donde descansaban un par de trapos olvidados y un perol de hojalata.

—¡Mira esto! —exclamó Marina—. Se ven huellas de dedos en el polvo y arañazos, alguien ha tocado esta balda no hace mucho. Intenta quitarla, veamos bien que hay en este armario.

—Polvo y arañas, Marina —dijo Pepón apartando dos pequeñas arañitas que se escabulleron por un pequeño agujero de la balda.

Sin las baldas, iluminaron cuidadosamente el panel del fondo del armario. En la esquina derecha inferior, descubrieron un trozo minúsculo de tela.

—Parece de algodón, del tipo de los pijamas —afirmó Marina—. Tiene que haber una forma de abrir este panel.

Palpando con cuidado, Pepón encontró al tacto una palanca disimulada con un adorno a modo de colgador, en el lateral interior izquierdo del armario. Al bajarlo, un suave siseo sonó, mientras el panel giraba, abriendo el fondo del armario, y mostrando la entrada a una oscura cavidad. Una corriente húmeda

y fría llegó a ellos, inundado su nariz con un olor acre y que irritaba sus fosas nasales. A la luz de las linternas, las paredes de piedra cubiertas con una pátina de humedad, se perdían hasta no se sabía dónde, ya que no lograban ver el final desde su posición. Marina dio un paso hacia adelante para adentrarse en la oscuridad, no pudo dar un segundo paso porque Pepón la retuvo agarrándola por el codo.

—No, Marina, es hora de pedir refuerzos.

A regañadientes se detuvo, sabía que su compañero tenía razón. No podían adentrarse solos en aquel extraño corredor sin más luz que sus linternas y sin la ropa y el calzado apropiado. Un frío húmedo inundó el cuarto de calderas. Marina se sentó en el suelo sin apartar la mirada de la tenebrosa oscuridad, mientras esperaba a que su compañero volviera de llamar a la comisaría, ya que allí no tenían cobertura.

—¿Qué crees que habrá dentro? —preguntó Marina.

—Ni idea. A lo mejor solo se adentra uno metros.

—Lo dudo. Desde pequeña he escuchado historias sobre los túneles que cruzan la ciudad.

—Cuentos de niños.

—No, Pepón. Es cierto. ¿Conoces el Pozo de Nieve?

—¿De nieve?

—Sí, está situado al final del Paseo de Rector Esperave. Es una sala abovedada donde antes se hacía acopio de nieve. Había en las casas acaudaladas de la ciudad y en lugares como conventos.

—Allí no hay un convento.

—Lo hubo. Están los restos del antiguo convento de San Andrés, al que llamaban El Escorial de Salamanca. Durante la guerra fue destruido. Desde el pozo hay un olvidado acceso por el que se llega a antiguas dependencias de este. Hay una pequeña zona ajardinada donde se ve parte de la muralla medieval de la ciudad y se llega a la torre nordeste.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Fui con mi amiga Pili a hacer una visita guiada. En el recorrido de la visita también se pueden ver unas galerías subterráneas, que serían usadas como almacenes. Pero había una zona cerrada al recorrido, que aún no saben a dónde lleva y cuál era su utilidad.

—¿Crees que esta es una entrada?

—Era una ciudad amurallada. Había pasadizos que conectaban casas y conventos. Al hacer construcciones nuevas, es más fácil callar cualquier hallazgo y sellarlo. Ningún constructor quiere que le paren la obra y quedarse sin edificar. Tendremos que hablar con algún arqueólogo del Ayuntamiento.

—Marina ya estás con tus teorías —dijo Carlos anunciando su llegada, seguido por dos policías de uniforme—. Es la una de la mañana, podías haber esperado a mañana.

—Eso digo yo —replicó Pepón.

—Entraremos unos metros, pero hasta que mañana no vengan los bomberos y digan que es seguro, traigamos focos y los de la científica hagan su trabajo, no haremos nada más.

—Pero...

—Nada de peros —afirmó Carlos enérgicamente sin dar lugar a dudas—. Estos dos agentes se van a quedar custodiando la entrada. Como te conozco, echaremos un vistazo rápido y luego cada uno a su casa a dormir un rato.

Aunque Marina no pudo hacer otra cosa más que aguantarse, al día siguiente pensaba estar allí con botas de agua y ropa de abrigo. Si entraban los bomberos ella iría detrás.

—Puagg, huele a cloaca —se quejó uno de los agentes.

—Puede que haya alguna filtración de aguas fecales —apuntó Marina que para diversión de Carlos y desesperación de Pepón se lo estaba pasando en grande.

Las paredes eran gruesos muros de piedra. El suelo terroso y lleno de huellas les confirmó que aquella debía de haber sido la vía de acceso de los secuestradores. Junto a las pisadas había unas marcas longitudinales que se

extendían hasta el fondo, más allá de donde podían ver con la luz de linternas y móviles.

—Parecen huellas de sillas de ruedas —sugirió uno de los uniformados.

—Creo que tiene razón —confirmó Marina arrodillándose para ver más de cerca las marcas—. Se llevarían los cuerpos de los cinco huéspedes y el ayudante de esa manera.

—Espero que estén vivos —dijo Carlos.

—Si estuvieran muertos, hubieran dejado los cuerpos en el hotel, como hicieron con el de la recepcionista —indicó Pepón castañeando los dientes por el frío que empezaba a sentir, filtrándose por debajo de su ropa.

—Las marcas de las ruedas se mezclan y superponen unas con otras, no puedo ver cuántas son —se lamentó Marina dando pequeños saltos para intentar entrar en calor—. ¿Qué son esos ruidos?

—Diría que ratas —respondió el otro policía que los acompañaba—. En casa de mi abuelo, en el pueblo, a veces había ratones de campo y hacían ese ruido con las patas al corretear por las paredes.

Siguieron avanzando unos metros, hasta que el túnel giró a la derecha, continuando con una leve inclinación ascendente. Cuando quisieron darse cuenta, el agua les llegaba a los tobillos, y el nauseabundo olor les hacía difícil respirar y les irritaba también los ojos. Junto a la pared, abandonadas, había dos sillas de ruedas desvencijadas, tal y como había sugerido el policía.

—Vale, me habéis convencido —afirmó Marina conteniendo las arcadas—. Mejor volvemos mañana con unas botas de agua tipo pescador. Puagg.

No lo tuvo que decir dos veces; con ligereza caminaron hacia la salida, con restos de agua fecal y heces adheridos en la ropa y en el calzado. La camarera que antes los había acompañado estaba esperándolos junto la inmensa caldera.

—¿De dónde salen? A no, de ningún modo salen así por el vestíbulo del hotel. Les traeré unas toallas, se secan y salen por la entrada de servicio de la cocina.

Desenando irse de allí, Pepón siguió a la camarera; Marina, algo más reticente, se despidió de Carlos, que se quedaba a esperar a que llegara una nueva patrulla para vigilar la entrada del pasadizo.

—Vosotros dos podéis iros a cambiar y a daros una ducha. Luego ya haréis el informe —les ordenó a los dos policías.

A pesar de los cuidados que tuvieron, la camarera tuvo que ponerse guantes y, con agua con lejía, limpiar por donde habían pasado Marina y el resto. El coche de Pepón estaba aparcado cerca, pero tal como iban era una pena subir en él así.

—Deja el coche aquí —le sugirió a su amigo—. Mi casa no está lejos. Quédate lo que resta de la noche: te das una ducha, que algo tendré para que te cambies, y duermes un poco.

—¿No irás a darme algo que se haya dejado alguno de tus *churris*? —preguntó Pepón bromeando.

—¡Serás tonto! Es de mi hermano pequeño, tiene un cajón con ropa para cuando viene.

—Con ese carácter tuyo los *churris* no te duran.

—Mira quién fue a hablar. El casanova de Salamanca.

Entre bromas y risas, que consiguieron olvidar el mal rato pasado, llegaron a casa de Marina. Una hora más tarde, ambos estaban en sus camas durmiendo. Las largas horas de vigilia habían podido con la excitación de su mente, y el sueño les pudo.

—**D**esperta, dormilón, son las once de la mañana —dijo Marina zarandeando a Pepón y poniendo una taza de café recién hecho debajo de su nariz.

—Ummm, cinco minutos más.

—El café se enfría y a las once y media tenemos que estar en el Hotel Casandra. Solé nos deja entrar con ellos.

—¿Cuándo has hablado con ella? No he oído el teléfono.

—Leo me ha enviado un mensaje.

—Vaya, así que mandándote mensajitos con el del mono blanco. ¡Qué poca profesionalidad!

—Tú tonteabas el otro día con esa poli nueva de la puerta, así que no me digas nada.

Cuando llegaron al hotel, la relativa calma diaria habitual se había esfumado. Un camión de bomberos, extraía agua con una bomba hasta una alcantarilla cercana por la puerta lateral. En la puerta principal, un enorme autocar esperaba a que decenas de pasajeros subieran en él. El vestíbulo era un hervidero de actividad, con pasajeros que arrastraban maletas, y personal del hotel atareado en sus quehaceres. La directora del establecimiento, visiblemente alterada, conversaba con Carlos y Solé en una esquina junto a la recepción.

—¿No pueden ser más discretos?

—Le recuerdo que, si por mi fuera, el hotel estaría cerrado —replicó Solé enfadada—. Si sigue abierto, es por la presión que sus jefes han ejercido sobre los nuestros.

—Déjenos trabajar o le aseguro que, si vuelvo a ordenar el cierre, cerrado se queda —la increpó Carlos cansado de tantas tonterías.

Marina y Pepón los saludaron con una inclinación de cabeza y se dirigieron al sótano, donde el ir y venir de bomberos y personal de la científica era continuo. Antes de entrar en la zona cercana al armario que ocultaba la entrada al pasadizo, les hicieron ponerse el mono blanco que impediría que contaminaran la escena.

—Parece que estamos en *CSI* —afirmó Pepón poniéndose los guantes.

—Igualito, salvo por la falta de medios y recursos, la tardanza en tener las pruebas, por lo demás... —se quejó Leo que había salido del pasadizo a buscarlos—. Los bomberos casi han terminado de achicar agua, ya podemos entrar.

—¿Cómo pudieron huir los secuestradores con los cuerpos inconscientes?

—En botes.

—¿Qué? —preguntaron Marina y Pepón al unísono.

—Hay arañazos en las paredes y algún resto de goma naranja proveniente de los botes, adherido en ellas. Al principio el túnel es estrecho, pero luego se va ensanchando, en algunos tramos tiene al menos tres metros de ancho. Hemos encontrado un remo en el fondo, se les debió de haber caído.

—Guay

Marina, emocionada como una niña pequeña, sintiéndose Indiana Jones, siguió a Leo hacia la entrada del túnel, sin percatarse del hedor que, al remover el agua, se extendía hacia el interior del hotel. Habían colocado unos enormes focos en la entrada, y esos momentos colocaban más en la zona liberada del agua. En algunas zonas se podía ver la mano del hombre en la construcción del pasadizo, marcas de picos al horadar la piedra eran visibles en las paredes. Sin embargo, en otras partes, parecía que el túnel era obra de

la naturaleza. Pequeñas estalactitas colgaban del techo. Sin duda, los arqueólogos y geólogos iban a estar entretenidos, estudiando aquel entramado de túneles que empezaba a surgir ante ellos.

—No podemos seguir más, como veis el pasadizo por el que venimos se bifurca en dos más, y estos a su vez en otros.

—¿Alguna idea del origen de los túneles? —preguntó Pepón.

—Seguramente, se hicieron para comunicar edificios por diversos motivos. Desde escarceos amorosos, hasta huidas sigilosas en tiempos de guerra, pasando por trapicheos diversos —explicó Leo—. Transportar nieve en la Edad Media, armamento y tropas durante la ocupación francesa, lugar para ocultarse durante la Guerra Civil, perfecto escondite de mercancías de estraperlo.

—¡Qué interesante! —exclamó Marina haciendo que Pepón elevara las cejas. ¿Interesante? Sí, de acuerdo, pero su compañera parecía una niña en una tienda de caramelos.

—Lo que no sabemos es el motivo de los secuestradores para entrar en el hotel de esa forma —afirmó Pepón interrumpiendo el parloteo de sus compañeros de investigación.

—¡En el Ciudadela también puede haber alguna entrada a los túneles! Deberíamos ir a investigar —sugirió Marina.

—Con tal de salir de esta pestilencia, cualquier cosa.

—No te preocupes, Marina —dijo Leo—, los bomberos seguirán achicando agua, y esta misma mañana viene un ingeniero para comprobar la seguridad de los pasadizos. Si encontráis algo en el otro hotel, no dudes en llamarme.

Pepón se dio media vuelta, ya no podía aguantar más tonteos. ¿Qué les pasaba a esos dos? ¡Qué poca profesionalidad! Si querían flirtear, que lo hicieran en sus horas libres, y sobre todo cuando él no los viera.

—¿Qué te pasa? Mira que eres exquisito, a qué quieres que huelga, es agua estancada y seguramente con filtraciones de alcantarillas —quiso saber Marina.

—No me pasa nada, tenemos que encontrar a seis desaparecidos, no es momento de hacer excursionismo.

Marina prefirió no responder, conocía a su amigo, se enfadaba pocas veces, pero cuando lo hacía era intratable. Cuando Leo le avisara que se podía entrar en más pasadizos, iría sin falta a verlos, ya dejaría a Pepón haciendo alguna otra cosa para que no le amargara la aventurilla. Después de desprenderse del equipo protector y comprobar el móvil, que dentro de los pasadizos había perdido la cobertura, salieron. Era un día luminoso de otoño, atrás quedaban las lluvias que los habían acompañado durante dos semanas día y noche. Agradecían respirar el aire puro después de haber soportado los pestilentes vapores de los túneles.

—¿Por dónde empezamos?

—Por la zona inferior del hotel; si hay alguna entrada oculta, estará por allí —conjeturó Marina—. Además, creo que deberíamos llamar a algún historiador. Tal vez en algún tratado antiguo de la ciudad o en alguna historia ya olvidada, hallemos el origen de los túneles.

—Y tenemos que hablar con los dueños de los hoteles; los directores y el personal no saben nada, pero quizás los propietarios puedan decirnos algo sobre lo que buscaban los secuestradores.

De forma fortuita tuvieron suerte con sus deseos. En el Hotel Ciudadela, el propietario estaba reunido con el director informándose de los acontecimientos recientes. Había regresado de una reunión en Londres con los directivos de la cadena hotelera que ahora era dueña del cincuenta y uno por ciento del hotel. Las crisis económica y el aumento de alojamientos más económicos habían hecho que las reservas hoteleras en los establecimientos de lujo hubieran descendido, obligando a algunos a cerrar a sus puertas y a otros a vender, en parte o en su totalidad, los hoteles a cadenas internacionales que podían permitirse abaratar los costes.

—Ignoro qué podían buscar los intrusos en el hotel —afirmó el director.

—¿Qué sabe del edificio? —preguntó Marina.

—Ha sufrido varias reformas, pero el edificio no es demasiado antiguo para lo típico en esta ciudad en la zona centro. Tendrá unos noventa años, pero, según contaba mi abuelo, está construido sobre los restos de un antiguo palacete. De hecho, en la bodega, los muros están formados por sillares de piedra.

—Si hay alguna entrada a un pasadizo, estará por allí.

La bodega en realidad era mitad bodega, mitad almacén para todo. Muebles y lámparas viejas, cuadros polvorientos, cortinajes antiguos y demás enseres desechados se amontonaban por doquier por gran parte de la superficie. El director, al ver el desastre que tenían delante, pretextó una llamada urgente y los dejó solos. Entre estornudos por nubes de polvo e imprecaciones por golpes con esquinas de cajones que no veían por la escasa iluminación y por las telarañas, pasaron más de media hora buscando.

—Es inútil, Marina, aquí no hay nada.

—Tiene que haberlo, es su forma de entrar a los hoteles y salir sin ser vistos.

—Hemos movido todo y palpado cada piedra de paredes y techos, no hay ninguna entrada.

—No todo.

—¡No, Marina! ¡Ni se te ocurra! —exclamó Pepón asustado al ver cómo Marina se dirigía a la bodega y comenzaba a retirar botellas de vino de sus casilleros—. ¿Sabes lo que valen esos vinos?

—Supongo que mucho, pero, si no retiro la botella, no puedo palpar la pared que hay detrás —explicó Marina—. Es algo que nunca he entendido, cómo se pueden pagar esas cantidades por una botella de vino viejo.

—Bueno, ya, tú pagas casi un euro por una botella de agua que tiene la forma de una princesa Disney —dijo sosteniendo dos botellas de un caro Chardonnay.

—Era para la niña de Carlos.

—He estado en tu cocina y he visto la colección

—Uy, mira, aquí hay algo, parece que este sillar se mueve.

—Entonces, mejor dejamos las cosas como están, pedimos una orden y que vengan los de la científica.

Marina no pudo por menos de darle la razón a Pepón. Dejaron a un policía en la puerta para impedir que nadie entrara a la bodega y se fueron a comer a sus casas y a darse una buena ducha. Entre los pasadizos, que más parecían cloacas, y el polvo, daba pena y asco verlos. Una excursión de alemanes que se estaba registrando en la recepción, cuando ellos salían, se los quedaron mirando con los ojos desorbitados.

Estaba preparándose algo para comer cuando Carlos llamó a Marina para comunicarle que la orden de registro había sido concedida, pero que hasta el día siguiente no podrían ir a inspeccionar la bodega.

—¡Puede que sea tarde! —exclamó Marina mostrando su decepción.

—No tengo efectivos suficientes, Marina. Están ocupados en los pasadizos del Hotel Casandra y tengo más casos además del vuestro que necesitan también la ayuda de la científica.

—Ya, pero...

—He conseguido otra cosa que te gustará. Silvia, una amiga de mi mujer que trabaja para la Oficina de Turismo de Salamanca, estará encantada de que la llames y contarte alguna leyenda e historia de la ciudad. Tal vez te dé una pista de los túneles y de los secuestradores.

Pensando que no perdía nada hablando con ella, apuntó el teléfono que le dio Carlos y la llamó; concertaron una entrevista para esa misma tarde. También llamó a su nuevo amigo Leo, para asegurarse de que le avisaría cuando fueran a quitar el botellero que ocultaba la pared donde sospechaba que había una entrada oculta.

—Bueno, Marina, no es la vía reglamentaria; mi superior debería avisar al tuyo, y él a su vez a ti, para decirte el momento en que puedes venir a la bodega —le dijo Leo cuando le expuso su petición.

—Podemos obviar ese trámite, me quedaré en una esquina sin molestar.

—Ya me debes dos favores con el de esta mañana.

—Sí, lo sé.

—Una buena forma de pagármelos sería tomarnos algo esta noche.

—Bueno... —comenzó a decir Marina, nunca lo reconocería ante Pepón, pero no podía evitar sentir cierta simpatía por el técnico científico. ¡A quién quería engañar! Era más que simpatía lo que sentía por él. Sabía que Pepón hubiera querido que su relación fuera de otra forma, sin embargo, no era capaz de ver más que a un excelente compañero y amigo en él. De modo que, tras unos breves instantes de vacilación, decidió aceptar la invitación—. De acuerdo. ¿A las ocho debajo del reloj?

—Allí estaré —se despidió alegre Leo.

Sin ser muy consciente de ello, aquella tarde se arregló un poco más de lo habitual para volver a la comisaría. Unos vaqueros pitillos, que sabía que le sentaban como un guante, y una camisa blanca junto con una cazadora azul fueron sus prendas elegidas. Con el tiempo justo para recoger a Pepón en la comisaría y reunirse a las cinco con Silvia, salió de casa.

—Te has puesto perfume —dijo Pepón sorprendido al ver llegar a Marina con algo más de maquillaje de como estaba acostumbrado a verla un día de diario.

—Tenía metido el olor putrefacto del agua de esta mañana en la nariz, me parecía que el jabón de la ducha no había conseguido hacerlo desaparecer.

Las oficinas de turismo estaban en un edificio en la Plaza Mayor, y el despacho de Silvia estaba en la segunda planta. Inmediatamente se estableció una corriente de simpatía entre las dos mujeres, que se cayeron bien al instante.

—Algo me ha dicho Teresa, pero de forma vaga. ¿Qué es lo que os gustaría saber?

—Habrás oído lo de los secuestros en el Hotel Casandra, tal vez sepas que lo volvieron a intentar en el Hotel Ciudadela.

—Sí, lo sé, y lo de los túneles. Hemos tenido que avisar a Patrimonio;

podéis imaginaros cómo son las cosas en una ciudad tan antigua como Salamanca. En cuanto levantas una piedra, sale otra de varios siglos de antigüedad. No se puede realizar ninguna intervención, por nimia que sea, sin el visto bueno de Patrimonio.

—¿Puedes decirnos algo sobre ellos? ¿Sabíais que existían?

—Exactamente esas entradas no, pero sí conocemos otros túneles que confluyen en redes de alcantarillado. Sospechamos que no son los únicos edificios con las entradas tapiadas. Era la costumbre tapiarlos y seguir con la obra como si tal cosa. Sin embargo, muchos quedarían tapiados sin saberlo en noviembre de 1809 cuando, tras la batalla de Alba de Tormes, el ejército francés vuelve a ocupar la ciudad. Sus generales quieren controlar el paso del río Tormes por el Puente Romano y para ello deciden fortificar los cerros de San Vicente, la Merced y San Cayetano, derribando los edificios aledaños. En 1810 demuelen colegios mayores el hospicio, el Convento de San Agustín y los restos del Alcázar. Cuando los ingleses se acercan, los franceses incendian las casas y palacetes, colocando incluso minas. Se perdieron edificios, obras de arte y gran parte de la cultura española.

—¡Vaya con los franceses! —exclamó Pepón.

—Cuando los ingleses llegaron a la ciudad, la gente pensó que se había librado del yugo francés y estaba exultante. Decidieron vaciar los acuartelamientos franceses y hacer acopio de las armas y municiones, con tal mala suerte que el depósito, cercano a la calle Sierpes, estalló; voló por los aires y se llevó gran parte de los edificios que los franceses no habían destruido ya. Así que muchos túneles quedarían tapiados o destruidos y, por tanto, olvidados.

—¿Cuál sería su uso?

—Comunicarse entre edificios, transportar nieve, carbón u otras mercancías de forma discreta y oculta a ojos ajenos. Muchos servirían de refugio durante la ocupación francesa o la Guerra Civil.

—¿Dijiste obras de arte? —preguntó Marina que hasta el momento había

permanecido en silencio, escuchando la explicación de Silvia.

—Sí, se las llevaron los franceses, por una parte, y los mismos españoles por otra; unos para disfrutar de ellas y otros, como el duque de Parma, con la excusa de protegerlas de los invasores. Pero el caso es que nunca volvimos a saber nada.

—Tanto unos como otros huirían precipitadamente y dejarían escondidas obras de arte, objetos de plata y demás que no podrían llevarse —dijo Marina dejando volar su imaginación.

—Puede ser —admitió Silvia.

—Y con la voladura del polvorín, muchos de ellos quedarían ocultos para siempre.

—La mayoría habrán sido ya encontrados —indicó Silvia divertida adivinando por dónde iba la mente de Marina.

—Tal vez no todos, y eso es lo que buscan los que entraron en el hotel.

—Tu teoría no explica los secuestros, no tenemos ninguna pista de los desaparecidos.

—Lo sé, Pepón, pero quizás deberíamos volver a estudiar el perfil de los huéspedes.

Aún faltaban casi dos horas para su cita, de modo que tenían tiempo de examinar con algo más de detalle los informes recuperados. En la 308 estaba Raúl Prieto, el médico colombiano. Desde su país de origen había llegado un breve informe que explicaba su currículum laboral, en apariencia sin tacha, y su ficha policial prácticamente libre de antecedentes, salvo un pequeño altercado en su juventud, cuando en una fiesta universitaria le pilló la policía fumando hierba.

—Tal vez esté implicado en narcotráfico, eso no lo hemos tenido en cuenta, Marina.

—Dudo que sea por drogas por lo que han montado todo este jaleo. No, es otra cosa. Pasemos al siguiente.

Rosa Hernández había sido la huésped de la otra habitación ocupada de la

tercera planta. Trabajaba en la empresa familiar de su padre, una fábrica de muebles en Zamora, ciudad cercana a Salamanca, que había estado unos días cuidando a su tía. Nada en su perfil destacaba sobre el resto, libre de antecedentes, su vida era normal y anodina.

Jaime Velasco, el amigo de su hermano era el siguiente de la lista. Según su hermano, salvo su debilidad por las mujeres, no tenía ningún defecto.

—Um, esto es interesante —afirmó Marina.

—¿Qué has encontrado?

—Como me dijo mi hermano, está litigando con su mujer por la custodia de su hijo. Hasta hace dos meses su abogado era un desconocido, pero competente letrado de su ciudad natal, no obstante, algo le hizo despedirlo.

—Eso no es raro.

—Sí lo es, si contratas a un mediático abogado cuya minuta es dos veces tu sueldo.

—¿Cómo ha podido pagarlo?

—Eso es lo raro, no parece que lo haya hecho.

—Diré que revisen con atención sus cuentas, y que los técnicos informáticos busquen en su portátil.

—Bien. Juan Pérez, el ganadero, parece un hombre de campo que vino a hacer negocios, sin más. Dirige una cooperativa local, no parece haber nada extraño. De hecho, su familia es la que más nos está presionando para que lo encontremos. Carlos me ha pasado una nota en la que lo decía; llaman todos los días desde la cooperativa o su entorno cercano. Tiene amigos en el Ayuntamiento y es por él por lo que nos están presionando más.

—Malditos políticos, no entienden que vamos a hacer nuestro trabajo igual. Con presiones o sin ellas, no vamos a dejar de buscar a los desaparecidos.

—Ya sabes cómo es esto —dijo Marina mientras miraba una foto de Tomas Beltrán con su nieta recién nacida—. Un abuelo feliz, no entiendo cuál puede ser el objetivo de su secuestro.

—Es un historiador jubilado, tal vez por eso, por sus conocimientos sobre la

historia de la ciudad.

—¿Empiezas a pensar que mi teoría no es tan descabellada?

—Mejor que vampiros o zombis.

No pudieron evitar reír a carcajadas; cuando Marina le había contado a Pepón las teorías disparatadas de la hija de Carlos, hasta se les habían saltado las lágrimas de la risa. La favorita era que habían sido abducidos por extraterrestres, por eso no habían encontrado rastro de ellos.

—¿Y qué me dices del ayudante de cocina, Armando Gómez?

—Necesitarán un cocinero.

—No creo que sea por eso. Seguramente estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. En fin, ya son casi las ocho, tengo que irme.

—Tu cita —dijo Pepón con retintín—. Ya me contarás.

—En maldita hora te conté nada, no me vengas con pullitas. Tú vete al gimnasio, que ya sabes que estará esa pelirroja que te gusta.

—No entiendo qué has podido ver en Leo.

—Me cae bien, nada más; siempre me dices que salga y me divierta, que todo no es trabajar, pues eso voy a hacer.

Pepón vio cómo Marina cogía su cazadora y se marchaba. No podía evitar sentir una punzada en el estómago, que nunca admitirá que eran celos. Entre ellos dos nunca habría nada, por mucho que él lo hubiera deseado en el pasado. Aquello estaba olvidado. Eran compañeros de trabajo, amigos y nada más. Era su jefa, no podía haber nada entre ellos y, para su desgracia, sabía que Marina nunca lo vería como otra cosa.

—**D**esperta, despierta, Rosa, venga que ya es hora de ponerse a trabajar.

Odiaba su voz desde el momento en que interrumpió en su habitación, en donde se sentía a salvo y por fin podía descansar de las noches de hospital. Esa voz, grave, ruda y desagradable que desde aquel día la atormentaba a todas horas. Aparentaba una afabilidad que estaba muy lejos de poseer. Y el olor, una mezcla de mal aliento y tabaco, que, a estas alturas, con las fosas nasales inundadas de la pestilencia de aquellos húmedos y oscuros pasadizos, ya casi no notaba. La ropa de abrigo que les habían dado —aquel feo chándal y la sudadera dos tallas más grandes— no parecía ser nunca suficiente para quitarse la sensación de frío. Habían perdido la noción del tiempo, comían cuando les daban algo, caminaban sin rumbo fijo sintiendo el agua llenar las deportivas, que al menos eran de su número, y oyendo las ratas deslizarse junto a ellos. Cuando paraban, sabía que les tocaba ponerse a cavar y destrozarse las manos quitando piedras. La mayor parte de las veces, para encontrar tierra detrás, pero otras, se topaban con ladrillos sujetos con argamasa, que debían destruir para entrar en sótanos cochambrosos si había suerte, porque casi siempre se topaban con los cimientos de nuevos edificios. En las ocasiones en las que conseguían descubrir otro ramal de aquel infierno de pasadizos subterráneos, sus secuestradores se felicitaban. Ellos, los secuestrados, no tanto, porque cada paso los alejaba más de la salida. En ese instante sintió una mano deslizándose fugazmente en la suya. Sin él, sin Raúl,

no hubiera sido capaz de sobrevivir a aquella fatídica condena. Le miro a los ojos, e intercambiaron una sonrisa de ánimo y afecto sin palabras. Eso era algo que sus secuestradores habían dejado muy claro desde la primera noche, no podían hablar entre ellos. En la cara de Juan todavía se podía ver la brecha sobre la ceja, que el jefe de los secuestradores le había hecho dándole un fuerte golpe con la linterna. Recordaba claramente cómo les habían dicho:

«Solo serán tres días, mientras encontramos lo que buscamos, luego os dejaremos ir».

Pero al terminar el plazo les dijeron que no habían encontrado lo que querían, que debían dejar el hotel y adentrarse en las galerías. Sería por poco tiempo. Y ella les había creído. Los días que habían pasado secuestrados en la cocina del hotel habían sido un lujo comparados con las noches en las que dormían dentro del bote, apretujados, intentando sentir algo de calor. Lo más angustioso fueron las horas en que los dejaron solos, atados, en aquella galería olvidada desde hacía siglos. Hacía dos noches de aquello, y temblaba al recordarlo.

«—Tranquila —le dijo Raúl una y otra vez durante aquellas interminables horas—. Volverán.

—Y si les pasa algo y no pueden volver. Nos quedaremos aquí, nadie sabe dónde estamos.

—Eso no va a pasar».

Y volvieron, enfadados y frustrados porque tampoco habían encontrado lo que buscaban.

—Tomad un café y un bollo cada uno —les dijo con sorna uno de los secuestradores, haciéndola regresar a la realidad—. Así me gusta, sin quejarse. En ese rincón podéis hacer vuestras necesidades, nos vamos en dos minutos.

Suponiendo que lo que estaban comiendo fuera el desayuno, debía de ser por la mañana, pero no estaba segura. Pensaba que de día era cuando caminaban y dormían, y de noche cuando excavaban, para no hacer ruido que

podiera despertar a los ocupantes de los edificios que pudiese haber sobre sus cabezas. Qué más daba, a esas alturas habían olvidado el calor de la luz del sol. Lo máximo que podían conjeturar era que no llovía; cuando lo hacía, oían caer el agua por las alcantarillas y en un par de ocasiones habían tenido que retroceder a la espera de que el agua bajara de nivel. Habían perdido uno de los botes, y en el que quedaba no cabían todos, lo usaban para resguardar el equipo informático y ocasionalmente para dormir.

Otro de los secuestradores recogió los restos de su frugal tentempié y lo metió todo en una bolsa de basura. Sin decir una palabra, les tendió el paquete de toallitas húmedas del que podían disponer a diario para un vano intento de aseo. Algo tan cotidiano como una ducha de un par de minutos era el mayor de sus anhelos en ese instante.

—¿Crees que hoy daremos con ello? —escuchó Rosa que uno de sus secuestradores le preguntaba al otro.

—Según este plano de antiguo alcantarillado que encontré en la biblioteca, tenemos que estar cerca.

—El Convento de San Andrés se erguía encima de toda esta zona, y ya sabes que los curas siempre guardaban a buen recaudo sus tesoros. Los bombardeos lo destruyeron todo. Los sobrevivientes salieron huyendo del fuego y los disparos. Seguro que está allí. No será como el de los Montarco, pero quiero echar un vistazo.

—Espero que no te equivoques; si tenemos que a pasar otra noche aquí, lo intentamos en los restos de ese otro hotel que ahora es un edificio de pisos. Alguno estará vacío y podremos colarnos para darnos una ducha. Fue una lástima que nos descubrieran en el Ciudadela, no hubiera estado mal pasar una noche en una cama con sábanas limpias.

—¿Y ellos? —preguntó el que llevaba la bolsa de basura, haciendo una inclinación de cabeza hacia Rosa y sus compañeros, que hacían turno, olvidando cualquier pudor, para hacer pis.

—Queda gas. Los dormimos y los dejamos en algún rincón. Cuando

despierten ya habremos vuelto. Como hicimos el otro día.

—Me gusta el plan. Pero esta vez asegúrate de darles la dosis adecuada. El domingo te quedaste corto y cuando volvimos estaban hablando. Alguien pudo haberlos oído y nos hubieran fastidiado el plan.

—Ya te dije que lo sentía, no volverá a pasar.

—En marcha, ratoncillos —dijo el hombre de la voz que torturaba en sueños a Rosa, dirigiéndose hacia los infelices secuestrados—, es hora de irnos.

Arrastrando los pies, los cautivos siguieron al hombre; cerraban la fila los otros dos secuestradores. Minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, un principio sin final.

Horas después, en la superficie, Leo esperaba nervioso a Marina debajo del reloj. Normalmente, no se preocupaba por cambiarse al salir de trabajar si había quedado, pero ese día era diferente. Cuando en un momento de descuido, le comentó a Solé que había quedado con Marina, temió las risas de su compañera, sin embargo, esta le sorprendió diciendo:

—Me gusta, es distinta al resto, os irá bien.

Cuando se quitaba el mono blanco, que le hacía parecer un condón con piernas, sabía que su físico atraía miradas. Desde su casi uno noventa de altura, sus ojos azules llamaban la atención, y su pelo castaño claro, herencia paterna, no dejaba indiferente. Aunque en su trabajo era profesional al extremo, más de una vez había pedido el teléfono a alguna policía uniformada que los acompañaba en un escenario de algún crimen, o incluso a alguna testigo. Marina había atraído su interés. Uno setenta de estatura, morena con rizos naturales, ojos marrones y una sempiterna sonrisa que iluminaba el día. Vale, ese pensamiento era cursi, pero había visto a más de un reacio testigo sucumbir ante ella y contestar a las preguntas que antes se

había negado a responder a otro policía. Cuerpo esbelto y en forma, a pesar de la comida basura que solía comer, mientras que su compañero Pepón, del que estaba seguro que era un adicto al gimnasio, comía tortillas de claras de huevo. Le divertía su fobia a las nuevas tecnologías. Nunca había visto un móvil con menos aplicaciones instaladas que el de Marina. ¿Y los ordenadores? Según los compañeros del departamento de informática, casi nunca usaba el de su despacho, si necesitaba uno, cogía el de Pepón. Si bien eso no le parecía extraño, teniendo en cuenta los sucesos de Basema en los que Carlos y ella se habían visto envueltos. Otros detectives en su lugar hubieran dejado la policía, pero ellos, no. Eran buenos en su trabajo, a pesar de sus peculiaridades. Allí estaba, sonriéndole según se acercaba al lugar donde él la estaba esperando, ajena a la mirada apreciativa que aquel estudiante universitario le había dedicado.

—Hola, siento llegar tarde, me he despistado repasando los perfiles de los desaparecidos, con Pepón.

—Hola, no importa, acabo de llegar.

—Tengo hambre, ¿qué tal unas tapas?

—Perfecto, ¿vamos a ese bar de la Rúa que pone esas tostas tan ricas? —preguntó Leo, sin poder quitar la vista de los labios de la detective. Era inaudito, había criticado al universitario y ahora él se estaba comportando como un adolescente en plena revolución hormonal.

—Sí, me gusta —respondió Marina admirando el cuerpo de adonis del hombretón que tenía delante. Desde luego, el que había diseñado los dichosos monos blancos, con los que habitualmente le veía vestido, lo había hecho de forma que resultaran lo más amorfos posible. A toda esa mole de músculo distribuida de forma perfecta, en su justa forma y medida, no le hacía ningún beneficio. No era el cuerpo musculado de su amigo y compañero, obtenido tras horas de gimnasio y comer pavo y pollo a la plancha. Aquello era producto natural.

—Te propongo un trato.

—¿Cuál? —preguntó Marina intrigada.

—Nada de trabajo, no hablaremos de pasadizos ni de hoteles ni de secuestrados. Estamos fuera de la comisaría, me gustaría conocer a la Marina que hay detrás de la placa.

—Vale —respondió Marina. ¿¿Vale?? Menuda respuesta original. Aquel magnifico hombre estaba haciendo que la mujer que había dentro de ella comenzara a despertar. Estaba segura de que, si conseguía no perderse en el azul de sus ojos, lograría mantener una conversación con Leo.

El alcohol y el calor de las cañas hicieron de bálsamo para su nerviosismo, y apaciguó sus inseguridades. Con timidez, Leo le preguntó a Marina por los sucesos de Basema, que, aunque no era el tema de conversación favorito de la inspectora, sabía que despertaba interés en la comisaría y en cuantos la conocían, por mucho que ella y Carlos quisieran olvidarlo. No era habitual enfrentarse a un asesino en serie como el de las películas, y salir indemne.

—Ya hemos hablado mucho de mí —dijo Marina después de que les sirvieran unos huevos rotos en un bar de la Plaza Mayor—. ¿Qué me cuentas de ti?

—Soy el menor de cinco hermanos, todos chicos.

—¡Cinco!

—Sí, creo que, si a mi madre no le hubieran tenido que quitar los ovarios por una complicación cuando me dio a luz, hubieran seguido buscando a la niña y tendría más hermanos.

—Yo tengo uno mayor y otro más pequeño. Éramos tres y ya había suficiente algarabía en casa, no puedo imaginarme cómo sería ser cinco.

—Vivíamos en una casa grande, en un pueblo cerca de aquí, Ciudad Rodrigo. Cuando nací, mi hermano mayor estaba a falta de un año de cursar estudios universitarios, de modo que poco a poco la casa volvió a quedar vacía. Pero, cuando nos juntábamos, éramos terribles. Nos colábamos en las huertas de los vecinos para robar fruta, trepábamos a todos los árboles y nos metíamos en todos los líos posibles. No cambio aquellos años por nada.

—¿Vuelves mucho a tu pueblo?

—Con frecuencia. Mi padre murió y mi madre tiene alzhéimer, está en una residencia. Aunque mis dos hermanos mayores tampoco viven allí, los otros dos se han hecho cargo de las tierras de mis padres y mis abuelos, así que siempre es agradable volver a disfrutar de la tranquilidad del campo y de la buena comida.

—¿Siempre has vivido en Salamanca?

—Salvo los años que por formación estuve fuera, sí. A base de mucho esfuerzo y mucho sacrificio, conseguí ser el primero de mi promoción y pude elegir destino. El azar quiso que quedara una plaza libre en Salamanca y no lo dudé. Sin embargo, tuvo un coste. En Madrid conocí a una chica y, sin pensarlo demasiado, a los tres meses de conocernos nos casamos.

—¿Estas casado? —preguntó Marina sintiendo un nudo en el estómago.

—Ya no. En realidad el problema fue que no nos conocíamos, fue un enamoramiento que la vida diaria fulminó e hizo que acabara casi antes de empezar. Cuando le dije que quería volver a Salamanca, ella dijo que quería «volar más alto».

—¿Volar más alto?

—Desde el primer mes de nuestro precipitado matrimonio me la estaba pegando con un piloto. Así que solicité el divorcio, y en unos meses ya era un borrón en mi vida.

—También estoy divorciada. Un poco como tú: demasiado jóvenes, demasiado impetuosos, demasiado cuento de hadas —explicó Marina haciendo una pausa para mirar el reloj—. Son más de las once, me lo estoy pasando muy bien, pero mañana hay que madrugar. Por nada del mundo me pierdo la inspección de la bodega del Hotel Ciudadela.

—Antes de irnos, ¿puedo hacerte una última pregunta?

—Claro.

—¿Entre Pepón y tú hay algo?

—Solo somos amigos y compañeros, nada más. Tal vez en un pasado

parecía que iba a haber algo más, pero no pasó nada.

—No creo que él piense lo mismo. La forma en que te mira y la posesividad que demuestra hacia ti a veces es extraña.

—No lo veo así, se preocupa por mí igual que yo por él. En última instancia, en el trabajo es mi subordinado, como tú lo eres de Solé. No la tratas diferente por ser tu jefe y ser mujer que lo que tratarais a un hombre, ¿verdad?

—No, eso no, pero...

—No soy una frágil muñeca, no me voy a romper. Y Pepón solo es un buen amigo y un excelente compañero. Nada más.

Leo no respondió a Marina, era mejor dejar las cosas como estaban. Si su relación con Marina avanzaba, él mismo le pararía los pies al «compañero» Pepón.

Después de pasar media noche despierta recordando su cita con Leo, Marina solo había conseguido dormir un par de horas. No sabía qué le pasaba, había tenido otras citas fugaces otras veces y, pasado el rato de diversión, habían sido perfectamente olvidables. El que fueran compañeros ocasionales de trabajo lo complicaba todo a la vez que lo facilitaba. Ya era hora de levantarse y espabilarse, o se perdería la inspección a la bodega. Con el estómago lleno con las dos madalenas de nata de su pastelería favorita de la Rúa, que había acompañado con un té con canela, estaba más que dispuesta a iniciar el día. Esa mañana había optado por ponerse los vaqueros y las botas más viejas que tenía. Si todo salía como esperaba, volverían a hundirse en barro y tierra. En el portal la esperaba Pepón en el coche; aquel día estaba algo más taciturno que de costumbre, los dos intentos de Marina por bromear no habían funcionado. Decidió no darle más importancia, todos teníamos un mal día, no era para tanto.

—No te hagas muchas ilusiones, Marina, tal vez nos encontremos con un muro de hormigón tras la pared de la bodega.

—¿Tras las piedras? Está claro que eso es imposible, delante hubiera podido ser, pero son piedras como las de los pasadizos del Hotel Casandra, es la entrada a otro túnel, fijo.

—Lo que tú quieras, solo digo que no te emociones demasiado.

—Desde luego el espíritu aventurero lo dejas para el fin de semana —

replicó Marina algo molesta—. Será mejor esto que estar horas sentados en la silla del despacho repasando perfiles como ayer. Por cierto, ¿tenemos alguna información más del informático?

—He enviado lo que sabemos de él a la brigada de delitos financieros para que revisen la documentación. Lo envié anoche después de que te marcharas. ¿Qué tal tu cita? —preguntó Pepón al fin, sin poder contenerse más.

—Bastante bien, Leo es una compañía muy agradable.

—Ya.

—¿Sabes una cosa? —acertó a preguntar Marina, comenzando a entender el distanciamiento de Pepón aquella mañana—. Me preguntó que si tú y yo éramos pareja.

—Absurdo —respondió Pepón visiblemente incómodo—. Pareja. No sé de dónde habrá sacado esa idea.

—Ni yo.

Cuando llegaron al Ciudadela, no eran aún las nueve de la mañana. Entraron en el hotel y, enseñando sus placas, se dirigieron a la bodega. Los vinos estaban siendo retirados por el director y una mujer, con delicadeza del botellero, e iban siendo depositados en un armario portátil, que, según le explicó Pepón a Marina, era una nevera con la temperatura óptima de conservación para el vino. En un rincón, Leo y Solé preparaban su equipo, y otro técnico de la científica conectaba unos potentes focos, dispuestos a ser encendidos en cuanto el vino hubiera sido retirado de allí.

—Buenos días, chicos —saludó Marina a los técnicos.

—Hola, Marina —contestó Solé, en tanto Leo le dedicó un guiño fugaz, que no pasó desapercibido a Pepón—. Esperemos que tu intuición sea cierta o vas a tener problemas. El dueño —continuó bajando la voz— ha intentado impedir el registro. Tu jefe, Carlos, no se ha dejado presionar y ha acelerado todos los permisos. Si no encontramos nada, no solo te lo recriminarán a ti.

—Tranquila, no me equivoco. Detrás de esa pared hay otro pasadizo.

La mujer, que había resultado ser la *metre* del restaurante del hotel, se llevó

la nevera portátil, y el director quedó en compañía de los policías.

—Sepa que se equivoca —advirtió este a Marina—. No van a encontrar nada, esto solo va a servir para causarnos molestias y perjuicios.

—Si eso es cierto, me disculparé, pero no lo es —contestó la detective.

Entre los cinco consiguieron, no sin esfuerzo, retirar el botellero. Estaba formado por módulos independientes, ensamblados unos con otros. Con paciencia, lograron desmontarlo y dejar libre la pared. Sorprendidos, vieron que en la tercera piedra de la segunda fila, por la derecha, se podía ver un orificio bastante grande, hecho con algún taladro o alguna broca desde el otro lado del muro. Tapado con el botellero, había pasado desapercibido.

—Está hecho desde el otro lado de la pared, no hay duda —afirmó Solé agachándose y mirando más de cerca la piedra agujereada.

—No creo que su intención fuera hacerlo tan grande, pero la humedad hizo que la piedra se volviera porosa y se deshizo más de lo esperado —argumentó Leo.

—Habrán querido pasar una cámara con la que ver qué había al otro lado, pero el botellero se lo impidió —continuó Solé.

—Así que, al no poder entrar por ahí, lo harían por la puerta principal, disimulados entre algún grupo de huéspedes —intervino Pepón.

—Al ser descubiertos, se esconderían y no tuvieron más remedio que salir, confundidos entre los sanitarios, huéspedes y policías, que llenaron el hotel al dar el aviso el barrendero —conjeturó Marina—. Además, habrá otro acceso por la zona de cocinas para que entren los suministros y el servicio de lavandería. Pudieron salir también por ahí.

—¿Qué será lo que buscan? —preguntó Solé.

—Tenemos una teoría algo peculiar —comenzó a explicar Marina mientras Pepón ponía los ojos en blanco—. Buscan un tesoro.

—¿Un tesoro? —preguntó el tercer integrante de la científica, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Cuando los franceses y después los ingleses, e incluso tropas castellanas,

abandonaron Salamanca, se cree que pudieron dejar atrás tesoros robados de iglesias, de la catedral, de la universidad...

—No es más que una teoría —aclaró Pepón.

—Puede, pero explicaría qué hacen escondidos por los pasadizos y por qué buscan desde ellos entradas a los sótanos de la ciudad —añadió Leo, convencido de que la teoría de Marina no era tan descabellada.

—Este hotel se cree que se asienta sobre los restos del Palacio de los Montarco —añadió Marina, recordando las explicaciones de Silvia de la tarde anterior.

Con los focos observaron la pared; las muescas que Marina en su análisis preliminar había detectado eran la arcada que enmarcaba la puerta sellada con piedras y argamasa. Pese a los ruegos de la detective, los de la científica no podían echarla abajo sin más. Eran restos antiguos que deberían ser evaluados por Patrimonio; si daban el visto bueno, derribarían la pared, pero sería un proceso largo y tedioso.

—Siento decirte, Marina, que por aquí es obvio que no han entrado, de modo que ningún juez te dará permiso para derribar la pared. Podemos echar un vistazo al resto de la bodega; si querían entrar, es que buscaban algo.

—Salvo las paredes no veo aquí nada antiguo y de valor —dijo Marina disgustada—. Si encontráis algo, nos avisáis.

La despedida entre Leo y Marina fue algo más familiar que lo habitual entre colegas. Pepón los interrumpió recordándole a Marina que, si querían ir a las oficinas del Ayuntamiento para pedir los planos del alcantarillado de la zona, debían darse prisa. En la puerta del hotel, el director se los quedó mirando con cara de pocos amigos. Su enfado aumentó al saber que la bodega iba a quedar sellada para largo tiempo, y no solo durante unas horas, como habían pensado al principio. Y todo por culpa de aquella entrometida detective.

En las oficinas del Ayuntamiento los esperaba un funcionario. Carlos había tirado de favores para que esa mañana Marina tuviera acceso a los planos que buscaba.

—No sé qué esperan encontrar, allí abajo solo hay ratas y cucarachas.

—Seres, pero de otro espectro. Con dos piernas y malas intenciones — afirmó Marina.

—Ustedes mismos no pueden sacar de esta habitación los planos, pero puedo hacerles fotocopia del que deseen.

Durante un par de horas Marina y Pepón estuvieron enfrascados mirando los planos. En los más antiguos detectaron ramales en desuso que debían de utilizar parte de la infraestructura de los pasadizos entre edificios. Sin embargo, ahora se podía apreciar cómo la mayor parte del alcantarillado estaba reformado y alejado de los túneles. No obstante, en la zona más antigua de la ciudad, se podía ver que en los planos aparecían dibujados algunas partes de los pasadizos.

—Marina, no pensarás que podemos bajar solos allí.

—Me gustaría, pero sé que no va a ser posible. Se lo diremos a Solé y a Leo.

—Más bien estaba pensando en los bomberos, tus amigos no podrán hacer nada si nos topamos con agua, que será lo más normal.

—Supongo que tienes razón —replicó Marina molesta, hubiera preferido ir sola con Leo, pero tal vez no fuera el mejor lugar para una cita—. Hablaré con Carlos, él nos dirá cómo gestionamos la visita.

Como si hubiera sentido que le mencionaban, en ese mismo instante los llamó su superior para citarlos en la comisaria, ir los tres a comer y ponerse al día con la investigación. Siendo realista, con el fin de semana de por medio y el puente de los santos a mitad de la siguiente, junto con los trámites y permisos necesarios, lo más seguro era que no podrían adentrarse en el alcantarillado antes de siete días.

—Mientras tanto deberéis seguir trabajando con lo que tenéis.

—Si no hay más remedio —se quejó Pepón, quien disculpándose un momento, dejó a los dos amigos solos.

—¿Y a este que le pasa? Está raro hoy.

—Es una tontería: ayer tomé algo con Leo, el de la científica, al salir de trabajar, y parece que estuviera celoso.

—Marina Altamirano tomando algo al salir de trabajar entresemana, eso es nuevo.

—No te rías —dijo Marina riendo también.

—No lo hago, me encanta saber que tienes vida social; a Teresa le va a gustar saberlo.

—Oye, no te pases, solo fueron un par de cañas.

—Ya, pero, para que tú quedaras con un tío entresemana y Pepón esté molesto, es que te gusta Leo, aunque sea un poco.

—Buenoooo, lo admito, algo sí me gusta. Pero Pepón no tiene por qué enfadarse, él y yo solo somos amigos.

—Según Teresa, él te mira de otro modo, y ya sabes que es muy bruja para estas cosas.

—Pues que vaya sacando brillo a la escoba que se acerca Halloween.

—Hablando de eso, nos han invitado a una cena con otras parejas el 31 de octubre, y nos preguntábamos si puedes quedarte con las niñas esa noche.

—¿Es el martes que viene?

—Sí. Salvo que quedes con Leo...

—No seas tonto, allí estaré.

En ese instante Pepón volvió a la mesa; para evitar malos rollos cambiaron de tema. Carlos les hizo una sugerencia más: revisar lo que tenían del resto de los desaparecidos; si como parecía Jaime estaba implicado, tal vez no fuera el único.

El fin de semana pasó rápido para Marina. El sábado fue con Leo al cine a ver la última película de superhéroes que habían estrenado y el domingo se acercó a su ciudad natal, para comer y llevar unas flores con su madre a la tumba de sus abuelos. Al llegar el lunes temió que Pepón siguiera con la tirantez de los días anteriores, pero parecía que ya era otra vez el mismo. No era rencoroso y, una vez pasado el disgusto, su comportamiento con Marina volvía a ser afable. Incluso la acompañó a comprar un disfraz de bruja para la pequeña de Carlos, y unos sombreros también de brujas para ella y Ana.

Al salir de la tienda, Pepón se despidió de Marina, esa tarde se la tomaban libre. Él se iba a su pueblo y Marina, a casa de Carlos a hacer de niñera de dos pequeñas brujillas.

—Muchas gracias por quedarte con ellas —le dijo Teresa, la mujer de Carlos nada más verla.

—No te preocupes, hace tiempo que no paso un tiempo con las niñas y me apetece mucho —aseguró Marina besando en los mofletes a la pequeña de la casa.

Estaba con Ana en el sofá viendo una película después de la cena, con el intercomunicador encendido por si la chiquitina se despertaba. Era el tercer descanso en menos de una hora, era desesperante.

—Ina —le dijo la niña con el diminutivo cariñoso con el que la llamaba desde pequeña.

—Dime, cielo.

—La profe de lengua nos ha pedido que escribamos un relato sobre Halloween. Lo he hecho sobre la Cueva de Salamanca. Me acordé de la visita teatralizada a la que me llevaste en verano.

—¿De verdad? —preguntó Marina emocionada con su sobrina—. ¿Me dejas leerlo?

—Te lo iba a pedir, no he querido pedírselo a mis padres por si se ríen de mí.

—Seguro que no se ríen —aseguró Marina sonriendo; la adolescencia era una etapa difícil, llena de complejos e inseguridades.

Ana fue corriendo a su habitación y trajo consigo cuatro folios escritos con su mejor letra y decorados con dibujos alusivos a la fiesta de Halloween. Sacando sus gafas para leer del bolso, Marina inicio la lectura del relato:

—Me aburro —le dijo Lucía a su amiga Candela.

Ambas estaban en una fiesta de Halloween, con sus compañeras del equipo de baloncesto del instituto. Iban disfrazadas de novia cadáver, pero de negro, con un velo de encaje —que le habían cogido a sus abuelas, amigas también de la infancia, igual que sus madres—, de los que antaño se ponían las mujeres para rezar en la iglesia. Completaban el disfraz con una camiseta negra larga hecha jirones —algo que a primera vista parecía sencillo, pero les había ocupado hasta casi toda la tarde del día anterior—, unas medias fuertes y unos shorts que quedaban ocultos por la camiseta. El maquillaje había sido cosa de Candela, que para estas cosas era una artista, aunque Lucía tenía sus dudas, y no creía que el maquillaje se quitara tan fácilmente como decía su amiga. Se habían disfrazado en casa de esta, porque estaba vacía, ya que sus padres entraban pronto a trabajar por la tarde.

Se habían reunido en la puerta del instituto para irse todas juntas a la casa de una amiga que jugaba en otro equipo de baloncesto. No era en realidad, muy amiga, pero una fiesta era una fiesta y allí estaban ellas

dispuestas a divertirse. O al menos esa había sido su intención. Al principio el ambiente había sido estupendo, se había congregado mucha gente, y algunos de los cursos superiores habían traído alcohol. Sin embargo, al pasar las horas, la gente había empezado a marcharse. Algunos tenían que irse con sus padres al pueblo y algunos otros debían regresar pronto a casa. Ni Lucía ni Candela eran demasiado bebedoras, después de dos cervezas, la cabeza les daba vueltas. Y esa tarde habían bebido mucho más que dos cervezas. Sentadas en una esquina del salón, veían a la gente bailar, y a algunos huyendo a las habitaciones, en busca de un ambiente más íntimo.

—Yo también me aburro, además, las dos caladas al cigarrillo ese que nos pasó tu primo me han sentado de pena. ¿Y si nos vamos?

Sin más recogieron sus cosas y, como no veían a sus compañeras ni a la anfitriona de la fiesta, se fueron sin despedirse de nadie. Decidieron dar una vuelta; por las calles se veía a gente disfrazada como ellas, en grupos dando voces y gritando. En busca de tranquilidad, fueron encaminando sus pasos hacia la zona antigua de la ciudad. Pasada la Catedral había menos gente y, siendo casi las once, tampoco se veían turistas con sus cámaras y sus planos. Pasaron por la puerta de la Casa Lis, el Patio Chico y dejaron a su derecha el Huerto de Calixto y Melibea; se adentraron por la cuesta de Carvajal y llegaron a la Cueva de Salamanca.

—Nunca he estado dentro —afirmó Lucía.

—Creo que una vez en verano vine con mis padres a un concierto —replicó Candela apoyándose en la verja. Para su sorpresa, esta cedió y les permitió entrar a las ruinas.

Como estaban cansadas, se sentaron en unos escalones de hierro por los que se podía ascender a la Torre del Marqués de Villena. Creían que estaban solas, pero una voz a sus espaldas las sobresaltó.

—Hola —dijo una voz masculina—. Os he asustado, lo siento, estaba ahí arriba contemplando el cielo.

Era un joven de unos veinte años, atractivo y con mirada picara. Sonriendo se sentó junto a ellas en la escalera.

—Soy Quique. ¿Y vosotras?

—Yo soy Lucía y ella es mi amiga Candela —contestó la joven contenta de encontrarse con un universitario aquella noche.

—¿Estáis de fiesta?

—Sí, con unas compañeras del instituto —explicó Candela.

—¡El instituto! ¡Qué lejos queda ya!

—¿No eres estudiante? —quiso saber una sorprendida Lucía.

—Lo fui. Estudie siete años muy cerca de aquí. Éramos pocos alumnos en clase.

—¿Qué estudiabas? —le preguntó Lucía.

—Ciencias ocultas, magia, adivinación, astrología.

—¡Qué interesante! —exclamó Candela.

—No creas, el profesor era un tirano. Teníamos que ayudarle en todo, estábamos a su servicio. A veces pensaba que nunca terminaría mis estudios. Que siempre debería estar con él.

A Lucía todo aquello le parecía muy extraño; bien mirado el chico también parecía que iba disfrazado, llevaba unas ropas ajadas, que parecían muy viejas. Echando una mirada fugaz a su reloj vio que eran casi las doce.

—Bueno, pues nosotras debemos irnos ya. Son casi las doce.

—¡Qué pena! Me ha gustado charlar con vosotras, veo poca gente. Quedaros un rato más.

—¿Por los estudios? —preguntó Candela que no se daba por aludida por los gestos de Lucía. A regañadientes, siguió a su amiga y se despidió de Quique, prometiendo volver a verse algún día. Tiritando, corrieron hacia sus casas, en el cercano Paseo Canalejas, quedando en verse al día siguiente cuando terminaran de comer.

Al día siguiente Lucía llegó a casa de Candela cuando todavía no eran ni

las cinco de la tarde. Llegaba nerviosa y pálida, mirando a su espalda al caminar.

—¿Creía que habíamos quedado a las seis?

—Ha venido una tía abuela a comer y me ha contado algo muy extraño. Según cuenta la leyenda, donde estuvimos anoche están los restos de la cripta donde Satanás, bajo la apariencia de un sacristán, daba clase de Ciencias ocultas.

—¡Qué!

—Daba clase a siete alumnos durante siete años, tras ese tiempo uno debía quedarse a su servicio de por vida. Según la leyenda, Enrique de Aragón, el marqués de Villena, fue uno de ellos. El diablo se asomaba de vez en cuando a ver si seguía en la cueva; Enrique lo engañó, el diablo creyó que estaba aún retenido, pero era su sombra, la dejó y pudo huir de allí.

—¿Entonces ayer que fue lo que vimos?

—La sombra del marqués, que la noche de Halloween puede salir a dar una vuelta y, si atrapa a alguien para que ocupe su lugar, podrá liberarse.

—¡Nos pudo pasar a nosotras!

—Si a las doce hubiéramos seguido allí, no habríamos podido salir.

—No creerás en serio la historia.

—No demasiado, pero yo a la cueva la noche de difuntos no vuelvo.

—Cariño, es precioso. No debe darte vergüenza leérselo a tus padres.

—A mi padre la literatura no le va. Si le digo que quiero dedicarme a escribir, no le va a parecer bien.

—En eso te equivocas. Conozco a tus padres desde hace muchos años, nos conocimos en la academia. En aquellos tiempos, cuando teníamos tiempo libre, a los dos nos gustaba ir a la biblioteca y coger novelas de misterio, *best seller* y novelas clásicas. Éramos unos lectores consumados. Tal vez ahora tengamos menos tiempo, pero te aseguro que tus padres se van a sentir muy orgullosos de ti si decides dedicarte a la escritura.

Marina sonrió; a pesar de sus gestos y comportamiento preadolescente, Ana seguía siendo una niña insegura que buscaba la aprobación de sus mayores. Dándole un beso de buenas noches, la dejó en su cama esperando a que llegaran sus padres para irse a la suya.

El sol, esos benditos rayos de sol que se colaban hasta en el túnel en el que Rosa se encontraba sentada en el suelo junto a Raúl. Podía sentir su tibieza en sus ateridos pies y hasta le parecía oler el frescor de la mañana filtrándose entre el hedor que los rodeaba. Estaban bajo el claustro de la Clerecía, justo debajo de una rejilla de alcantarillado en el extremo norte, donde las antiguas caballerizas. Según sus cálculos, era el Día de Todos los Santos; ya llevaban más de quince días bajo tierra. Juan dormitaba contra la pared, mientras sus secuestradores discutían por algo al fondo del pasadizo.

—¿Sobre qué estarán hablando? —le preguntó Raúl en un susurro.

—No lo sé, pero por mí nos podemos quedar aquí toda la mañana.

—No tendremos tanta suerte, van a aprovechar que hoy no hay gente trabajando y la mayor parte de las personas están visitando a sus familiares difuntos en el cementerio, para intentar entrar en algún lugar público y céntrico.

—Estamos debajo de la Universidad Pontificia; si aquí no hay cosas de valor que les interese, no sé qué estarán buscando.

—Pues imagínate lo que será —respondió Juan sin abrir los ojos.

—Creí que dormías —dijo Raúl.

—Me gustaría, pero vuestra charla no me deja —respondió Juan arrancando una sonrisa a Rosa. Aún podía verse en su ceja derecha la cicatriz de la enorme brecha que se había hecho al golpearse la cabeza con la mesilla, al caer cuando inhaló el gas en el hotel. Había sangrado de forma escandalosa. Raúl le había cosido como había podido con el hilo ordinario que Armando le

facilitó de un costurero de bolsillo. Le quedaría la cicatriz para siempre, como un mal recuerdo de la pesadilla que estaban viviendo.

—Como tengan el mismo éxito que las veces anteriores, no salimos de aquí en un año —se lamentó Raúl, recordando la desilusión de sus secuestradores cuando no encontraron nada más que restos arqueológicos en la zona del antiguo Convento de San Andrés.

El jefe de los captores veía sonreír a la chica; mejor, hoy les esperaba un día de trabajo largo y, si estaban de buena disposición, sería todo más fácil. Bastante tenía con lidiar con el par de tontos que le acompañaban, porque los necesitaba; en cuanto tuviera lo que buscaba, daría esquinazo a esos dos tarados.

—Ya os he dicho que he anulado las frecuencias, no podéis llamar a nadie porque e inhibido todo. No hay wifi, ni datos ni nada. Si no queremos que salte ninguna señal cuando entremos, tengo que hacerlo así.

—Pero tengo que llamar, Jaime.

—Ya está bien de discusiones, coged vuestras cosas y vámonos. En el Rectorado encontraremos el dato que necesitamos. Vamos.

Rosa y sus compañeros de secuestro se pusieron de pie e iniciaron la marcha, alejándose del preciado rayo de sol. Encendieron las linternas de sus cascos, poniéndose las mascarillas se adentraron de nuevo en la oscuridad. Aquel pasadizo discurría bajo la calle Serranos, siguiendo por Libreros hasta el Patio de Escuelas. Permanecieron en silencio, permitiendo que Jaime hiciera un barrido con la cámara térmica. No parecía que hubiera nadie en las oficinas que tenían sobre sus cabezas.

—Vía libre —dijo al fin.

—Este es el muro del Rectorado, empezad a picar.

Ayudándose al principio de unos picos, que les eran quitados al terminar, y de sus propias manos después, se dispusieron a abrir un boquete en el muro que permitiera a aquel hombre de voz profunda, que todos odiaban con toda el alma, entrar a buscar lo que fuera que necesitaba. Con los dedos

ensangrentados y llenos de tierra, consiguieron abrir un agujero lo suficientemente grande como para que entrara el hombre en el Rectorado. Jaime le siguió con el ordenador y el tercer hombre se quedó para vigilar a los prisioneros.

Con los últimos recortes, ya no había ningún vigilante que guardara el lugar cuando estaba cerrado al público. El rector había confiado la vigilancia de las dependencias a una empresa de seguridad privada, que había colocado varias cámaras distribuidas de manera estratégica, algo que facilitaba la tarea de Jaime. No tuvo más que introducirse, a través de la red, en el sistema operativo interno que controlaba las cámaras, para hacer que la grabación se interrumpiera. Los controladores, sentados en su oficina, en un lejano polígono industrial, tenían ante sí varios monitores, y en ese instante ninguno enfocaba el lugar donde ellos estaban. Jaime buscó en la base de datos y encontró otra grabación anterior con la que sustituyó un archivo por otro; tuvo que tener cuidado en modificar los metadatos para que nadie se percatara del cambio hasta que ya fuera tarde.

—Ya está hecho —anunció Jaime.

—Puedes entrar, nadie te verá.

El hombre de la voz profunda se dirigió al despacho del rector sin titubear. Había estado en varias ocasiones en el edificio y sabía cómo moverse por él con rapidez. En una biblioteca de este, se guardaban libros y legajos antiguos, de mayor o menor valor, cerrados tras unas puertas acristaladas, a fin de que el ambiente fuera el más adecuado para su preservación. Con un juego de ganzúas, a la vieja usanza, abrió la cerradura de la vitrina. No pudo por menos de sonreír al recordar cómo su hermano mayor —un traficante de arte que escondía sus turbios negocios tras la fachada de un inocente profesor de arte de instituto— le había enseñado a usarlas, una lejana calurosa tarde de verano, cuando ambos estaban en sus esplendorosos veinte años. Nunca imaginó que aquella habilidad le fuera a ser tan útil como lo había sido en el transcurrir de su vida. Agudizando el oído, oyó el característico clic que

anunciaba que la cerradura estaba abierta.

Tras un par de minutos de búsqueda, halló lo que buscaba: el diario del capitán francés, Luis Gautier, al que el general Montpettit había encargado el recuento del armamento, que los salmantinos se vieron obligados a entregar bajo pena de muerte aquel aciago 16 de enero de 1809 cuando un grupo de Dragones se presentaron en la Puerta Zamora. Además, se forzó a regresar a todos aquellos que hubieran abandonado Salamanca con anterioridad a la llegada de las fuerzas enemigas, bajo pena de confiscación de todos sus bienes. No contentos con eso, los franceses impusieron una contribución monetaria obligatoria, que los salmantinos se vieron forzados a darles, junto con alojamiento para las tropas, que no dudaron en hacer cuantas tropelías se les antojaron. El capitán estaría por tierras salmantinas hasta mayo de 1813, fecha en la cual los ejércitos aliados y los jinetes de don Julián Sánchez «El Charro» lograron expulsar definitivamente a las tropas francesas de la ciudad. El diario fue encontrado abandonado en una dependencia del Ayuntamiento, y fue pasando de mano en mano hasta terminar olvidado en el despacho del rector de la Universidad de Salamanca. Con el diario en la mano, volvió sobre sus pasos; aquella incursión había valido la pena. Ahora tenían cuanto necesitaban para hallar lo que buscaban.

La relación con Leo se afianzaba y avanzaba poco a poco. Marina ya no sabía lo que era estar un día sin verse, aunque fuera para una copa tardía al salir de trabajar. Los intercambios de mensajes eran constantes y no solo por trabajo. A Marina le gustaba poder hablar de cualquier tema con Leo; desde un principio la complicidad y la confianza había sido mutua. Era atractivo, algo evidente, pero era unos de sus hombres a los que su belleza no restaba puntos a su persona. A Leo le gustaba la profesionalidad de Marina, era concienzuda y no dejaba de dar vueltas en su cabeza a cualquier mínimo detalle. Sus teorías locas, como las llamaba Pepón, le divertían y le permitían ver la gran imaginación de Marina. Tenía que reconocer que lo que había empezado como un tonto se estaba convirtiendo en algo más serio, al menos para él. Esperaba que para Marina, él también fuera algo más que una buena compañía.

—¿Damos un paseo? —preguntó Marina al salir del restaurante vegetariano donde habían cenado temprano.

—Me parece perfecto, es una noche muy templada.

Sus pasos los guiaron hacia la preciosa zona antigua de la ciudad de Salamanca, donde los monumentos eran iluminados con gran cuidado para resaltar la belleza de su dorada piedra, en permanente contraste con el azul del cielo. Al ser sábado la calle estaba llena de turistas y salmantinos en busca de un lugar para cenar, en alguno de los numerosos restaurantes de la

zona monumental. Incluso se podía ver a algún valiente sentado en las terrazas junto a alguna estufa tomando un gran plato de carne a la parrilla.

—¿Conoces la Cueva de Salamanca? —le preguntó Marina a Leo.

—He oído hablar de ella, pero con exactitud no sé dónde está.

—Está cerca, vamos a que la veas.

Marina le fue contando a Leo la historia de la cueva y el relato que su sobrina le había leído la noche de Halloween. Salamanca estaba llena de leyendas e historias desconocidas para la mayoría de sus habitantes. Algunas eran desveladas en los diferentes programas de rutas teatrales y visitas teatralizadas que el Ayuntamiento organizaba ocasionalmente, pero la mayoría permanecían ignoradas en el olvido.

—La parte de la sombra que aparece en Halloween es fruto de la mente imaginativa de Ana.

—¿Seguro que no lleva tu sangre? Sois iguales. Imaginación a ti tampoco te falta.

—Demasiada, según la gente.

—Se equivocan. A mí me parece perfecta.

Habían llegado a la reja que impedía el paso a la cueva. Marina, por una vez en su vida, se había quedado sin palabras y sin réplica al comentario de Leo. La luna iluminaba la cara del atractivo hombre que tenía en frente de ella. Sus ojos azules, hasta ese momento fijos en los suyos, se desviaron un instante hacia sus labios. Marina tragó saliva, sin poder evitar mirar también ella a los labios que a cámara lenta se acercaban a los suyos. Fue un beso tierno, suave y acariciador; la mano derecha de Leo se deslizó por la cintura de Marina atrayéndola hacia él. Esta, sin poder contenerse, alargó sus brazos para estrechar a Leo. Solo fueron unos segundos, pero suficientes para saber que aquel beso no era un simple beso, fruto de un calentón de un momento. Unos pasos que se acercaban de otra pareja, que igual que ellos daba un paseo por la zona, los hizo separarse como dos inocentes colegiales.

—Ya que estamos aquí... —dijo Marina abriendo su bolso, cuando la pareja

de amantes pasó de largo junto a ellos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Leo viendo cómo Marina sacaba un diminuto juego de ganzúas de su bolso. Riendo, agitó la cabeza, ella era diferente. Como respuesta a un beso prometedor de muchos otros más, Marina le ofrecía hacer un pequeño allanamiento de morada.

—El relato de Ana despertó mi curiosidad; además, tú no las has visto, de noche es mágica.

Cerrando la verja a sus espaldas, no fuera a tener alguien la idea de seguirlos, recorrieron los restos de la cueva y la torre del marqués de Villena, iluminada por unos tenues focos. Desde la terraza superior, las vistas de la ciudad, de noche, con el resplandor anaranjado de sus luces, eran de una hermosura que quitaba la respiración. Al descender, Marina dio un mal paso, perdió pie al bajar un escalón y se vio obligada a apoyarse en la pared de la torre. Justo enfrente, en un edificio que era una residencia universitaria, en una ventana cuyos cristales desde fuera eran espejos, Marina pudo ver su imagen reflejada en una postura digna de una contorsionista. Ayudándose de un saliente de la pared y de la mano de Leo, se puso de pie.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Solo en mi orgullo, el tacón...

Marina se quedó en silencio, oyendo un crujido a su derecha. Rebuscó en el bolso el móvil y con la linterna iluminó la pared.

—Se ha abierto una grieta, aquí arriba, ilumina hacia la derecha —pidió Leo.

—Empujemos.

—Tal vez sería mejor llamar —comenzó a decir Leo—. O pasar, claro, tú primero —continuó diciendo, viendo que Marina ya había abierto la falsa pared lo suficiente como para deslizarse dentro, y asomaba la cabeza en la oscuridad.

—Hay unos escalones, podemos bajar por ellos.

—Marina, no sabemos lo que nos vamos a encontrar, deberíamos esperar a

mañana.

—Si no quieres venir, lo entiendo, pero mañana es domingo, se limitarían a acordonarlo y esperar. Eso si los de Patrimonio no empiezan a poner pegas. Yo voy a bajar, la puerta está abierta, es una invitación, no he roto nada para abrirla —respondió Marina guiñando un ojo a Leo, que, suspirando, pensó que sería mejor seguirla que quedarse fuera.

Unos escalones tallados en la misma piedra que recubría las paredes descendían perdiéndose en la oscuridad. La anchura de la escalera no llegaba a un metro, la única forma de bajar por ella era de uno en uno. Con una mano con el móvil y la otra en la pared fueron descendiendo durante unos interminables largos segundos. En apariencia, la escalera se internaba varios metros sobre el nivel de la superficie de la calle. Como en todas las ciudades de varios siglos de antigüedad, las nuevas construcciones se habían ido superponiendo unas a otras elevando el nivel del suelo. En aquella zona había estado una puerta de la antigua muralla que rodeaba la ciudad. Y, seguramente, la escalera en la que estaban llevaba a algún pasadizo que discurría a la par que ella. Sorteando telarañas y excrementos de ratones, llegaron al final. En frente de ellos había un túnel similar al que encontraron en el Hotel Casandra. Marina comenzó a caminar por él, esta vez Leo no dijo nada. Sabía que aquella curiosa detective no iba a dar marcha atrás y, si lo admitía, él mismo estaba emocionado con la idea de vagabundear por aquellos restos del pasado.

—Mira, esto parecen celdas —dijo Marina deteniéndose ante una reja entreabierta, donde se veían unos grilletes unidos al suelo, un catre y un manta raída.

—Hay dos a cada lado —afirmó Leo pasando junto Marina para ver las otras dos celdas—. ¡Ven! Esto es reciente.

Cuando Marina llegó junto a Leo, vio que estaba sujetando, con un pañuelo de papel, los restos de un bollo envasado.

—Inspeccionemos bien las celdas, tal vez encontremos algo más.

Las observaron con más detenimiento y vieron que, en la que ellos se encontraban y en otra, la que estaba justo en frente, el suelo mostraba huellas de pisadas de deportistas. Calzado que dudaban mucho que se pudiera encontrar en la Edad Media. Marina, con la nariz pegada al suelo, inspeccionaba con meticulosidad el muro de las celdas.

—¡Están vivos!

—¿Qué has encontrado?

—Con esa argolla del grillete, alguien ha escrito tres nombres en esta piedra. Estaban tapados en parte con tierra, pero se veía una letra.

—¿Qué pone?

—Rosa, Raúl y Juan. Creo que ahora sí debemos llamar a Carlos.

Aunque a nadie le había hecho mucha gracia interrumpir el descanso nocturno por el descubrimiento de Marina y Leo, el sentido del deber y el deseo de encontrar a los secuestrados se impuso rápidamente en todos los efectivos desplazados a la cueva.

—No sé cómo lo haces, Marina, pero siempre estás metida en medio de todos los descubrimientos extraños —le dijo Carlos riendo a su amiga.

—La culpa fue de tu hija y su relato, ella hizo que pensara en la cueva y vinimos a dar una vuelta.

—Pasas demasiado tiempo con las niñas, eres una mala influencia —replicó Carlos—. También me dirás que fue Ana la que te dijo que forzaras la entrada con ganzúas.

—No, eso fue cosa mía.

—Leo, podías haberla frenado.

—Fuiste su compañero, ¿crees que eso es posible?

Carlos se marchó con los policías de la científica a ver los túneles por sí mismo, no sin antes mandar a casa, entre protestas, a Marina y a Leo.

—Ya habéis contaminado suficiente la escena. Id a dormir un rato, os informaré cuando sepamos algo. Y no, Marina, no digas nada, hasta el lunes no quiero volver a verte. Y por lo que respecta a ti, Leo, Solé tampoco está

muy contenta. Así que yo que tú me iría antes de que llegue.

—Desde luego eres mala influencia —le dijo Leo a Marina al despedirse en el portal de esta.

—Siento si te he causado problemas.

—¿Y perderme la diversión? Avísame cuando tengas otra idea, serán locas, pero siempre aciertas.

Marina se quedó quieta, mirando los ojos azules de Leo, sinceros y tiernos. Aquellos no la juzgaban, no la veían como el bicho raro de la comisaría que resolvía casos sin importarle poner en riesgo su carrera. El atractivo rostro de Leo no reflejaba pesar alguno por haber transformado una cita en una investigación.

—No puedo prometer que no vuelva a pasar. Estaré pasando un rato contigo, pero de repente tendré una idea de algún caso que tenga entre manos; aunque quiera, mi subconsciente no desconecta del todo.

—Lo sé —afirmó Leo cogiéndola de la cintura—. Me gustas precisamente por eso. Tu sonrisa atrajo mi atención, pero tu mente inquieta y aventurera me terminó por atrapar.

Esta vez fue Marina la que inició el beso y quien, tomando la mano de Leo, le invitó a entrar y a pasar la noche con ella. Los móviles apagados, las prendas esparcidas por el suelo y dos amantes descubriéndose uno al otro durante horas, olvidándose del exterior.

La noche de aquel lejano día de enero de 1810 era la típica noche gélida de tierras salamantinas. La niebla que subía del río inundaba la ciudad y hacía imposible ver nada más allá de unos pocos centímetros de distancia. Una figura envuelta en una capa oscura se protegía del frío junto a la iglesia San Martín.

—Capitán Hernández, llega tarde —dijo la figura al ver llegar a su cita con retraso.

—Capitán Gautier, no es fácil eludir al general Montpettit.

—No diré lo mismo cuando tenga los bolsillos llenos.

—Hay que llenar muchos bolsillos, capitán. Los hombres del Charro están en todas partes.

—Ese es su problema, mis hombres cumplirán su parte sin dudar; es cosa suya asegurarse de que sus soldados cumplan con su tarea.

—¿El botín será grande?

—Más de lo que imagina. Será mañana, de madrugada; asegúrese de que estén en el punto acordado a la una.

—Lo estarán.

—Recuerde, capitán: si esto sale bien, será el primero de muchos. Cuando esta maldita guerra que nadie quiere termine, nosotros volveremos a Francia con las arcas llenas.

—Me prometió...

—No se preocupe, cumpliré mi palabra. Vendrá conmigo a Francia.

—No podré quedarme aquí si El Charro me descubre.

—Si todo sale como espero, no tendrá que preocuparse por ese campesino nunca más —dijo despectivo el capitán Gautier.

—No le subestime, capitán; no llevará casaca con galones, pero no los necesita. Está motivado y sus hombres le son leales. La población está con él. No es un hombre al que tener por enemigo.

—Entonces, le recomiendo que no descubra su doble juego —y diciendo esto el capitán Gautier se marchó a la casa que ocupaban desde que hacía un año había sido enviado a aquella ciudad, que estaba resultando tan decisiva en el curso de la guerra.

Una noche casi tan fría, pero más de dos siglos después, bajo el lugar de reunión de los dos capitanes, Rosa, Raúl y Juan se apiñaban, junto a un infiernillo que les habían dejado los secuestradores, sentados sobre los restos de uno de los botes neumáticos. El plástico les aislaba de la humedad del suelo. También les habían dado botas resistentes y un polar a cada uno. Como había indicado Juan, no era para alegrarse por ello, si les daban esa ropa era porque planeaban seguir en aquellos túneles más tiempo. Mordisqueaban sin ganas una manzana rancia, que el más joven de sus secuestradores les había dado.

—No os empachéis, ja, ja —había dicho al entregársela. ¡Y pensar que a todos les había parecido un chico simpático cuando lo habían conocido en el hotel sirviéndoles las comidas en la cafetería del Hotel Casandra! Pero la afabilidad de Armando había resultado ser solo fachada, era el peor de los tres. Aunque no tenía la inteligencia de sus otros dos compañeros, tenía la maldad de ellos dos acrecentada. Desde que un día había mirado más de lo necesario a Rosa mientras se cambiaba, Raúl y Juan procuraban no dejarla

sola. Los otros dos secuestradores se habían percatado de ello. Sin embargo, no decían nada.

—Venga, levantaros —ordenó el hombre de la voz profunda; el historiador, que parecía un abuelo inofensivo, por el que Rosa había sentido lástima y no había dudado en invitar a cenar a su mesa la noche misma del secuestro. Menuda habilidad para juzgar a la gente la suya—. Se ha terminado el descanso, durante el día podréis dormir, pero ahora quiero que espabiléis. Según el diario, el primer lugar donde escondieron el botín fue *«en una casa cercana a la Iglesia de San Martín, que mantenía la fachada intacta y lucía en todo su esplendor la bella piedra de Villamayor, mientras en su interior las termitas carcomían la madera de sus vigas»*.

—Pero, Tomás —comenzó a decir Jaime—, hay más de diez posibilidades. En esta zona se mantienen varias construcciones de la época.

—Bueno, si no es hoy, será mañana. Tenemos tiempo y a esta amable gente que cava por nosotros.

Y a la noche le sucedió el día, y la noche de nuevo al día, en una rutina sin fin.

A las cinco de la mañana Leo se despidió de una somnolienta Marina, quería darse una ducha y cambiarse de ropa antes de ir a la comisaría. Tenía dos llamadas perdidas de su jefa, y un mensaje en el que le instaba a presentarse a las ocho en punto en su despacho. Sabía que Solé le iba a reprender por no haber detenido a tiempo a Marina. Entrar en los túneles iba en contra de todas las normas de seguridad y preservación de un escenario. Pero no había podido ni había querido retener a Marina. Si Solé decidía tomar alguna medida sancionadora contra él, la acataría sin rechistar.

—Buenos días, jefa.

—Buenos días, ¿ahora te acuerdas de que soy tu jefa?

—No lo he olvidado, Solé —afirmó mirando a los ojos de la mujer mosqueada que tenía delante.

—No me pareces muy arrepentido.

—Mentiría si dijera que lo estoy. Fue una decisión fruto de un momento de irreflexión. Ninguno de los dos analizamos las posibles consecuencias, si hay un culpable soy yo. Debería haber impedido que la detective Marina entrara en la escalera. Sé que debimos avisar a la central.

—¿Cómo encontrasteis la entrada? —preguntó Solé con una chispa de diversión en sus ojos, viendo cómo el siempre impertérrito Leo había terminado por caer de su pedestal de normas y reglas.

—Fue fortuito, Marina tropezó y se apoyó en la pared. En un saliente que

debía ser un resorte y luego...

Durante media hora Leo le contó a su superiora lo que habían visto y descubierto. Sabían que existían túneles bajo la ciudad, alguna vez habían estado en alguno por alguna investigación, pero toda aquella situación parecía salida de una película de aventuras.

—De puertas para afuera, te he reprendido por lo que has hecho, tú me has prometido no repetirlo y estás muy arrepentido.

—¿Y de puertas para dentro?

—La próxima vez me avisáis, no como jefa de la científica, sino como amiga, también quiero jugar un rato a ser Lara Croft. Tengo que apartarte de la investigación de ese escenario en concreto, céntrate en los hoteles.

—A sus órdenes, jefa —se despidió Leo sabiendo que se había salvado por poco de un mancha en su expediente.

Dos pisos más arriba del despacho de Solé, Marina estaba recibiendo una reprimenda similar por parte de Carlos, en tanto Pepón aguardaba fuera, intentando escuchar lo que pasaba en el despacho. Si era sincero consigo mismo, el hecho de que Marina saliera con Leo le molestaba más que el hecho de que hubiera investigado por su cuenta la Cueva de Salamanca. Creía que cualquier sentimiento romántico hacia su compañera ya había quedado olvidado, pero, al verla con Leo, las brasas habían vuelto a arder. Tal vez debería intentarlo de nuevo, con el cerebritito de la científica llevaba poco tiempo, quizás no fuera tarde.

—Me metes en unos líos, Marina —se lamentaba cabizbajo Carlos—. ¿No podías haber tenido una cita como las personas normales? Cena, una copa, sexo. Pero no, eso es demasiado convencional para ti, tenías que descubrir un pasadizo bajo la muralla que nadie conocía.

—Lamento que tengas problemas con tus superiores.

—¿Mis superiores? Es peor, Marina. Mi hija Ana se ha enterado, afirma que, si no es por su relato, tú no habrías descubierto la cueva, de modo que dice que *le debemos* visitar las galerías y las celdas. ¿Sabes lo que has hecho?

Con una preadolescente que empieza a ver a los chicos como algo más que como amigos, puedo lidiar, pero con una detective en miniatura no.

—Hablaré con ella —aseguró Marina riendo.

—Más te vale. De momento, te quiero sentada en tu mesa, repasando la información que tenemos. En alguna parte hay algo que aún no hemos descubierto. Además de Jaime, alguno de los desaparecidos no es lo que parece.

—De acuerdo, me pongo con ello. Si sabes algo de la cueva...

—Te lo diré, pero de tu silla no te mueves.

Marina regresó junto a Pepón, que la esperaba con todo lo que tenían sobre el caso esparcido entre las dos mesas.

—¿Seguimos en el caso? —preguntó Pepón.

—Sí, tranquilo, estaba más preocupado por mi influencia en su hija que por lo de ayer.

—Leo debería haberte detenido. Fue una imprudencia que entrarais sin saber qué ibais a encontraros.

—Precisamente ahí está la gracia. Tú también haces deporte de riesgo, puede pasarte cualquier cosa.

—No es lo mismo, Marina —replicó Pepón muy serio—. Disfruto con el subidón de adrenalina, pero antes de hacer una ruta arriesgada, o rafting o cualquier otra actividad que me gusta realizar los fines de semana, me informo de los riesgos, la zona en la que voy a estar y, por supuesto, llevo el equipo adecuado. No lo hago sin pensar.

—Umm, creo que por eso no me terminan de enganchar los deportes de riesgo, me gusta la emoción y la excitación de no saber qué me encontraré. Cada peldaño que bajamos ayer, cada celda que inspeccionamos aguardaban sepultadas tras nuevas construcciones, y el paso de los años, a volver a ser descubiertas. A ser pisadas de nuevo, a que sus paredes sintieran otra vez la luz después de siglos de oscuridad. Un sendero, una montaña, un río del que se conoce con el Google Maps hasta el último detalle no despiertan en mí el

mismo interés —explicó Marina, pero, viendo cómo Pepón negaba con la cabeza, decidió que era mejor cambiar de tema—. Ya hemos divagado suficiente, centrémonos en estos perfiles de nuevo. Lo que tenemos ya lo hemos analizado hasta el aburrimiento. Busquemos nuevos datos, aunque sean irrelevantes, pueden darnos la información que necesitamos.

—¿Qué quieres buscar?

—Infancia, colegios, estudios universitarios, trabajos previos. Carlos ha sugerido que no solo Jaime está implicado, alguien más oculta su verdadera identidad, tras otra en apariencia inofensiva e inocente. No nos iremos a casa hasta averiguar quién es.

Datos fiscales, fichas policiales, informes médicos, estudios, universidades, familiares, amigos. No dejaron nada al azar, ni siquiera salieron a comer. Pidieron una pizza y solo hicieron descansos para ir al baño y estirar las piernas, circunstancia que Marina aprovechaba para chatear un rato con Leo, que, al igual que ellos, estaba revisando todas las pruebas por orden de Solé. Los compañeros los miraban intercambiando gestos entre ellos, aquellos dos eran incansables, no sabían lo que era separar el horario de oficina y el personal. Tras los cristales la noche fue cayendo mientras la oficina se iba vaciando. Eran casi las siete cuando una voz familiar interrumpió su trabajo.

—Hola, chicos —era Leo que con su inseparable sonrisa hacía entrada en el despacho de Marina.

—Hola, ¿ya te vas a casa? —preguntó Marina devolviéndole la sonrisa.

—Todavía no, tengo que esperar unos datos de la central, que deben enviarme desde Madrid: unas huellas que encontré en el armario que ocultaba la entrada al túnel en el Hotel Casandra y que les he enviado para que cotejen con su base, pero he pensado que os vendría bien beber algo caliente y comer algo —explicó el atractivo hombre, al que el frío no parecía influir, pues iba vestido con unos vaqueros y una cazadora de cuero marrón, que resaltaba su masculinidad—. A ti, Pepón, te he traído un café, creo que no te gustan los productos procesados, así que te he comprado una manzana.

—Gracias —respondió este; desde luego, con esos detalles se le iba a hacer difícil odiarle. No era raro que Marina se hubiera prendado de Leo, él no hubiera traído nada a su rival en aquel triángulo amoroso del que la interesada no sabía nada.

—A ti te he traído un té verde con miel y una madalena de arándanos.

—Huele de maravilla. Eres un sol —sin poder contenerse, Marina le dio un beso en la mejilla a Leo, no quería que sus compañeros comentaran nada de su relación personal, pero, como la oficina estaba ya prácticamente vacía, no importaba.

Después de unos minutos de conversación insustancial, Leo volvió a su lugar de trabajo, prometiendo volver a pasarse cuando se marchara a casa, por si Marina quería irse con él. Disfrutando del aroma reconfortante de su té, la detective posó la mirada en la carpeta que contenía la información referente a Tomás Beltrán, Pepón había dejado a su lado la que estaba consultando sobre Armando Gómez, para sujetar con una mano la manzana y con otra el vaso del café. Había acercado su silla a la de Marina y ambos comían en silencio. De repente Marina se atragantó con la madalena, Pepón le dio unos golpecitos en la espalda, algo habitual en esos casos, pero que valía de bien poco en la realidad.

—Esas madalenas industriales...

—No es eso, mira —señaló Marina entre lágrimas y toses—. Lee los expedientes académicos. Tomás Beltrán fue profesor durante tres años en el instituto donde estudió Armando.

—¡Es cierto! Coinciden las fechas. Puede que hubiera más de un profesor de historia y que no le diera clase.

—Lo sé, pero hay que comprobarlo. Son casi las ocho, ya no habrá nadie, pero mañana a primera hora debemos llamar a Secretaría y que nos den la información.

—Quizás no sea nada, solo una coincidencia, sin más.

—No creo en las casualidades. ¿Qué probabilidad hay de que dos de los

desaparecidos se conocieran de antes? Muy pocas, créeme.

—Y muchas menos, de que el entrañable abuelo sea un traficante de arte buscado por la Interpol y el FBI —dijo Leo entrando en el despacho a la carrera, con el informe con las huellas que acababa de llegarle desde Madrid.

—¿Un profesor de instituto?

—Eso es lo que aparenta, pero en realidad es mucho más. Desde la central han cotejado las huellas con las bases internacionales y han descubierto que no es ningún inocente ancianito. Marina, te he enviado un email, pincha en el enlace.

—Un momento... ya está. ¡Es él! En la foto que tenemos del DNI está algo más viejo, pero no hay duda.

—Nunca ha habido pruebas concluyentes contra él. Encontraron sus huellas en el Museo de Louvre cuando desapareció el cuadro de Van Gogh el año pasado, y hace dos años, cuando en el Museo Británico desaparecieron dos piezas, las cámaras de seguridad lo captaron dos días antes observándolas con detenimiento. Fue interrogado por la policía alemana cuando robaron aquella escultura romana del Museo de Pérgamo de Berlín, pero nuevamente fue liberado por falta de pruebas.

—¿La huella la encontraste en el armario que tapaba el túnel del Casandra?

—En efecto, Pepón, es imposible que un huésped del hotel dejara sus huellas en ese sótano por casualidad.

—¿Y si es uno de los secuestrados y no está implicado?

—Mucha casualidad, un ladrón y traficante de arte que es raptado en plena noche de su habitación y llevado a la fuerza a unos túneles donde puede haber escondidos obras de arte o enseres de plata.

—¿También es traficante? —preguntó Marina.

—Eso está confirmado, le pillaron en la aduana tratando de pasar una estatuilla del antiguo Egipto. Aseguraba que la había comprado en un mercadillo, que desconocía su valor. Las autoridades no le creyeron. No obstante, un buen abogado, que casualmente apareció en viaje de placer en

Luxor al día siguiente de la detención de Tomás Beltrán, logró librarle de la cárcel pagando una multa. Se cree que trabajaba en complicidad con su hermano, hasta que murió hace dos años.

—Entonces Jaime es el informático, Tomás, el historiador/ladrón de arte y, con seguridad, Armando, antiguo alumno de Tomás, es el tercer hombre implicado. Pepón, ¿de dónde es Tomás?

—De Barcelona.

—Bien. Envía una petición a la policía de allí para que registren su casa, que nos envíen fotos de todo lo que encuentren.

—Los bomberos han terminado de achicar agua, han dejado conectadas dos bombas de extracción. Podéis volver a los túneles cuando queráis.

—Pepón...

—Ya, ya, quieres ir mañana por la mañana a primera hora al Hotel Casandra, ahora mismo lo gestiono todo.

—Leo, ¿algo nuevo? —preguntó Carlos que, habiendo terminado su jornada laboral, se marchaba a casa, pero antes había querido ver a Marina y comprobar sus avances en la investigación. Durante unos minutos le pusieron al día de todo. El caso se complicaba: de unas misteriosas desapariciones y de unos no menos siniestros túneles, habían pasado a una posible trama de robo y tráfico de arte—. Nada de ir solos, iréis con efectivos policiales y perros, tenemos las pertenencias de los huéspedes del Hotel Casandra, tal vez puedan encontrar su rastro.

—Eso puede ser difícil, entre la gran cantidad de agua y el olor a filtraciones de las cloacas, les será complicado, pero no se pierde nada. Tal vez debería acompañaros por si encontráis algo que deba analizar —afirmó Leo con inocencia.

—Es buena idea—aseguró Marina mirando a Carlos con ojos de corderito.

—Está bien —respondió este último divertido contemplando la cara de pocos amigos de Pepón. Marina era inteligente, pero había veces que no se enteraba de lo que la rodeaba. Debería hablar con ella y explicarle el

triángulo en el que estaba envuelta, ya que no parecía percatarse de la situación—. Habla con Solé, por mí no hay inconveniente. Marina, hoy ya es algo tarde y la pequeña ya estará acostada, pero ven mañana a cenar a casa, hace días que nos ves a las niñas y Ana estará encantada de que le cuentes lo de la Cueva.

Marina aceptó la invitación y, despidiéndose de Pepón, fue en busca de Leo para tomar algo rápido antes de irse a casa. Entre sorbos de cerveza y besos apasionados en la mesa más apartada del bar que pudieron encontrar pasaron un par de horas.

—Tenía que haberme pedido ese pincho de panceta, sabe mejor que mi tortilla.

—Ya te dije que esa tortilla llevaba horas en la barra, la panceta estaba recién hecha y calentita.

—No es el único calentito por aquí —contestó Leo deslizándose su mano por debajo del jersey de Marina. Tras un par de besos en los que se robaron la respiración mutuamente, decidieron irse antes de que los camareros, con ganas de cerrar el bar, los echaran del lugar.

Con pesar Marina rechazó la oferta de Leo de continuar la noche en su casa; si la aceptaba, sabía que harían de todo menos dormir, y al día siguiente quería estar despejada. Además, quería revisar la documentación que le habían enviado a Leo de la Interpol y el FBI sobre Tomás.

—Mañana te veo en el hotel.

—Hasta mañana, cariño.

¿Cariño? ¿Por qué de repente esa palabra, que en boca de otros siempre había encontrado empalagosa, ahora hacía que se derritiera por dentro como una quinceañera? Una vocecita seria en su cabeza le decía que no tenía edad para esas tonterías románticas, pero otra más insistente y gamberra le decía que nunca era tarde para el amor, y que pasara lo que pasara en un futuro entre Leo y ella, que le quitaran lo bailado. Decidiendo que iba a hacer caso a la segunda voz, apagó la luz y se dispuso a dormir y a soñar con atractivos

ojos azules mirándola.

Pepón le había dicho que a las nueve la recogería en su portal para ir al Hotel Casandra. Contaban con un perro que les ayudaría a encontrar el rastro de los desaparecidos, bien fueran secuestradores o secuestrados. Sabiendo lo que le esperaba, se puso un jersey gordo, que solo usaba cuando salía al campo en invierno, las botas de montaña y ropa interior térmica para que la aislara de la humedad. Por último, cogió su arma reglamentaria y la metió en la pistolera, ajustándola bien; y la otra pequeña y ligera que tenía, que procedió a ocultar en su bota derecha. Durante el breve trayecto en coche, su compañero le informó que a esa misma hora estaban registrando la casa de Tomás Beltrán, esa tarde tendrían los primeros informes. A la vez que ellos, llegaron Carlos y Leo.

—Buenos días, jefe —saludó Marina a su antiguo compañero—. ¿No deberías estar en tu despacho haciéndole la pelota a alguien?

—He pensado que, si estaba cerca, evitaría que hicieras alguna tontería.

Sin contestar, Marina pasó por delante de Carlos y entró en el hotel echando chispas por los ojos. Pepón y Leo la siguieron divertidos. Desde luego, el actual comisario la conocía a la perfección.

Tenían seis bolsas con ropa de cada una de las personas que buscaban. Decidieron empezar dándole a oler al perro una bufanda de la bolsa de Rosa Hernández. Antonio, el gigantón pelirrojo que guiaba al can, le animó a buscar el rastro.

—Cleo, vamos, chico, busca.

Como el perro no parecía decidirse, Marina sugirió seguir el túnel que, según parecía, discurría hacia la Cueva de Salamanca. Al extraer el agua, podían ver, a la luz de los haces de sus linternas, que en alguno de los muros se veían marcas de picos de los hombres que habían excavado los túneles. En

muchos de ellos se podía apreciar que la uniformidad de la piedra era rota por entradas tapadas con ladrillos y argamasa. Carlos, sorprendido por lo que veían, admiró los dos arcos abovedados, restos de alguna cripta subterránea de alguna iglesia, que encontraron al aproximarse a la Plaza del Liceo.

—Debemos de estar bajo la gran tienda de Zara —apuntó Leo—, la que integra en su interior los restos de San Antonio del Real. Seguro que estos arcos forman parte de su estructura.

—Según dicen es la tienda más bonita del mundo —aseguró Marina, orgullosa de su tierra de adopción.

—¿Cleo, qué pasa?

El perro policía, hasta ese momento dócil, había comenzado a mostrar signos de excitación: agitaba la cola y olfateaba nervioso las esquinas de la bifurcación que tenían ante ellos. Sin dudar, tiró de la correa que llevaba Antonio, indicando el camino que debían seguir. Tras unos momentos de alocada carrera, se detuvo en una especie de celda, similar a la que habían encontrado en la Cueva de Salamanca. Un calcetín olvidado en el suelo era el objeto de su atención, junto a este había unos excrementos. Pepón arrugó la nariz al ver cómo Leo tomaba una muestra de ellos y los analizaba; en ese instante no envidiaba nada al cientifiquillo.

—Son de humanos y son recientes. Diría que de hace un par de días, no mucho más.

—El calcetín es del mismo dueño que la bufanda —dijo Antonio.

—¿Seguro?

—No hay duda, comisario.

Animados por estar en la buena dirección, siguieron inspeccionando el pasadizo. En otro recodo encontraron una funda de las típicas pajitas que venían en los zumos envasados. Como miguitas de Pulgarcito, los secuestrados habían ido dejando restos a su paso. Iban despacio, examinando cada centímetro, no querían perder ningún otro resto que hubiera en los pasadizos. Solo se oía el eco de sus pisadas, el ruido de la vida que

transcurría en la superficie no llegaba hasta ellos, de igual forma que sus móviles tampoco captaban señal y permanecían mudos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pepón.

—No oigo nada —negó Carlos.

—Cleo, sí. Ha dejado de husmear y está en alerta.

—Sacad las armas. Antonio quédate aquí con Cleo; si se pone a ladrar, puede delatarnos. Leo, tú te quedas con ellos; vosotros, con Marina; Pepón, tú, conmigo.

Todos asistieron y se dispusieron a hacer lo que Carlos había ordenado. Leo no estaba muy contento con la idea de quedarse atrás, pero reconocía que, al estar centrado en la parte científica por su trabajo, estaba algo oxidado para enfrentarse a la acción. Fueron adentrándose en una galería que había aparecido a su izquierda; según caminaban, las voces de una discusión entre dos hombres iba en aumento.

—Te digo que te equivocas.

—Y yo te digo que no. Según este plano del siglo XVIII estamos debajo de la iglesia de San Martín; si, como tú dices, escondieron el botín aquí, deberíamos estar ante él, y no lo parece.

—El diario es correcto. Sin lugar a dudas.

—Entonces hay algún dato que desconoces, tal vez lo cambiaran de lugar y en el diario no lo pone. Sigue leyendo y tal vez lo averigües.

—¡Chiss! He oído unos pasos.

Tomás dejó de discutir con Jaime y prestó atención a Armando. ¡Tenía razón! Muy quedo, se podía escuchar que alguien se aproximaba. En silencio, con gestos urgentes, hizo levantar a los tres prisioneros y, recordando una trampa situada a unos metros de donde estaban, por la que se accedía a una cripta, los instó a correr. Los operarios encargados del mantenimiento de las alcantarillas no tenían ningún motivo para llegar hasta donde ellos estaban; si se acercaban unos pasos, eran de personas que venían en su búsqueda. Se puso delante para indicar al resto el camino que debían seguir; Raúl y Rosa

iban en segundo lugar, después Jaime con sus ordenadores y, por último, Juan y Armando cerraban la fila.

—¡Alto ahí! —ordenó Marina a la figura con un chaquetón rojo que tenía delante, girando a la derecha en un pasadizo, siguiendo a otras.

Marina y los suyos, desconocedores del terreno, no podían ir tan rápido como sus perseguidos, que conocían los pasadizos casi como la palma de su mano, después de las más de tres semanas que llevaban en ellos. Ya había llegado a la trampilla, disimulada en el suelo con un saliente de roca; Tomás hizo que Rosa y Raúl fueran descendiendo por ella. Jaime, con el peso del equipo informático, iba retrasado, haciendo que los que iban detrás de ellos vieran cómo sus perseguidores acertaban la distancia. Juan tropezó con el cordón de su deportiva y cayó al suelo. Armando chocó con el cuerpo del ganadero tendido en la tierra. En una fracción de segundo tomó la decisión, le golpeó la sien con la culata del arma que llevaba y lo dejó inconsciente; dando un salto, esquivó el cuerpo y llegó a la trampilla.

—¿Qué has hecho? —bramó Tomás, maldiciendo la incompetencia de su exalumno que seguía igual de irreflexivo y egoísta que siempre. Conteniendo la sarta de insultos que acudían a su boca, se escabulló por la trampilla, haciendo deslizar el saliente que ocultaba la entrada a la cripta. Con una fiera mirada, ordenó silencio y apagaron las linternas que portaban. En completa oscuridad escucharon las pisadas de los policías corriendo por encima de ellos.

—No los veo, no sé por dónde están —le dijo Marina a Carlos cuando se encontraron minutos después de búsqueda infructuosa.

—¡Maldita sea! —exclamó Pepón—. Casi los teníamos. ¿Quién es el hombre?

—Creo que Juan Pérez. He ordenado que salgan a pedir una ambulancia, y Antonio ya viene con Cleo en busca de algún rastro.

Tomás, al oír que tenían un perro, tuvo que optar por un camino que hubiera preferido no tomar. Sin el cánido, habrían podido permanecer en la

cripta escondidos hasta que se cansaran de buscarlos, pero ahora no podían hacer eso. Aprovechando que las voces parecían replegarse hacia el lugar donde Juan yacía inconsciente, hizo salir de la cripta al grupo y los condujo hacia una entrada a los túneles del alcantarillado.

—Por ahí no voy —se negó Armando.

—Lo harás, si no quieres ser el siguiente al que dejemos tirado, pero, a diferencia de lo que has hecho tú, a ti te dejaré muerto, para que no puedas contar nada a la policía. ¡Idiota! Si en lugar de pensar solo en ti hubieras pensado en el resto, no estaríamos en esta situación.

Jaime se colocó el equipo a la espalda, protegido con bolsas impermeables que habían construido con los restos del bote neumático. Rosa, cogida de la mano de Raúl, hizo lo que le ordenaban. Este último no pudo evitar sonreír cuando no le veían; si la unión de sus secuestradores empezaba a resquebrajarse, seguro que era algo bueno para ellos. Armando, enfadado y renegando como un niño travieso sorprendido en una travesura, se hundió en las aguas hediondas. Tomás cerró la comitiva, pensando que tal vez uno menos implicaba más a repartir y menores problemas. Quizás no fuera mala idea que Armando no llegara a salir de aquellos túneles.

Los salmantinos llenaban las calles. Contentos y aliviados, daban la bienvenida a las tropas inglesas, que, al mando del general Wellington, por fin habían hecho que aquel dichoso junio de 1812 los franceses se marcharan de la ciudad. Una noche calurosa, de inicio de verano, los no tan felices capitán Luis Gautier y capitán Gustavo Hernández se habían reunido con el advenedizo capitán inglés James Scott.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntaba el capitán francés—. No hay tiempo de sacar todo lo que tenemos oculto, algo me podré llevar, pero no todo.

—Me encargaré de cuidarlo bien —aseguró el español.

—Perdóneme que no me fie de un capitán que traiciona y roba a su propia gente.

—Señores, señores, tranquilos. Estaba visto que necesitaban la frialdad y seriedad inglesa para arreglar el asunto. Sé algo que ustedes no saben: en unos días van a ordenar sacar todo el armamento y munición de los cuarteles franceses, para llevárselo a Ciudad Rodrigo. Durante el viaje, no será custodiado por demasiados hombres, se necesitan en la ciudad y para terminar con las escaramuzas francesas. ¡Quién sabe qué puede ocurrir durante el traslado!

—Los objetos de oro y plata serán fáciles de camuflar en los sacos de pólvora —afirmó pensativo el español—, pero los cuadros son demasiado

grandes.

—Conozco el lugar indicado: cerca de la iglesia de San Blas, hay un sótano perfecto para ello —dijo el francés.

—Ven, amigos, todo tiene solución. Lleven escondido entre la munición lo que deseen a la panera de la calle Esgrima. Menos mi parte, claro, un modesto pago por mi desinteresada ayuda.

—Si es tan desinteresada, maldito inglés, no hay necesidad de ningún pago.

—Oh, no es para mí, amigo francés —aseguró el británico, ante la incredulidad de los otros dos capitanes—. Es para los soldados ingleses que les ayudarán a transportar el botín.

Los tres capitanes se despidieron. Al día siguiente, cada uno se dispuso a cumplir su parte. El capitán Gautier se encargaría de que las escaramuzas continuaran en la ciudad, para evitar que el general Wellington desplazara tropas a Ciudad Rodrigo aprovechando el traslado de munición. El capitán Hernández, con su gente de confianza, trasladaría los candelabros, ánforas, joyas, bandejas y demás objetos de plata, oro y piedras preciosas, requisado por las tropas francesas con la ayuda de algún que otro español. Por último, el capitán inglés prepararía el envío del armamento con sus tesoros ocultos, que tendría lugar tres días después, el 6 de julio por la tarde.

Tomás cerró el diario con disgusto, aquel idiota del capitán Scott lo había fastidiado todo. El cargamento tendría que haber salido el día 5 y no el 6. De ese modo no hubiera volado por los aires a las siete y media de la mañana, cuando, debido al reguero de pólvora que al trasladar la munición había quedado por las calles, una fuerte explosión acabó con casi media ciudad. Lo que los franceses no habían logrado en años de ocupación lo consiguieron los ingleses en unos segundos. ¡Tantos tesoros perdidos! ¡Tantos edificios desaparecidos! Aunque todavía quedaba una esperanza. La iglesia de San

Blas había resultado derruida en parte, pero no en su totalidad. Los cuadros tal vez se hubieran salvado. ¡Esos espléndidos cuadros que el duque de Montarco tenía en su palacio! Por lo que él sabía, no estaban en ninguna colección ni privada ni pública. En ningún tratado de arte se volvía a hablar de ellos, se daba por supuesto que habían sido sacados de España por los franceses, pero Tomás sabía por el diario que no había sido así. Aún tenía una esperanza.

—Ya he vuelto —anunció Jaime a sus espaldas.

—¿Qué has averiguado?

—He logrado piratear la intranet de la comisaría, parece mentira lo fácil que es hacerlo.

—No estoy de humor para tus tonterías, ¿qué has averiguado?

—Juan tiene un tobillo roto y una ligera conmoción cerebral.

—Podemos ir al hospital y acabar con él —apuntó Armando.

—¡De eso nada! No me apunté a esto para matar nadie —gritó Jaime enfadado. Estaba harto de aquella situación. Cuando conoció a Tomás en el instituto donde daba clase, al instalar el nuevo programa informático para la gestión de las notas de los alumnos, le pareció un tipo inteligente y simpático. En un rato de descanso, le contó sus problemas económicos para llegar a fin de mes, debía ayudar a su hija, embarazada de un mal hombre. Jaime compartió con él, sus dificultades para obtener la custodia de su hijo y lo costoso que era hacerse con los servicios de un buen abogado. Entonces, el profesor de historia le contó la leyenda sobre el tesoro de los Montarco, desaparecido durante la ocupación francesa de Salamanca, que permanecía oculto bajo tierra a la espera de ser encontrado.

«—En una par de días nos haremos con él. Tengo un antiguo alumno que estará encantado de ayudarnos».

Con disgusto vio cómo el plan inicial se había ido complicando. Sin quererlo, se había visto envuelto en un secuestro.

—Necesitamos que alguien cave por nosotros y ocultar nuestro verdadero propósito con una desaparición misteriosa.

—Pero cuando tengamos lo que buscamos, ¿qué haremos con los rehenes?

—Tal vez podamos engatusarles con dinero para que no digan nada, y se pongan de nuestro lado. Todo el mundo tiene agujeros que tapar. Podemos decir después a la policía que los secuestradores huyeron con el tesoro y nos han liberado. Nunca podrán encontrar a quien no existe. Serán solo tres días. Nos quedaremos en la cocina del hotel, como en una acampada. ¡Será divertido!

—¿Y si no aceptan?

—Me has dicho que, antes de trabajar para la multinacional informática en la que estás empleado ahora, lo hiciste para un laboratorio farmacéutico. Te quedará algún contacto allí, hay drogas que hacen que la gente haga lo que uno quiere y luego lo olvide.

—No será fácil ni barato conseguir la escopolamina.

—Hay otra forma de silenciarles para siempre...

—No. Conseguiré la droga.

Conseguir la burundanga no había sido sencillo. Su contacto, una analista química con la que había tenido un rollete durante el tiempo que estuvo trabajando en la farmacéutica, no había resultado fácil de convencer.

—Podría perder mi trabajo.

—Nadie se dará cuenta, sabes que siempre se pueden falsificar los registros, te diré cómo hacerlo.

—¿Y yo qué gano?

—¿Qué quieres?

—500 000 euros.

Tomas había accedido a pagarle la exorbitante cifra a la analista, sin pestañear, para asombro de Jaime. En ese instante se dio cuenta de la envergadura del botín que iban a buscar. De igual modo, se percató de que

aquel inocente profesor de historia era más de lo que decía ser, y de que sus cuentas corrientes estaban mucho más saneadas de lo que afirmaba. Sin embargo, sus esfuerzos habían valido de poco. No contaban que entre los secuestrados habría un médico, que, al detectar los efectos de la escopolamina, se había enfrentado a ellos.

—No más drogas. El uso continuado de la burundanga puede ser perjudicial para nosotros —les dijo Raúl—. He hablado con mis compañeros, y tanto Rosa como Juan están de acuerdo conmigo, Nos comprometemos a no escapar si no usan más las drogas con nosotros.

Con el gas narcótico, habían sacado de sus habitaciones a sus víctimas y, durante el primer día, las habían controlado fácilmente con la droga, pero, tras la noche de vómitos de Rosa, habían reducido la dosis y Raúl habían entendido lo que ocurría.

—De acuerdo, no más drogas —había accedió Tomás. Cuando Jaime le preguntó qué harían con ellos al terminar, le dijo que no se preocupara, que ya encontraría una solución.

Pero en el Hotel Casandra no estaba el tesoro de los Montarco, y no pudieron encontrarlo en esos tres primeros días.

—No es más que un contratiempo. Nos quedaremos ocultos un par de días en los túneles y listo.

A pesar de sus promesas, Tomás insistió en drogar a los rehenes mientras ellos tres iban al Hotel Ciudadela, cuyo edificio reposaba sobre los restos del Palacio de los Montarco. No había sido capaz de hacerlo. Cuando Armando y Tomás estaban despistados, le dijo a Raúl que los dejarían solos unas horas, pero que deberían fingir que se quedaban dormidos al tomar la cena.

—¿Y si sale algo mal y no volvéis?

—Te doy mi palabra de que, si eso pasa, me encargaré de que alguien venga a buscaros. No quiero daros más droga, por eso tienes que decirles a tus compañeros que se hagan los dormidos en cuanto cenéis.

Raúl cumplió su parte y él cumplió la suya. Casi fue un alivio cuando los barrenderos dieron la voz de alarma a las tres horas de estar en el hotel. No se fiaba de Tomás y temía que, si encontraban el mítico tesoro, decidiera que no merecía la pena volver a liberar a los rehenes.

Por lo que concernía al tercero de la banda, lo tenía muy claro. No le gustaba Armando. Era un cabeza hueca, sin escrúpulos, con poca o ninguna moralidad. Tomás podía controlarlo hasta cierto punto, pero, después de lo Juan, había quedado claro que no se podían fiar de él.

—Ya les habrá contado a los policías todo, ya no tiene sentido matarle —intervino Tomás tranquilizando los ánimos—. Contamos con la ventaja de que ellos no saben dónde está el tesoro y no conocen los túneles como nosotros, gracias al programa topográfico de Jaime.

—¿Y tú sabes dónde está el tesoro? Porque llevamos casi un mes en este infierno, y no veo que estemos más cerca de encontrarlo que antes.

—Créeme Jaime, lo estamos —respondió Tomás dando golpecitos al diario que tenía en su mano.

Juan descansaba feliz en su cama de hospital. Sábanas limpias y frescas, duchado y aseado, con el pie escayolado y recibiendo la medicación por el gotero enganchado a su mano. En una silla junto a su cama, su mujer dormitaba después de tantas noches de espera e incertidumbre. Desde su habitación podía oír el murmullo de las voces de su familia y amigos de la cooperativa, que se agolpaban en la sala de espera. Unos suaves golpes en la puerta rompieron la quietud del momento.

—Adelante —dijo su mujer despertándose al instante.

Era aquella atractiva detective y su compañero, gracias a los cuales estaba fuera de los túneles.

—¿Cómo se encuentra esta tarde? —le preguntó Marina, mientras Pepón permanecía en un segundo plano, junto a la esposa de Juan.

—Mucho mejor que hace unas horas. ¡Quién me iba a decir que la comida de hospital pudiera resultar tan sabrosa!

—Nos gustaría hacerle unas preguntas. Sé que ya hizo una declaración esta mañana, pero tal vez puedas darnos un detalle que nos ayude a encontrar a los que le hicieron esto.

—No salíamos de los túneles, el jefe, ese tal Tomás los conocía como la palma de su mano. El otro, el informático, tenía un programa en el ordenador con el que parecía que era capaz de ver tras las paredes y los techos.

—Tenemos equipos que están registrando los túneles.

—¿Han ido a las antiguas caballerizas? ¿Las que hay debajo de la Pontificia? Allí pasábamos muchas noches, era más espacioso y seco.

—Sí, y a las celdas de la Cueva de Salamanca.

—Continúan allí abajo, no lo dude, hasta que no encuentren el tesoro que buscan, no saldrán de allí.

—Respecto a eso, sospechamos que será algo relacionado con la ocupación francesa durante la guerra de la Independencia.

—Por lo que pude escuchar, eso es lo que buscan. No estaba donde creían, de forma que, después de perder días cavando donde no había nada más que alguna moneda, nos hicieron ir al rectorado a por un diario de no sé qué capitán francés.

—Luis Gautier —apuntó Marina sonriendo. Ya le gustaría a ella tener una de esas monedas, con el dinero que muchos coleccionistas pagarían por ellas actualmente, se podría comprar un coche nuevo.

—Lo último que les oí fue que también había cuadros, que al ser grandes debían estar ocultos en algún lugar también grande.

—No si los han quitado de los marcos —sugirió con timidez la esposa de Juan—. Lo vi en una película.

—Umm, puede que tenga razón, tal vez no necesitemos buscar un escondrijo demasiado grande para el tesoro.

—Todo lo contrario; el otro hombre, el joven que me golpeó, se jactaba de que el tesoro de los Montarco les haría ricos, que si nos portábamos bien nos darían una parte.

—¿Los Montarco?

—Eso dijeron. No les creí, algo en la forma con que Tomás nos miraba me dejó claro que de esas galerías no saldríamos con vida. Deben encontrarlos, Rosa y Raúl están peligro.

—Lo haremos —aseguró Marina con firmeza.

—No me han entendido. Tomás es el diablo en persona, es frío como el hielo, no tiene escrúpulos. Dudo que deje con vida a sus compañeros. No va a

dejar cabos sueltos, ni va a compartir con nadie sus hallazgos.

Una auxiliar de cocina entró en ese instante con la bandeja de la merienda, y Marina aprovechó para despedirse y dejar descansar a Juan. Fuera de la habitación consultó su móvil y vio que tenía una llamada perdida de Solé. Cuando le devolvió la llamada, la jefa de la científica le informó de sus hallazgos. Gracias a lo que Juan les habían contado, habían descubierto los lugares que les habían servido de refugio durante la noche, los escondrijos donde habían encontrado objetos ocultos, que ahora arqueólogos e historiadores se peleaban por examinar. Aquellas galerías, tantas décadas olvidadas, eran redescubiertas con admiración. Restos de arcos, claustros, esculturas e incluso algunos enseres aparecían para mostrar nuevamente su belleza. Al preguntarle por el tesoro de los Montarco, Solé les contó que una de las arqueólogas había comentado algo sobre él. Marina le pidió el teléfono para hablar con ella. Aprovechando un rato de descanso de Esperanza, la arqueóloga que además era historiadora, quedaron en una coqueta cafetería, situada en la calle Peña Primera, donde servían deliciosos zumos y *smoothies* en tarros de cristal que podías acompañar con ricas tartas caseras.

Esperanza era de la edad de Pepón, divertida y dicharachera, en los primeros momentos quedó claro que aquellos dos se iban a llevar a las mil maravillas. Ambos eran amantes de las comidas saludables, de cultivo ecológico y respetuoso con el medioambiente. Pronto se enzarzaron en un debate sobre en qué parte de la sierra se podían encontrar las mejores zonas para recoger setas.

—Siento interrumpiros, chicos, pero Espe solo tiene una hora de descanso y tiene que contarnos lo que sabe de los Montarco.

—¡No me lo recuerdes! Tenemos que volver a las galerías, vuestros compañeros necesitan que les ayudemos a guiarse por ellas.

—Habéis encontrado algo de los Montarco.

—Aún no.

—¿Qué sabéis de ellos?

—Al parecer, durante los primeros tiempos de la ocupación francesa, las casas más señoriales se convirtieron en hogar temporal de los oficiales franceses, quienes, al abandonar la ciudad, años después, se llevaban lo que querían de ellas. El Palacio de los Montarco fue ocupado por un capitán francés, Luis Gautier, el mismo que escribió el diario que han robado del rectorado. Ocupaba un solar próximo a la Plaza Mayor, cerca de la Plaza Santa Eulalia, junto a la Torre del Aire. No quedaba ningún resto visible del edificio, pero, según figuraba en los escritos, la familia Montarco había hecho fortuna en el Nuevo Mundo. Sus antepasados acompañaron a Colón en su expedición a bordo de la Pinta, y a su regreso trajo suficiente oro y plata como para hacer que su familia fuera una de las más influyentes de la ciudad.

—¡Vaya con los Montarco! —exclamó Pepón.

—Inteligentes hombres de negocios; consiguieron aumentar su fortuna con sabias inversiones en diferentes compañías. Fábricas textiles en la zona de Béjar, industria chacinera en Guijuelo, acciones en minería, inversiones en otros países y así todo lo que os podáis imaginar. De sus viajes a Francia traían sedas y joyas para las mujeres de la familia, junto con candelabros, lámparas y espejos para la casa. Pero lo que es más importante, la esposa del duque de Montarco era una gran aficionada al arte, tenía una vasta cultura, muy superior a la de su marido, y gracias a ella, el Palacio de Montarco se convirtió en una valiosa pinacoteca privada, que solo unos pocos privilegiados podían disfrutar. El azar, el destino, llamadlo como gustéis, hizo que de todos los posibles oficiales que podían haber ocupado el Palacio, lo hiciera el único que conocía su contenido, puesto que, gracias a sus pocos escrúpulos, obras de arte habían terminado en sus paredes. ¿Sabéis cómo?

—Ni idea —negó Pepón.

—El propio duque de Montarco había obtenido numerosos cuadros de pintura francesa y flamenca a través del capitán Gautier, quien aprovechaba sus campañas militares para hacerse con obras de artes, de forma fraudulenta, para luego venderlas por costosas sumas a compradores a los que su origen

no les importaba.

—En la actualidad sigue pasando igual. Tomás Beltrán se dedica a lo mismo: trafica con arte adquirido de forma ilícita, y vendido de igual forma —señaló Marina.

—Cierto. Tenéis que saber que la mayor parte desapareció por el espolio francés e inglés. Otra parte, por los propios salmantinos que buscaron una forma de llevar un plato de sopa caliente a la mesa. Y no olvidéis la explosión del polvorín; se perdió una parte de la historia de Salamanca aquella aciaga mañana.

—¿Sabes que puede haber descubierto Tomás en el diario de Gautier?

—Deduzco que el lugar donde escondió todo lo robado y que no se pudo llevar. Hace dos días habría dicho que no quedaba nada, que, si lo hubiera hecho, ya habría sido descubierto. Pero ahora, después de ver las galerías, y de saber que han estado tres semanas largas escondidos en ellas, buscándolo, no soy capaz de negar su existencia. Eso me recuerda que debo regresar; el informe escrito tardaré en redactarlo, pero de forma extraoficial os puedo ir contando algo.

—Es buena idea, si me das tu teléfono...

Marina se acercó a la barra a pagar las consumiciones, para dejar que Pepón intercambiara su número con Esperanza. Esperando la vuelta, sonreía al verlos, mientras sentía que su pecho se liberaba de la presión que había sentido durante los últimos días. Desde que había empezado su relación con Leo, sentía una ligera incomodidad cuando estaba con Pepón. No era insensible a la situación, desde hacía tiempo sabía que su compañero sentía algo por ella. Intentaba mantener la cordialidad y la relación de amistad, sin traspasar la línea que pudiera hacerle albergar alguna esperanza de algo más. Veía cómo miraba a Leo cada vez que coincidían, no era indiferente a su hostilidad, de modo que, si la divertida arqueóloga atraía a Pepón, todos saldrían ganando.

Cabeceaba intentando en vano mantenerse despierto. Rosa dormía acurrucada junto a él, sobre unos cartones en aquel local en el que los habían obligado a refugiarse sus secuestradores. Aunque llamar local a aquella grandiosidad era quedarse corto. Estaban en una sala adyacente a la caja acorazada del abandonado Banco de España, situado en la Plaza de los Bandos. Las galerías estaban llenas de agentes que los buscaban, y Tomás había decidido ocultarse fuera de ellas, donde nadie los pudiera encontrar. Llevan un día sin moverse. No sería él quien se quejara. Habían podido asearse en los servicios del banco e incluso cambiarse de ropa, con la que habían encontrado abandonada de algún mercadillo navideño celebrado en el inmenso *hall* de entrada. Juan había sido afortunado, para él aquella pesadilla había terminado. Ahora la policía ya sabía que seguían vivos y que, debido a la obsesión de Tomás, no se irían sin encontrar lo que buscaban. Rosa se agitaba a su lado, su sueño no era tranquilo, dormían por el agotamiento y porque sus cuerpos anhelaban el descanso, pero las mentes no reposaban. No creían que fueran a salir con vida de aquella situación, si aún no estaban muertos era por Jaime, y porque necesitaban personas que trabajaran por ellos. Contempló sus palmas, ya no parecían las cuidadas manos de un cirujano, sino las de un agricultor. Los primeros días se les llenaron de cortes, ampollas y llagas, pero su piel se había ido curtiendo y ahora sus palmas estaban cubiertas de durezas. La hinchazón continuaba dificultaba que pudiera cerrar la mano derecha. En los momentos en que su ánimo decaía, pensaba que era mejor morir en aquellas malolientes galerías. Tardaría tiempo en recuperar sus destreza y habilidad en el quirófano, eso sí podían recuperarla. Lo gracioso de la situación era que no tenía que haber sido él quien asistiera al congreso, sino su compañero de departamento, pero una inoportuna gripe de última hora le puso a él en el avión. Sin embargo, no todo era malo. Sin ese infortunio no hubiera conocido a la bella mujer que descansaba a su lado.

Le habría encantado conocerla en otras circunstancias.

Rosa se había despertado hacia un rato, fingía dormir por el placer de sentir el cuerpo de Raúl junto al suyo. Él era lo único bueno que había tenido en esas tres semanas. Cuando se cruzó con el atractivo médico en el descansillo, no pudo evitar ruborizarse al escuchar el dulce acento de su voz al darle los buenos días. Al entrar en el ascensor, el olor de su colonia permanecía en el aire, haciéndola respirar hondo para inundar sus fosas nasales con el masculino aroma. Si hacía un esfuerzo, aún lo recordaba y se superponía al vomitivo olor que ambos desprendían en la actualidad. Necesitaría una ducha caliente, con medio bote de gel, para quitarse la mugre que la cubría. Una sesión de peluquería y masaje sería lo primero que se daría cuando salieran de allí. Veía en los ojos de Raúl la resignación. Le había oído hablar con Juan cuando creían que nadie los oía. Ambos estaban seguros de que Tomás y Armando acabarían con ellos. Ella no pensaba así, Jaime era el más «humano» de los tres, si es que había algo de humanidad en sus corazones, y ella hacía todo lo posible para que el informático tuviera presente que no eran objetos de usar y tirar, sino personas. Lo había oído discutir con los otros dos cuando Armando había sugerido ir al hospital a matar a Juan; la cordura de la mente fría del hombre de la voz profunda había imperado una vez más.

Desde su cómodo sillón de la mesa del vigilante, Tomás podía ver cómo sus rehenes dormían. Hacían bien en descansar, esa madrugada, en cuanto la presencia policial en los tunes disminuyera, planeaba ir por la red de alcantarillado hasta la cercana Plaza de San Benito. Ya no quedaba nada de la iglesia de San Blas, pero quizás encontrarán lo que buscaran por allí. Era una pena que el capitán Gautier hubiera muerto en la explosión del polvorín, llevándose a la tumba la ubicación definitiva de los cuadros. Su diario había resultado de gran ayuda. Chasqueó la lengua disgustado al oír los ronquidos de Armando. Le había reclutado pensando que su escasa inteligencia le permitiría manejarle a su antojo, pero no hay nada peor que un tonto que se cree listo y no piensa antes de hacer las cosas. Jaime era diferente, con una

mente despierta y activa, sabía actuar con rapidez y astucia. No obstante, tenía un gran defecto: su falta de temple a la hora de tomar decisiones carentes de moral. Sería una pena tener que matarle, podría haberle sido útil más adelante, pero era un cabo suelto. Los cuatro ilusos que dormitaban lo eran.

Con el agua hasta media pierna, restos de heces que flotaban a su alrededor y arrastrando los picos con los que cavaban, Raúl y Rosa seguían a Tomás, que llevaba unos pantalones de pescador con los que el agua no le mojaba, pero los suyos de algodón barato hacía rato que estaban empapados. Detrás de ellos iba Jaime, llevando el equipo sobre su cabeza, y por último Armando, que, silbando, parecía el único al que la situación no le incomodaba. Las raíces de los árboles de la Plaza de los Bandos, atravesaban los metros de tierra que había sobre sus cabezas. Una raíz de uno de ellos asomaba junto a los restos de un muro y de una columna con capitel dórico. Raúl trastabilló y tuvo que agarrarse a ella para recuperar el equilibrio.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —gritó Tomás furioso.

Eran más de las tres de la madrugada; hasta bien pasadas las dos, los policías los habían estado buscando, lo habían podido saber gracias al troyano que Jaime había introducido en los ordenadores de la comisaría. A esa hora, un superior, apiadado por la helada que estaba cayendo sobre la ciudad, dio seis horas de descanso a los efectivos de la búsqueda. Tenían ese tiempo para llegar a la iglesia de San Benito y volver al banco para refugiarse. Al pasar por debajo de la del Carmen, pudieron salir del túnel de alcantarilla y continuar por una galería que unía el templo con la Clerecía, pasando por debajo de la Plaza de San Benito. Una puerta de madera, tapada toscamente por unas piedras, les impedía el paso a los sótanos del recinto

sagrado.

—Vuestro turno.

Raúl y Rosa hicieron lo que Tomás les decía y, con más facilidad de la esperada, fueron retirando las piedras, que simplemente estaban apiladas, sin argamasa que las uniera.

—Tú ayúdales —ordenó Tomás a Armando, que con pocas ganas de trabajar hizo lo que le decían, estorbando a los otros dos más que ayudándoles.

Con la puerta liberada de piedras, un empujón hizo que se astillara la madera; con una linterna vieron que una silla se apoyaba en ella, cubierta de una tela de terciopelo raído. Armando y Raúl lograron que se moviera lo suficiente como para dejar pasar a Rosa, que era la más pequeña del grupo. Una vez en el interior, retiró la silla y la cortina, para permitir que el resto pasara a la especie de almacén en que se encontraban. Rebuscaron en él y en otros dos que había cerca, pero no encontraron más que los enseres procesionales de la cofradía del Despojado, una de las últimas que habían sido creadas en la ciudad. A Armando, desconocedor del valor artístico de las piezas, todo lo que estaba recubierto de pan de oro le parecía valioso. Tomás, haciendo caso omiso de sus comentarios, revisaba cada uno de los rincones. Fue Jaime el que realizó el mejor hallazgo.

—En este libro que he encontrado en la antesacristía, se hace inventario de las piezas de la iglesia, y este otro parece que lleva un registro de los hechos más relevantes acaecidos en relación con el templo. Tal vez, si los estudias con calma, nos sean de utilidad.

—Bien visto, Jaime. ¡Regresemos! Aquí no hay nada que nos sea útil. Llévate esos candelabros de plata y esa custodia de oro con piedras preciosas; si los vendes, sacarás algo, Armando.

Contento como un niño la mañana de Reyes, Armando cogió lo que Tomás le indicaba y, junto al resto, regresó por donde habían venido. Decáidos por la infructuosa búsqueda, Jaime y Tomás iban delante hablando de los libros.

Rosa y Raúl con los picos caminaban cansados y ateridos. Armando cerraba la marcha, admirando las piezas que habían robado, sin fijarse por donde pisaba.

—¡Estás tonto! —gritó al tropezar con Raúl, que había vuelto a engancharse en las raíces de los árboles.

—El tonto eres tú —replicó Tomás enfurecido—. Si nos oyen desde fuera por algún motivo, estamos perdidos.

Enfadado y molesto consigo mismo y con sus acompañantes, no permitió que Raúl y Rosa comieran algo sin antes limpiarse ellos mismos y los servicios que utilizaban. Era cuestión de horas que abandonaran el temporal refugio y no quería que la policía encontrara restos que les hicieran sospechar sus planes.

En la superficie la ciudad despertaba. Los barrenderos y regadores limpiaban las calles, los padres acompañaban a los niños al colegio y los universitarios resacosos por la noche del jueves se dirigían a las clases de primera hora de la mañana. Marina y Pepón ya estaban en la comisaria, releendo las notas que Esperanza les habían enviado con los hallazgos. Lo encontrado era de poco interés para la investigación, aunque de mucho para arqueólogos e historiadores, que corroboraban sus teorías y cotejaban los mapas antiguos. Estaba confirmado que iban tras el tesoro del Palacio de los Montarco; Esperanza les aseguró que serían varios lienzos.

—Tiene que ser un lugar seco, al que no llegue la humedad de las alcantarillas y las filtraciones de las lluvias, o se habrán echado a perder. El capitán Gautier era demasiado inteligente para permitir que eso ocurriera.

—¿Tenéis alguna idea de su localización?

—Algún punto comprendido entre la Avenida de Mirat, el Paseo San Vicente, la Ronda entre puentes y el Paseo Canalejas.

—No es tan grande —apuntó Pepón animado.

—No pienses en los edificios como son ahora, entonces eran casitas pequeñas, apiñadas junto a otras. No se respetaba el trazado, tal vez el patio trasero de una casa correspondía a la casa de al lado, que se extendía unos metros por detrás, más allá de lo que aparentaba la fachada.

—Me vuelvo a las galerías; suerte, chicos.

—Te acompaño a la puerta, hay algo que quiero comentarte —dijo Pepón levantándose de la silla, haciendo caso omiso a la sonrisilla de Marina.

El intrépido policía se sentía como un inseguro colegial ante la activa y habladora Esperanza. Tras unos comentarios más acerca del caso, al llegar a la puerta, cuando estaba seguro de que nadie podía escucharlos, se atrevió a preguntar lo que de verdad le inquietaba.

—Tal vez te gustaría tomar algo al terminar de trabajar esta tarde. Si no te va bien hoy o estás cansada, podemos...

—Me encantaría —le interrumpió Espe sonriente—. Conozco un restaurante nuevo japonés que quiero probar. Nos mandamos un mensaje y concretamos.

Y, dando un beso en la mejilla al atribulado detective, se despidió de él. Pepón, con cara de felicidad, regresó a su oficina; el oficial de la entrada le dio un golpe en la espalda cuando pasó junto a él, a modo de felicitación por lo que acababa de ver. Pepón carraspeó incómodo. Cuando entró en su despacho, encontró a Marina hablando por teléfono con Solé.

—¿Entonces, tenéis muestras de ADN?

—Sí, varias, pero esto no es una serie americana; aquí el análisis tarda semanas o más, y eso, si tenemos algo con qué compararlo. No hay bases de datos mágicas que contengan los datos de ADN y las huellas de todos los ciudadanos de España. Además, hay leyes que velan por la preservación de los datos personales. Podré darte el análisis químico de las sustancias que encontremos; según el tamaño de las pisadas que vamos hallando, puedo confirmarte que solo hay una mujer en el grupo, como nos dijo Juan. En

realidad, él es el que más nos está ayudando con la pruebas.

—Entonces, no queda más remedio que esperar.

—Estoy segura de que Leo te mantendrá informada, incluso más rápido que yo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Marina sintiendo cómo se ruborizaba.

—Por nada, mujer —afirmó Solé con ironía—. Solo lo digo porque Leo está con el grupo que está inspeccionando las galerías ahora mismo.

—Bueno, allí no hay cobertura.

—Algo me dice que sabrá encontrarla.

Al colgar, Marina sintió los ojos de Pepón sobre ella, pero al mirarle, él los bajo. Ninguno de los dos quería hablar de sus devaneos amorosos, en parte por timidez, y en parte por los sentimientos que pudo haber entre ellos en el pasado. En silencio primero, y en titubeantes comentarios después, poco a poco, la profesionalidad se fue imponiendo para volver a centrarse de lleno en la investigación. Con cuidado y meticulosidad fueron analizando durante horas cada uno de los datos que tenían, olvidándose de cuanto fuera ajeno a ella. Les había llegado la información de lo que los agentes catalanes habían encontrado en la casa de Tomás: fotocopias de planos del alcantarillado de Salamanca, como las que ellos tenían; reproducciones de mapas que mostraban cómo era la ciudad en la antigüedad; un libro con la historia de la familia Montarco, donde se hablaba de sus riquezas y obras de arte. Sin embargo, lo que había terminado de confirmar que era el hombre que estaba tras los secuestros habían sido las plantillas con los horarios de los trabajadores del Casandra y del Ciudadela. Lo que menos le satisfacía a Marina y al resto de las agencias implicadas en el caso era la falta de pruebas fehacientes del tráfico de arte que Tomás y su hermano habían realizado durante años. Confiaban en que, si lograban detenerle por los secuestros, los testimonios de Rosa, Raúl y Juan, junto con las evidencias que dejaran tras de sí, serían decisivos para enviarle a prisión por largo tiempo.

Mientras tanto, en los sótanos del antiguo edificio del Banco de España, Armando empezaba a sentirse mal.

—Parece una gastroenteritis —afirmó Raúl—. Con la humedad y la suciedad de las galerías, no es de extrañar. Necesitaría un suero o alguna bebida isotónica, que le ayudara a equilibrar electrolitos.

—Pues no vamos a salir a comprar nada. Nuestras caras estarán en toda la prensa. Estamos cerca del fin y no vamos a fastidiarla.

—Pero, Tomás...

—Nada de peros. Compórtate como el adulto que dices que eres.

A media tarde, la fiebre empezó a apoderarse del debilitado cuerpo de Armando; a la diarrea se le habían unido los vómitos, lo que hacía que no pudiera moverse del cuarto de baño. Tomás maldecía para sus adentros; la ayuda de su antiguo alumno le hubiera venido bien esa noche, después ya podía pasar lo que fuera, pero esa noche le hubiera necesitado. Con frustración, observó que Jaime comenzaba a dar síntomas de la misma enfermedad al ponerse el sol.

—Es curioso que vosotros dos estéis bien —dijo perspicaz Tomás mirando a Raúl y a Rosa.

—Tal vez la carne enlatada que comisteis estaba en mal estado. A nosotros solo nos disteis un sándwich —replicó Rosa molesta, ayudando a Jaime a volver a sentarse en la mesa donde estaba trabajando.

—Puede ser, pero Armando se sintió mal antes.

Sin decir nada más, Tomás fue al servicio, donde Armando, tendido en el suelo, permanecía inconsciente debido a la alta fiebre. Raúl, a su lado, le tomaba el pulso, apenas perceptible.

—No disimule, doctorcito, sé lo que ha hecho. No sé cómo, pero, si mis hombres están así, es por su culpa.

—Ignoro de qué me habla. Sabe tan bien como yo que ellos se encargan de

su comida, a nosotros solo nos dan esa bazofia envasada de máquina, que sabe toda igual. Incluso el café se lo hacen en ese infiernillo, y nunca nos han querido dar un sorbo. Hace semanas que no tomamos nada caliente.

—Las raíces, doctorcillo. No es tan torpe como para tropezar dos veces en el mismo sitio. Vi cómo se agarraba a la misma raíz dos veces. Es de un tipo en concreto de sauce. Bien utilizadas, sus hojas nos proporcionan el ácido acetilsalicílico, pero esa variedad de árbol guardaba un secreto mortal en su raíz.

—Hice un juramento. Mi deber es salvar vidas, no terminar con ellas.

—Supongo que, si la suya propia o la de mujer de la que uno está enamorado está en peligro, la situación cambia.

Un estertor, proveniente de la boca de Armando, interrumpió su conversación. Raúl, pesaroso, se quitó la chaqueta y cubrió con ella el rostro del difunto. Ese maldito Tomás tenía razón; aunque su intención no había sido matar a nadie, solo indisponerlos lo suficiente como para que se vieran obligados a salir a la superficie y tuvieran una oportunidad de huir.

—Una muerte pesa en su conciencia. ¿Quién es el malvado ahora?

Tomás regresó a la sala donde Jaime estudiaba el mapa de la zona a la que iban a ir esa noche. Según los libros que habían encontrado en la iglesia de San Benito, el sacerdote a cargo del templo, durante el periodo posterior a la guerra de la Independencia, había hecho trasladar aquellos dos arcones, que nadie se atrevía a abrir, a un lugar relativamente cercano: el Campo de San Francisco.

—Esto redondo parece una plaza de toros, pero no puede ser —dijo Jaime en voz alta para sí mismo.

—Eso es justo lo que es. Al principio del siglo XIX, el Campo de San Francisco se extendía desde la Vera cruz hasta desaparecido convento de San Vicente, y desde la muralla hasta jardín de los Monterrey. Era un terreno sin mayor interés y en 1828 se decidió hacer un gran parque en la zona — empezó a explicar Tomás. Hasta Rosa y Raúl, que dejaron el cuerpo sin vida

de Armando en el servicio, habían vuelto junto al resto, no podían dejar de escucharle. Sería un psicópata traficante de arte sin escrúpulos, pero también era un brillante historiador, que sabía captar la atención de sus oyentes, que, embelesados, dejaban volar su imaginación a la época del vivido relato—. Se plantaron más de 600 árboles y se trajo la fuente de la cercana plazuela de Monterrey. Para salvar el desnivel existente, se construyeron escaleras y escalinatas. Era un parque magnífico, hasta Unamuno, años más tarde, gustaba de pasear por él. Pero las autoridades en 1839 lo destruyeron, partiéndolo por la mitad para construir la que sería la primera plaza de toros de la ciudad. Esa que ves en el mapa. Sin ningún escrúpulo ni miramiento, utilizaron para su edificación las piedras del derruido convento de San Vicente. ¡Hasta utilizaron las esculturas de los santos en los cimientos! El clero habló de sacrilegio, pero les dio igual. Y, como si el lugar estuviera maldito, en 1867, ante la falta de público, decidieron demolerla. Tres años antes, se había construido una segunda plaza de toros por la zona donde está actualmente la Plaza de Gabriel y Galán. De hecho, paradojas del destino, en 1926 se inauguró una pequeña biblioteca, promovida por la Caja de Ahorros en el Campo San Francisco, y en ella se colocarían las esculturas que hoy se pueden ver en esa plaza que os digo.

—¿Y crees que bajo los álamos hay algo más que tierra?

—¿Qué mejor lugar para esconder algo que a la vista de todo el mundo, aprovechando que había obras y trasiego de bultos?

—¿Tenemos que ponernos a cavar?

—Oh, no será necesario. Desde la calle Sorias, por la Vera cruz, podemos acceder a los restos del convento por la alcantarilla y luego por el pasadizo subterráneo. Esa zona estaba llena de recintos religiosos y palacios, hay un entramado por debajo de la superficie que nadie recuerda.

Jaime, sintiéndose de nuevo indispuerto, se levantó con presteza de la silla, Raúl le interceptó el paso, aconsejándole que fuera a los otros servicios y dejara descansar a Armando. Tomás le dirigió una mirada llena de sorna. Aún

tendrían que esperar unas horas hasta que los policías que los buscaban por las galerías dejaran de hacerlo. Confiaban que, al ser viernes, antesala del fin de semana, cesaran en su empeño hasta el lunes, así les permitirían terminar con su tarea.

Marina se desesperaba en su despacho. Todo era demasiado lento para ella. Desde que los hallazgos se habían hecho públicos, todos los organismos habían llamado para pedir una parte de su tajada, Ayuntamiento, Junta, Patrimonio, Cultura... Desde su mesa, podía oír cómo Carlos contestaba una llamada tras otra y daba largas a los periodistas que se pasaban por allí en busca de información. Si por ella hubiera sido, ella misma con un equipo reducido estaría en los túneles buscando a Tomás. Pero no, Carlos y Solé se lo había prohibido, Leo y Pepón, por primera vez de acuerdo, se lo habían desaconsejado. Aunque habían vuelto a visitar a Juan, no habían podido sacar ninguna información útil, ningún dato nuevo que iluminara el camino.

—Déjalo ya, Marina —dijo Carlos, viéndola golpear con la frente la mesa desesperada—. Nada más se puede hacer hoy.

—Pero...

—Deberías escuchar a tu jefe —aseguró Leo, que en ese momento entraba en la oficina de Marina con Esperanza—. Solé también me ha mandado a casa y, aprovechando que Esperanza había venido a traer unas muestras, hemos pensado que sería buena idea venir a buscaros e irnos a tomar algo.

—Me caes bien, Leo —afirmó Carlos; cada vez le gustaba más el novio de Marina—. Venga, vosotros dos recoged vuestras cosas, iros a cenar algo.

—¿Y tú? —preguntó Marina a su amigo, poniéndose el abrigo—. ¿No sigues tu propio consejo?

—En unos minutos me iré a casa. Tranquila, si surge algo durante el fin de semana, haré que te llamen.

—¿Seguirán inspeccionando las galerías mañana y pasado?

—No hay presupuesto para pagar las horas extra —respondió Carlos enfadado. Había intentado convencer a sus superiores, pero así como había multitud de organismos dispuestos a llevarse los honores por los descubrimientos, no había tantos dispuestos a pagar a los policías, bomberos y personal de la científica que durante dos días habían estado realizando una búsqueda no demasiado alentadora—. Las patrullas tienen orden de vigilar las entradas que ya conocemos, pero hay más que desconocemos. No tengo personal para más, Marina; como siempre, tendremos que trabajar con los escasos recursos que tenemos. Y no, no vas a ir a los túneles, que te veo venir.

—Me encargaré de que no lo haga —aseguró Leo, ante una mosqueada Marina que, cogiendo el bolso, salió por la puerta del brazo de Esperanza.

A la detective el enfado no le duró mucho. No podía pagarlo con sus amigos, ellos estaban tan frustrados como ella. Los cuatro se dirigieron a tomar unas tapas a modo de cena por los bares del entorno de la Plaza Mayor. Espe les contó anécdotas divertidas de sus excavaciones y de cómo siempre había soñado ser como Indiana Jones.

—Pero te quedaste en Salamanca.

—Sí, Pepón, no lo lamento. Toda ella es historia: sus edificios, sus calles, sus plazas.

—Sus alcantarillas —añadió Leo.

—Ja, ja. Sí, hasta sus desechos son historia.

—Me supera el no poder hacer nada. Teníamos a Tomás tan cerca.

—Marina, no desesperes, lo encontraremos. Hasta ahora ha podido hacer sus trapicheos porque nadie le conocía. Era un erudito profesor de historia, nadie sabía que era un traficante de arte. No le va a resultar tan sencillo vender su mercancía después de esto.

—Eso no va a suceder, le voy a coger antes.

—Te ayudaremos, Marina —afirmó Espe, en tanto Leo y Pepón asentían en

silencio.

Nadie mostró extrañeza cuando a las doce Tomás les anunció que se iban al Campo San Francisco y que Armando se quedaba descansado, esperando a que volvieran. Rosa pensó que era fantástico perder de vista al cabeza hueca, por su inconsciencia resultaba el más peligroso de los tres. Con lástima, ayudaba a Jaime a caminar. No tenía ningún síndrome extraño que le hiciera sentir aprecio por su secuestrador, era tan culpable de su situación como los otros dos, pero al menos no era tan cruel como ellos y los trataba con corrección. Estaba segura de que se arrepentía de haber formado parte de aquel estúpido plan. Raúl iba adelante, siguiendo las indicaciones de Tomás, que cerraba la fila. El colombiano estaba más cabizbajo de lo habitual. Hasta en los peores momentos había sido capaz de arrancarle una sonrisa. Era dulce, inteligente y apuesto; esperaba que fuera de allí tuvieran una oportunidad. ¡Aunque Zamora estaba demasiado lejos de Colombia!

—A la derecha, casi hemos llegado.

Ante ellos surgió una estructura de piedra, parecía una mesa templarí, redonda y maciza, de una pieza. A modo de bancos, cuatro arcones de madera la circundaban. Sobre sus cabezas se oía correr el agua. En el techo de la oquedad se observaban humedades procedentes de filtraciones.

—Estamos debajo de la fuente. A unos dos metros.

—¿Y ahora? —preguntó febril Jaime, sentándose desfallecido en uno de los arcones—. ¿Dónde buscamos?

—¿Qué tal debajo de donde estás sentado? Es una pena romperlos, pero es más valioso lo que albergan en su interior que su exterior.

Sin miramientos, con un martillo, y Rosa y Raúl, con picos, procedieron a resquebrajar la madera de los arcones. En el primero encontraron legajos antiguos, que, al tocarlos, se deshacían en sus dedos. En el segundo, ropa de culto eclesiástico ricamente bordada: casullas, dalmáticas, albas, hábitos, estolas, cíngulos..., llena de moho y desgastada.

—¡Más fuerte! —ordenó Tomás a un exhausto Raúl para que rompiera el cierre del tercer arcón.

La cerradura saltó rota en mil pedazos y pudieron así levantar la tapa y desvelar su secreto interior. Allí estaban. Impaciente, Tomás alargó la mano hacia uno de los rollos que se agrupaban dentro del arcón. Con la manos temblando, lo desplegó y contempló lo que ningunos otros ojos había podido ver en más de dos siglos. Una adoración de los Reyes Magos al niño. El pequeño, sentado en las rodillas de su madre, contemplaba los presentes que los ricos adoradores dejaban a sus pies. En segundo plano, dos pastorcillas contemplaban la escena. Cada rizo de la lana de las ovejas, cada pelo de la cabellera de la Virgen María, cada pliegue del manto de los Reyes estaban trazados con admirable maestría y con un realismo que rayaba en lo imposible. Con reverencia lo dejó a un lado para ver el siguiente lienzo: el retrato de una dama de la corte ricamente engalanada, cuyos ojos seguían al historiador donde quiera que dirigiera su mirada. Rosa, subyugada por la belleza de los lienzos, alargó la mano hacia uno de ellos. Tomás se percató del movimiento y la mujer asustada apartó la mano.

—Adelante. Os lo habéis ganado, nunca volveréis a tener la oportunidad de tener en vuestras manos nada tan bello.

Rosa, titubeando, tomó un lienzo pequeño, que se escurría en un lateral de la caja. Al extenderlo, una escena de caza, cuyos colores seguían siendo vivos y vibrantes, se desveló ante ellos. Hasta Jaime, que había permanecido sentado en el arcón, se levantó a contemplar aquello por lo que habían pasado

tantas penurias el último mes.

—¿De verdad son valiosos? —quiso saber Raúl mirando los lienzos.

—Lo son. Sé de varios coleccionistas que estarán dispuestos a pagar por ellos tanto dinero como el presupuesto de gasto para un año de algunos países.

—¿Valen tanto como para sacrificar vidas? —preguntó en un quedo susurro.

—No lo sé, eso deberías decírmelo tú —respondió Tomás ante la curiosa mirada de Rosa y Jaime—. Abramos el otro arcón, no puedo esperar a ver lo que contiene.

El mismo historiador, impaciente y con la mirada ávida de riqueza, cogió el pico de Rosa y de un certero golpe rompió el candado que lo cerraba. Un enérgico tirón bastó para levantar la tapa. Igual que en el otro arcón, los lienzos, empaquetados en pulcros rollos, aguardaban pacientes a volver a ser mostrados. Retratos, bodegones, escenas de caza, escenas religiosas, paisajes se sucedían uno tras otro en las pinturas. Hasta que Jaime volvió a sentir ganas de vomitar, Tomás no se percató de que el reloj avanzaba impasible.

—De acuerdo, ahora que tenemos lo que buscábamos, pasemos a la segunda parte del plan. Vamos a guardar los lienzos en estas mochilas plegables que he traído conmigo. Tengo cuatro, así que llevaremos una cada uno. Llenadlas al máximo, pero sin romperlos.

Rosa y Raúl hicieron lo que les ordenaba, rogando por que esa misma noche pusieran fin a la pesadilla en la que estaban metidos. Jaime se sentó en un rincón hecho un ovillo y Tomás se acercó a él para explicarle lo que harían a continuación.

—¿Qué crees que pasará ahora? ¿Nos dejaran ir?

—Supongo que tendrán un plan para salir de estas galerías sin ser vistos. Ya tienen lo que quieren, no deberían demorarse más —apuntó Raúl, sin querer inquietar a Rosa. No las tenía todas consigo de que ellos también salieran de las galerías. Cierto era que Tomás no había matado a nadie. La muerte de la

repcionista fue accidental, provocada por su disminuida capacidad respiratoria, debida a un desafortunado catarro. Y la de Armando... la del chaval pesaría en su conciencia para siempre. Creía haber puesto en los filtros de los grifos de los lavabos que usaban los secuestradores una dosis no muy alta del polvo de la raíz. Solo quería que se sintieran indispuestos para verse obligados a abandonar la estancia en los túneles, no quería matarlos. Sin embargo, Armando estaba muerto y, si Jaime no recibía asistencia pronto, seguiría el mismo camino.

—Tendremos que volver al banco —aventuró Rosa, distrayéndolo de sus macabros pensamientos.

—Nada de volver al banco —escucharon decir a Tomás desde el otro extremo del recinto, mientras ayudaba a Jaime a ponerse la mochila llena de lienzos.

—Pero Armando... —balbuceó Jaime.

—Oh, no te preocupes por él, gracias al doctor Raúl, ese tema está arreglado. Puede contarlo él mismo o, si prefiere, lo cuento yo.

—Raúl, ¿qué está diciendo? —preguntó Rosa buscando la mirada huidiza del colombiano.

—Fue un accidente.

—¿Un accidente? La raíz no llegó por si sola al grifo, doctorcito.

—¿La raíz?

—Si, Jaime, la raíz. Estás así gracias al buen doctor que olvidó su juramento hipocrático de salvar vidas.

—Siento que estés así, Jaime, solo quería indisponeros lo suficiente como para salir de estos malditos pasadizos.

—¿Tú les has hecho esto?

—Rosa, lo hice por nosotros —acertó a decir Raúl tomando del brazo a la mujer, cuya mirada de amor había sido sustituida por una de asombro y repulsa—, solo quería...

—¡No me toques! —exclamó Rosa soltándose del agarre de Raúl—.¿Y

Armando?

—Muerto. Como veis no soy el peor aquí —concluyó Tomás.

Rosa se colgó la mochila a la espalda y se separó de Raúl, para colocarse junto a tembloroso Jaime, que ya empezaba a tener problemas para respirar. Tomás, satisfecho por el curso de los acontecimientos, se colocó su mochila y ocultó la sonrisa que afloraba a sus labios. No podía serle más ventajoso el enfado de Rosa; si se mantenía alejada de Raúl, no intentaría huir. Con Armando muerto y Jaime agonizando, él sería el único que disfrutaría del dinero que obtendría con la venta de los lienzos. Por desgracia, no sería en el circuito convencional, su tapadera había sido descubierta, pero siempre quedaban los ricos coleccionistas a los que no les importaba el origen dudoso de lo que les vendía, puesto que su propio dinero tenía un origen aún menos legal.

—Ya estamos listos. Vamos a salir por la pequeña biblioteca del Campo San Francisco. Aunque en verano hacen alguna actividad, el resto del año permanece olvidada y desocupada. Son las tres de la madrugada, excepto algún borracho o alguna parejita en busca de algún discreto picadero, nadie nos verá. De todas formas, si alguien lo hace, fingiremos ser unos excursionistas que vuelven a casa de algún viaje.

—No podemos ir a un hotel, y necesito un médico que no intente matarme.

—Tengo un coche aparcado en una calle discreta en frente de la estación de autobuses. Compraremos suero y algún medicamento en una farmacia de guardia.

—¿Y nosotros?

—Solo tenéis que ayudarme a llevar a Jaime y las mochilas al coche y os dejaré marchar, Rosa.

—No le creas.

—A mí no me hables, Raúl.

En silencio, los cuatro falsos excursionistas emprendieron la marcha. La biblioteca estaba a unos metros de distancia por una galería limpia de agua,

pero llena de restos de piedras del desaparecido convento de San Vicente. Rosa ayudó a Jaime a atravesar el abrupto camino, siguiendo a Tomás. Raúl, pensativo, los seguía. Lo único de lo que se arrepentía era de que el muerto no hubiera sido el historiador en lugar del ayudante de cocina. Estaba seguro de que, en ese caso, hasta Jaime le hubiera felicitado.

El acceso a la biblioteca estaba franqueado por un muro de piedra, tras el cual se apoyaba una estantería con libros. El hecho de que la mampostería no fuera tan resistente como otros muros que habían atravesado, junto con la experiencia adquirida a lo largo de las semanas que habían pasado en las galerías, hizo que en pocos minutos tuvieran despejado un agujero por el que podía pasar al interior fácilmente. Sin miramiento, rompieron la madera de la estantería de un fuerte golpe del pico de Rosa, y con menos cuidado aún, empujaron los libros para abrirse paso. La cerradura de la puerta de la biblioteca y la de la verja que limitaba el acceso a la libertad fueron un juego de niños para el historiador. Durante unos minutos los cuatro respiraron el frío aire de la noche, dejando que llenara sus pulmones viciados con la humedad y el hedor continuo de las alcantarillas.

—Démonos prisa —urgió Tomás—. Alguien puede vernos, por la derecha llegaremos...

—¡Alto ahí! —ordenó un policía, apuntándoles con su arma a la vez que intentaba ponerse en contacto por radio con la central.

De un certero lanzamiento, Tomás derribó al policía con el mazo que hasta ese instante había sujetado en su mano. Jaime, doblado en dos, vomitaba una mezcla de bilis y jugos gástricos. Entre Rosa y el historiador intentaron hacerle ponerse en pie, pero era inútil. Frustrado, Tomás le arrancó la mochila y, con ella en la mano izquierda y agarrando con la derecha a Rosa por el brazo, emprendió la huida hacia el cercano Paseo San Vicente. Raúl titubeó, no sabía si seguirlos o quedarse con Jaime, para conseguir así su preciada libertad, a costa de abandonar a Rosa. Su indecisión fue interrumpida por la irrupción de una mujer policía de paisano, seguida por

dos hombres que, desde la cuesta de Ramón y Carvajal, se aproximaban a ellos a la carrera.

—¡Tomás, deténgase, no tiene a dónde huir! —gritaba la policía que seguía a Rosa y al historiador.

Raúl levantó las manos cuando uno de los policías se quedó junto a él y le apuntó con su arma.

—¿Es usted Raúl Prieto?

—Sí, lo soy.

—Puede bajar los brazos, soy el comisario Carlos Tejedor. Supongo que él es Jaime Velasco. ¿Qué le ocurre?

—Le he envenenado, necesita atención médica urgente.

Carlos pidió una ambulancia, mirando asombrado a Raúl, de cuyo hombro colgaba una mochila. Cerca de él, el policía que había recibido el impacto del mazo de Tomás permanecía sentado en el suelo, con un pañuelo que le tapaba la brecha de la frente, que le había ocasionado el certero golpe.

—Intenté detenerles, comisario, pero me lanzó un mazo.

—Tranquilo, apriete con fuerza el pañuelo contra su cabeza.

Jaime, a sus pies, había perdido la consciencia; se quitó el abrigo y lo cubrió con él, esperando que la ambulancia llegara pronto. Tocándole la frente, vio que la fiebre era muy alta. Los labios resecos y las ojeras no aventuraban nada bueno. Al incorporarse vio cómo Marina corría hacia él, seguida por Pepón, que gritaba órdenes por su radio.

—Han huido —dijo frustrada Marina—. Aprovecharon que el semáforo estaba en rojo para hacerse con el control de un coche. Tomás sacó de un tirón al conductor, demasiado aturdido para reaccionar, e hizo que Rosa se subiera también.

—¿En qué dirección?

—Hacia la Plaza de España —contestó Pepón—. Ese hombre es un kamikaze conduciendo. Hay poco tráfico, pero aun así va a provocar más de un accidente.

—¿Y qué hacéis aquí contándomelo? —preguntó Carlos, contestando a la silenciosa petición de los ojos de Marina—. Coged un coche e id tras él.

El policía uniformado les tendió sus llaves y les indicó dónde había dejado el coche patrulla. Siguiendo el rastro de automóviles abollados y destrozos que Tomás iba dejando a su paso, emprendieron su persecución. La caza había empezado.

Al llegar a la puerta, Zamora, Marina y Pepón pararon el coche. Junto a la antigua iglesia de San Marcos, una persona tendida en el suelo era atendida por dos jóvenes.

—¿Ha sido un coche gris? —preguntó Marina asomando la cabeza por la ventanilla.

¡Sí, tía! Era un viejo, no ha parado en el ceda el paso y se ha llevado a mi amigo por delante.

—Enseguida llega una ambulancia. ¿Ha seguido hacia la Plaza de España?

—¡A toda leche!

Pepón arrancó el coche y siguió por la avenida de Mirat; un vehículo subido a la acera con un faro roto les indicó que iban por buen camino. Por lo que veían, Tomás conducía como si las normas de tráfico no fueran con él, saltándose semáforos y llevándose por delante todo lo que había en su camino. El detective frenó al llegar a la Plaza de España, había varios caminos posibles, y equivocarse equivaldría a perder el rastro del coche al que perseguían.

—¡Mira! Las vallas de allí están rotas.

—Ha seguido por Canalejas.

—¿Dónde vive su hija? ¿Irá en busca de refugio a su casa?

—Lo dudo, Pepón, no creo que vaya a poner en riesgo la vida de su hija y de su nieta recién nacida. De todas formas, llamaré a Carlos y le pediré que

envíe una patrulla a su casa. Mañana podríamos ir y hablar con ella. Quizás pueda darnos una pista sobre a dónde podría dirigirse su padre.

Al llegar a la altura del Paseo del San Antonio, se encontraron con que el coche que perseguían estaba empotrado contra una pastelería que hacía esquina con la cuesta Santi Espíritus. Las puertas abiertas del coche dejaban claro que sus ocupantes habían huido a pie. Pepón dejó el coche patrulla aparcado en la puerta del centro de salud y, junto con Marina, corrieron hacia la cercana calle Bodegones. Unas huellas de barro en el suelo parecían indicar que esa había sido la dirección elegida por Tomás.

—¡Maldita sea! El «viejales» está en forma —resopló Marina.

—Y no olvides que van cargados con los lienzos. Ya te he dicho que menos madalenas y más manzanas.

—Ja, ja.

Rio Marina, Pepón siempre sabía arrancarle una sonrisa hasta en los peores momentos. Pero tenía razón, el lunes mismo volvía a apuntarse al gimnasio. ¿Leo iría a alguno? Si se apuntaba con él, no le faltaría motivación y no dejaría de ir como le pasaba siempre. Iba un par de meses, luego empezaba a buscar excusas con que engañarse para justificarse ante sí misma por su falta de determinación. Sin embargo, se estaba quedando sin resuello, mientras que Pepón iba tan fresco. Al llegar a la calle Bodegones, no lo dudaron y siguieron por la calle El grillo, continuaron por la calle Rodillo; si hubieran querido huir por el Paseo Canalejas, no se habrían puesto a callejear, habrían seguido recto después de abandonar el coche.

—¿Y Rosa? —preguntó Pepón—. A ti te cuesta seguir el ritmo. Ella va obligada, Tomás debe dividir su atención en huir, cargar con los lienzos y vigilar a su prisionera. Sería fácil escapar y no lo está haciendo.

—Tendremos que hablar con Jaime y Raúl. Algo ha pasado en las galerías, que desconocemos.

Al llegar a Santa Clara dudaron. ¿Calle Lucero, Calle la Cerca o Plaza de San Román? Pepón se dirigió a la primera y Marina continuó hacia la trasera

del antiguo teatro Bretón. Tras unos minutos de infructuosa búsqueda se reunieron en frente del Hotel Las Claras.

—¿Tú crees qué..? —preguntó Pepón señalando la entrada del hotel.

—Ya he preguntado. No ha entrado nadie desde hace horas. ¡Les hemos perdido! —exclamó Marina enfadada consigo misma.

Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a Carlos. En esa zona de la ciudad, pequeñas calles se cortaban unas a otras en un intricado tramado, donde las casas antiguas prevalecían sobre las nuevas. Tomás podría tener un piso alquilado en la zona o saber de algún local vacío donde esconderse unas horas. Incluso podría estar contemplándoles desde una ventana, mientras se reía de su frustración.

—Será mejor que vengáis al hospital. Enviaré una patrulla para que continúe buscando por la zona.

—¿El agente herido?

—Solo ha necesitado unos puntos, está bien. Jaime es otra cosa, permanece inconsciente en la UVI,

—¿Qué le ha pasado? ¿Y Raúl?

—Nos ha explicado que llevaban dos días ocultos en el antiguo Banco de España, en la Plaza de los Bandos. Ya he enviado gente allí. Cuando lleguéis os cuento el resto.

Volviendo sobre sus pasos, regresaron junto al coche patrulla, se subieron y pusieron rumbo al Clínico. En diez minutos llegaron. Carlos les esperaba en la puerta con un vaso de café de máquina en la mano. Rápidamente les puso en antecedentes de lo que sabía.

—¡Vaya con el doctor!

—Está en una habitación reponiéndose de la pérdida de líquidos y la falta de alimentación adecuada. Además, tiene las manos destrozadas y necesitan tratamiento.

—Pero cuando se recupere...

—Irás a prisión preventiva, Pepón. Armando está muerto y Jaime no es

seguro que se salve.

—¿Podemos hablar con él?

—Ahora está durmiendo. Estaba muy alterado y le han administrado un sedante. Dentro de unas horas podréis verle.

—En ese caso me gustaría ir al Banco de España —pidió Marina—. Tal vez dejaran al irse algo que nos pueda ser de interés. Es una remota posibilidad, porque Tomás no tendría un despiste así.

—Raúl está dormido, tendrás tiempo de interrogarlo más tarde. Ve al banco si quieres. Están buscando a alguien que abra las puertas, es más fácil entrar por allí que por las galerías. Que sí, Marina, no me mires con esa cara, también puedes ir a los túneles si quieres. Pero creo que preferirás ir primero al banco, tu amigo Leo está allí —dijo Carlos con picardía a una impaciente Marina.

—Bueno, tal vez sea mejor ir al banco primero y desde allí seguir el camino que ellos siguieron por las galerías. Por ir por orden —afirmó Marina consciente del rubor que asomaba a sus mejillas.

—Ya. ¿Y de dormir algo mejor no hablamos? —preguntó Pepón.

—Esperanza también está allí —explicó Carlos, pensando que su comisaría parecía un capítulo de *Anatomía de Grey* con tanta relación romántica en ciernes—. Se fue con Leo cuando os llamé y vinisteis al Campo San Francisco.

—Oh. Ya dormiremos más tarde. Vamos, Marina.

La detective se despidió de Carlos y le robó, como ya era costumbre, el vaso de café, que aún permanecía intacto en su mano, y siguió los pasos de Pepón, que ya se dirigía hacia la salida.

—¿Así que Espe y tú?

—¿Así que Leo y tú?

—Me gusta Espe, y a ti te gusta Leo, aunque lo niegues.

Pepón no respondió, pero la sonrisilla de sus labios fue una afirmación en toda regla. Espe no era el clavo que saca otro clavo, pero, gracias a ella, había

comprendido que sus sentimientos hacia Marina no eran ni serían nunca correspondidos. La arqueóloga era divertida, preciosa, inteligente, y un montón de cosas más, que esperaba poder ir descubriendo con el tiempo. Marina siempre sería una buena amiga y una incluso mejor compañera. Si Leo la hacía feliz, por él estaba bien.

Lejos de allí, Rosa se acomodaba en el asiento que le había ofrecido Tomás. Estaban en un piso, cerca de la Calle Marquesa de Almarza, que, aunque no tenía calefacción, era más cálido que el exterior. Estaba confusa: el hombre del que creía haber estado enamorada durante casi un mes había resultado ser un asesino, dispuesto a acabar con la vida de tres personas, sin titubear. Sin embargo, ahora estaba sentada en un confortable sillón, mientras veía cómo el secuestrador, que le había robado la libertad, trasteaba en la pequeña cocina preparando café.

—Tardará unos minutos en estar la cafetera. Estoy harto de zumos, quiero una taza de auténtico café. He pensado que te gustaría a ti también.

—Eh..., sí, gracias.

—Puedes darte una ducha; he dado el calentador ahora, así que no estará muy caliente. Te dejaré un chándal mío, no tengo más ropa que darte.

—Eso me vale. Al menos estará limpio.

—Creo que no hace falta decirte que no hagas ninguna tontería. La puerta de la calle está cerrada con llave y la tengo en mi bolsillo.

Rosa asintió con la cabeza y se fue al baño. Cuando vio su imagen reflejada en el espejo, ahogó un grito. El pelo sucio y grasiento, la cara blanca, con unas marcadas sombras oscuras bajo los ojos. Visiblemente más delgada. Quién le iba a decir que, para perder los cuatro kilos con los que siempre se peleaba en la báscula, lo mejor era un mes de pico y pala. Antes de entrar en la ducha, usó el inodoro. Algo sencillo y habitual en su vida cotidiana, que se había convertido en un lujo del que ahora disfrutaba con lágrimas en los ojos. Después se desnudó y se metió en la ducha, sin querer verse más en el espejo. Se permitió unos momentos de tristeza y desesperación bajo el agua que ya

empezaba a salir caliente. Al cabo de unos minutos, inspiró, y sacando fortaleza de donde no creía que la tuviera, se prometió a sí misma que serían las últimas lágrimas que derramaría. Ya bastaba de lloros. Al fin y al cabo, más valía haberse dado cuenta de la verdad que escondía el dulce y meloso acento del colombiano que la había engatusado. Era hora de pensar en ella, así que, con determinación, se vistió y salió a la cocina donde Tomás la aguardaba sentado a la mesa con dos tazas de humeantes de café y un paquete de galletas a medio abrir entre ambas.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Bien. Antes de darme una ducha y cambiarme de ropa, quiero que hablemos y dejemos clara la situación. Sería un cínico si no me alegrara de la muerte de Armando y de la detención de Jaime. Tu novio me ha hecho un favor.

—¡No es mi novio!

—Lo que tú digas. El caso es que me ha evitado repartir con ellos lo que gane con los lienzos. Por contra, me he quedado sin ayuda. Solo no puedo transportar los cuadros. Eres lista. Sabes lo que te conviene.

—No entiendo lo que quieres insinuar.

—Sí que lo entiendes, pero no eres capaz de reconocerlo. Tienes dos alternativas: ayudarme a ponerme a salvo con los lienzos y, cuando lo haga, podrás volver a tu casa. Por supuesto, sin intentar escapar o pedir ayuda. No sería bueno para ti.

—¿Y la otra?

—Empezar de cero. ¿Tan buena era tu vida anterior? Con lo que obtendré por dos o tres de los lienzos, dispondré de dinero suficiente para una vida de lujo y riquezas. Hoteles cinco estrellas, playas paradisíacas, joyas, coches, todo lo que una persona pueda desear.

—No podrás vender los cuadros con facilidad.

—En Europa puede que no, pero en Asia, en los países árabes y en América

hay compradores dispuestos a pagar lo que les pida por los lienzos. Y tengo tres mochilas llenas con ellos. Cuando se haga público el contenido de la que ahora está en manos de la policía, se creará expectación. Todos los coleccionistas desearán tener un lienzo de la colección perdida de los Montarco.

—¿Y yo?

—No te prometo amor, nada más lejos de mis intenciones. Además, creo que Raúl ha hecho que el mito del príncipe de los cuentos de hadas haya perdido interés para ti. Te ofrezco compañía, lujo, riquezas, una nueva vida. ¿Qué me dices?

Rosa no sabía qué contestar. Ese mismo día por la mañana, hubiera dicho un firme NO. Estaba enamorada de Raúl y soñaba con que su relación pudiera funcionar fuera de las galerías. Sin embargo, después de saber que en realidad era un asesino, sus esquemas se habían roto. Era el momento de pensar en sí misma. ¿Qué le esperaba en casa? Su padre, que la necesitaba en la tienda para que le ayudara con los temas administrativos y con la casa, ya que, como buen hombre chapado a la antigua, consideraba que su hija estaba para atenderle. Su hermano pequeño, llevaba con su padre la dirección de la tienda. Con ningún instinto comercial y escaso don de gentes, era la cabeza visible de la fábrica de muebles, por cabezonería de su padre, que era quien realmente tomaba las decisiones. Ella era mucho más inteligente que ellos dos juntos, pero eso poco o nada importaba a la hora de la verdad. ¿Vacaciones? ¿El fin de semana cuidando a su tía contaba como ello? Si era sincera consigo misma, aquel secuestro era lo más emocionante que había vivido nunca. Y ahora el psicópata que tenía delante, del que estaba segura que no le hubiera temblado el pulso para matarlos a ellos o a alguno de sus compinches, le ofrecía una nueva vida. ¡Como si nada! Porque sí, sin ningún otro motivo que el deseo de compañía.

—De acuerdo —respondió Rosa, mirando a los ojos de Tomás, sin miedo por primera vez en semanas.

—¿Segura?

—Segura. De pocas cosas he estado tan segura nunca como de esta.

Tomás sonrió satisfecho. No se había confundido. Sabía que tras aquellos ojos temerosos y aquella aparente fragilidad había una mente capaz de analizar los hechos con objetividad y sin dejarse nublar por las emociones. Rosa sería una excelente compañera y aliada en sus planes. Mucho mejor que el tonto de Armando y el atribulado Jaime. Bien. Era la hora de tomar decisiones.

Marina y Pepón esperaban ansiosos en la puerta del banco a que Leo saliera para darles permiso para entrar. Estaban recogiendo muestras, y el policía que custodiaba la puerta tenía orden estricta de no dejar pasar a nadie, hasta que los de la científica dieran el visto bueno.

—Buenos días, chicos —saludó Leo al verlos, conteniendo las ganas de besar a Marina, algo muy poco profesional, pero que deseaba con todo su ser. Estaba preciosa, con la excitación pintada en su cara, sonriéndole desde el momento en que le había visto.

—Muy buenos, Leo —respondió Marina mirando a su chico. ¿Estaba mal que pensara lo cañón que estaba, y que su mente se llenara con imágenes más sugerentes que una galería subterráneas?

—¿Qué tal, Leo? ¿Qué habéis encontrado? —preguntó Pepón interrumpiendo el cruce de miradas de aquellos dos tontuelos y buscando con sus ojos la silueta de la arqueóloga que últimamente ocupaba sus pensamientos.

—El cadáver de Armando, tal como confesó Raúl. Hay que hacerle la autopsia, pero hemos encontrado la raíz machacada en el filtro del grifo que nos dijo, así que sería mucha casualidad que la muerte le hubiera sobrevenido por otra causa.

—Más tarde iremos a hablar con él —dijo Marina asombrada de hasta qué punto el hombre podía dejar que sus instintos animales de supervivencia se

impusieran sobre la ética y la moral.

—Por lo demás, hay ropa sucia abandonada, comida, mapas, un infiernillo. Tardaremos en analizar todo. Pero no te pongas triste —continuó Leo divertido al ver la cara de pesar de la detective—, Solé me ha dicho que os puedo guiar hasta la entrada del túnel que lleva al Campo San Francisco. Os tendréis que equipar como yo para poder pasar.

—Puff. ¡No me apetece disfrazarme de supositorio gigante! —protestó Pepón con fastidio.

—Puedes quedarte aquí o ir a la otra entrada, junto a la biblioteca del parque, pero Espe os está esperando abajo.

—Bah, tampoco nos va a ver nadie —afirmó cambiando de parecer. Si tenía que ponerse el mono blanco para ver a la arqueóloga, se lo ponía y punto.

Tras unos minutos y unas cuantas risas, estaban los dos detectives equipados para bajar al sótano del banco. Imponía ver los mostradores abandonados, pero mucho más, las inmensas cajas fuertes, que, como boca de lobo, abrían sus fauces.

—No toquéis nada, en esta zona todavía no hemos recogido muestras. Pisad por donde yo lo hago. El acceso está junto a los servicios, en un almacén donde hay apiladas cajas de impresos y sillas de madera.

Al pasar junto a los baños, vieron cómo dos hombres colocaban en una camilla el cuerpo sin vida de Armando, macilento y con la cara encogida en una horrible mueca de dolor. Marina pensaba en lo que debía de haber supuesto, para secuestradores y rehenes, vivir de ese modo durante tanto tiempo. Sin ver la luz del sol, sin probar una comida caliente, sin poderse cambiar de ropa ni darse una ducha reconfortante. El tesoro de los Montarco, según todos los indicios, era cuantioso, ¿pero tanto como para arriesgarse a secuestrar a tres personas y echar a perder sus años venideros? Tomás, Jaime y Armando debían de saber que, después del robo, no podrían haber vuelto a su vida anterior. Al menos, el primero lo sabría y habría mantenido tranquilos a los otros dos con engaños y triquiñuelas.

—Hemos llegado. Coged estas linternas, mi compañero os guiará hasta donde está Esperanza —explicó Leo, despidiéndose de ellos. Él debía continuar en el banco recogiendo muestras.

El compañero de Leo era un joven en prácticas, recién llegado al equipo científico. Para desesperación de Pepón era tan inquieto como Marina. Por mucho que lo intentaba, el detective no lograba ver qué tenían de interés aquellos túneles malolientes y oscuros para aquel par de Indiana Jones en potencia. Cierto era que el trabajo de oficina, revisar una y otra vez los mismos expedientes, le terminaba por resultar aburrido y prefería hacer investigación de campo, pero esas galerías estaban muy abajo en su escala de escenarios favoritos.

—¡Estos túneles son flipantes! —exclamó el joven técnico—. Bueno, quiero decir...

—Tranquilo, pienso lo mismo que tú —afirmó con rotundidad Marina a la vez que Pepón negaba con la cabeza—. ¿Has visto las galerías que parten del Hotel Casandra y del Ciudadela?

—Sí. Pero estos han sido los primeros en los que me dejan recoger pruebas, en los otros, de la entrada, no me dejaron pasar.

Sonriendo Marina recordó la época en la que ella y Carlos eran los últimos en la escala, en la comisaría de Basema. Nadie confiaba en ellos. Fue el azar, las vacaciones, una baja, un permiso, que coincidieron en el tiempo, lo que hizo que el expediente de aquel homicidio terminara en la mesa de los detectives. Eran los últimos a los que tenían en cuenta, solo les llegaban los casos simples que nadie quería, esos en los que hay que perder el tiempo buscando a un desaparecido al que busca su mujer desesperada, y en realidad ha huido con el dinero de la empresa. Entendía la emoción y la ilusión del joven por adentrarse en las galerías y no quedarse en la puerta viendo cómo lo hacían otros.

—¿Ven estas raíces? No las toquen, de ellas extrajo Raúl el polvo con el que envenenó a Armando y a Jaime.

—¿Por qué Tomás no se vería afectado? —preguntó Pepón.

—Creemos que porque él no bebía el agua del grifo ni se hizo el café en el infiernillo como los otros. A los secuestrados les daban zumos y batidos envasados; en realidad, también los secuestradores los tomaban, pero, aprovechando que nadie podría oler desde fuera el café, lo hicieron en un bote vacío, con agua del grifo, y eso fue su perdición. Seguramente, también la beberían en las comidas; una pequeña dosis genera malestar; en dosis altas, es letal.

Aunque habían achicado el agua, todavía quedaba la suficiente como para que les llegara a los tobillos. En ese instante agradecieron llevar los antiestéticos monos blancos. Unos metros más adelante, se veía luminosidad proveniente de unos focos conectados a un generador que habían colocado en una especie de cueva. Esperanza estaba arrodillada junto a un arcón, examinando con detenimiento los grabados realizados en su madera, o lo que quedaba de ellos, porque estaban hechos trizas en su mayor parte.

—¡Buenos días, guapa! —saludó alegre Marina a Esperanza, que, enfrascada en el arcón, no los había oído llegar.

—Hola, chicos. Este lugar es una maravilla. Estamos bajo la fuente del Campo San Francisco. ¿Veis esa mesa de piedra? Es anterior al siglo XII.

—¿Y cómo ha llegado aquí?

—Seguramente. más que llegar, Pepón, estaría aquí antes de la construcción del parque y de los edificios que hubo con anterioridad en la zona. Las ciudades se construyen una y otra vez sobre sí mismas, aprovechando e integrando los restos antiguos en sus cimientos. Un nivel se superpone al siguiente, sobre este otro, y así sucesivamente. La mesa, demasiado pesada para moverla, se quedaría oculta bajo en esta especie de cripta. Entonces no le darían valor, el paso de los años la ha convertido en algo digno de ser contemplado y tenido en cuenta.

—¿La sacareis de aquí?

—No creo, Marina. Si lo intentáramos, se rompería; habría que

fragmentarla. Me imagino que se quedará aquí, y el acceso desde la biblioteca se convertirá en una futura ruta turística, como las galerías del Pozo de las Nieves.

—¿Qué nos cuentas de los arcones?

—Son de madera de cedro, policromada, del siglo XVII diría, aunque las cerraduras debieron serles incrustadas con posterioridad, a principios del siglo XIX, por el aspecto. En el laboratorio trataremos de reconstruirlas y las escanaremos para digitalizarlas y poder analizarlas en el ordenador. Hay programas fantásticos con los que se puede llegar a un nivel de detalle increíble. Los grabados que aparecen en ellos son de santos y mártires. Sin duda, estuvieron en algún templo o palacio episcopal.

—Raúl ha dicho que estaban los lienzos dentro.

—Sí, no hay duda. Queda algún fragmento de ellos y de las telas que los cubrían. ¿Habéis visto el tamaño de los arcones? Debía de haber casi cien lienzos. En la mochila que dejaron abandonada, había 23. Se los han llevado ya.

—¿Estaban bien conservados? —preguntó Marina con curiosidad. Si estaban deteriorados, Tomás no podría venderlos y no ganaría el dinero que esperaba con ellos.

—¡Oh, sí! Mejor que en algunos museos. Aquí dentro hay un grado de humedad y una temperatura idóneos para su conservación. Los que he visto estaban perfectos. De hecho, con los colores tan vivos y brillantes como pocas veces he observado en un cuadro de esa época. Por lo general, el humo de las velas con las que se alumbraban las casas y las iglesias hacía que las pinturas pronto se ennegrecieran, estropeándolas y deteriorándolas.

—Así que podrá venderlas.

—Por desgracia, Marina, no le van a faltar compradores. Y lo que es peor, todo el revuelo que este robo ha ocasionado no hará otra cosa sino aumentar el ansia de los coleccionistas con hacerse con un lienzo de los Montarco.

—Te dejamos que sigas con ellos —se despidió Marina, porque se dio

cuenta de que, según pasaran las horas y llegara el lunes, el circo mediático empezaría, obstaculizaría su trabajo y presionarían en busca de declaraciones y de una pronta resolución del caso. Durante el fin de semana estarían más o menos tranquilos, debían aprovechar esa ventaja. Además, con el inicio de la semana, el tránsito de viajeros y coches en las estaciones y en las salidas de la ciudad aumentaría y sería mucho más difícil encontrar a Tomás y a Rosa—. Vamos hacia la salida.

El joven los guio hasta la biblioteca; el agujero de la pared había sido agrandado por los de la científica para poder pasar el generador, ya que era más fácil acceder por allí que por el sótano del Banco de España. Los libros que antes llenaban las baldas habían sido apilados en una esquina y la estantería retirada. La verja que daba acceso al exterior estaba abierta, lo que les permitía llegar al lugar donde horas antes habían encontrado a Raúl junto a Jaime. El cadáver de Armando ya había sido retirado para evitar las miradas de los curiosos, y se había establecido un perímetro a su alrededor.

—¿Puedo preguntarle una cosa, detective?

—Claro —respondió Marina sonriendo al joven.

—¿Cómo supieron lo que pasaba? Mi abuela vive en ese piso —explicó el joven policía señalando un edificio cercano a la Vera cruz—. Escuchó las voces y se asomó. Me dijo que vio llegar a una policía que persiguió al malo —añadió con timidez.

—Esa eras tú —rio Pepón.

—Estábamos tomando unas tapas cuando nos avisaron desde la central. Había habido una trifulca entre los habituales del Campo San Francisco, por un cartón de vino que uno le había robado a otro. El caso es que algún vecino de tu abuela avisó a la policía y vinieron a ver qué pasaba. El que había robado el tetrabrik se excusaba diciendo que él no había sido, que había sido el fantasma del parque. Otro policía no les hubiera hecho caso, pero el patrullero que vino había estado en el Hotel Casandra el día que descubrimos las galerías. Así que les pidió que le contaran lo del fantasma. Afirmaban que

desde hacía unos días se oían ruidos, golpes lejanos, murmullos. Esa noche los golpes eran más fuertes cerca de la fuente, donde solían reunirse a última hora. Una mujer decía que en la zona de la biblioteca dormía el fantasma del Campo y que había despertado. Al escuchar la historia, llamó a la central y pidió que se comunicaran conmigo. Mientras, el agente se acercó a ver qué pasaba, y ese fue el momento escogido por los secuestradores para salir.

—¡Un fantasma! —exclamó sorprendido el joven.

—Nosotros nos vamos, será mejor que vuelvas al banco —le sugirió Marina al despedirse.

Como estaban cerca del Clínico, fueron hasta allí caminado para intentar hablar con Raúl. Esta segunda vez, estaba despierto y aguardaba a los detectives en su habitación, custodiada por un policía en la puerta. Estaba tumbado en la cama, con la mirada perdida en algún punto de la pared. Tenía las manos vendadas y por un gotero le administraban calmantes. Al entrar Marina, giró la cabeza y miró a la detective.

—Buenos días. Soy la detective Altamirano y él es el detective García. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Yo le maté, no hay nada más que pueda decir. No fue mi intención, pero lo hice, y ahora Jaime también puede morir.

—Raúl, no estamos aquí por eso. Sabemos que no quiso matarle, y el juez también lo sabrá. Ahora necesitamos que nos ayude a encontrar a Tomás. Tiene a Rosa, ¿no le gustaría ayudarla?

—Me enamoré de ella. Era mi apoyo y mi razón de despertarme cada día en esos horribles túneles. Rosa fue mi luz donde solo había oscuridad. Pero se apagó cuando me miró con temor y odio, después de que Tomás les contó lo que había hecho. Es cruel. Él lo sabía, lo supo desde el primer momento y no hizo nada. Le venía bien deshacerse de Armando y de Jaime, eran un estorbo para él una vez que tenía lo quería.

—¿En algún momento les dijo qué iba a hacer cuando salieran de los túneles?

—No, y tampoco creo que ellos lo supieran. Es frío y calculador, la información se la iba dando en su justa medida, de forma que no pudieran adelantarse a sus planes ni tomar ventaja de ellos.

—¿Sabe si tenía a algún otro compinche fuera?

—Detective, por supuesto que no. Eso sería otro cabo suelto y le garantizo que Tomás no los deja.

—¿Puede decirnos algo sobre los lienzos? —preguntó Pepón interviniendo en la conversación por primera vez.

—Nada, a aparte de que eran valiosos y pensaba obtener mucho dinero por ellos.

—Está bien, no le molestamos más. Si recuerda algo, por favor, hágase lo saber al policía de la puerta. Cualquier pequeño detalle que recuerde nos puede ser de ayuda.

—Lo haré.

Marina y Pepón salieron al pasillo y despidiéndose del agente fueron hacia el ascensor. Si Leo no encontraba nada en las cosas que los secuestradores habían dejado atrás, no sabían cómo seguir. El registro en las calles por donde habían perdido el rastro de Tomás continuaba, pero hasta el momento había resultado infructuoso.

—¿Dónde quieres ir ahora, Marina?

—Vamos a hablar con la hija de Tomás. ¿Tenemos su dirección?

—Sí, vive en Santa Marta.

Al ser sábado por la mañana, el tráfico era algo menor. No había niños a los que llevar al colegio ni oficinas a las que entrar a trabajar a las ocho. Las calles comenzaban a llenarse de gente dispuesta a hacer la compra semanal y de turistas en busca de alguna cafetería para desayunar unos típicos churros con un chocolate caliente. Al pasar por la zona de los centros comerciales, la actividad era un poco mayor. Estaban a casi un mes de la Navidad y ya había compradores que querían encontrar el perfecto regalo para su ser querido. La hija de Tomás vivía cerca de la Isla del Soto, en un edificio de nueva

construcción.

—Buenos días, soy la detective Altamirano —se presentó Marina cuando un hombre joven, de aspecto cansado, les abrió la puerta.

—Pasen, únanse al resto.

Otros dos agentes estaban ya en la casa. Carlos los había enviado para pinchar el teléfono por si Tomás intentaba comunicarse con su hija. Esta, llorosa, acunaba a una diminuta bebé, que dormía apaciblemente en los brazos de su madre, ajena a la pena que la albergaba. El padre de la pequeña la cogió para llevarla a su cunita y dejar que la madre pudiera hablar con los detectives. Sentándose en un sofá, esquivando los juguetes de la pequeña, iniciaron la conversación.

—Siento mucho todo esto. No queremos que nadie salga lastimado. Queremos encontrar a su padre antes de que sea tarde.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué? Ha tenido secuestradas a tres personas, nos ha tenido angustiados por pensar que estaba muerto, que nunca le volveríamos a ver, que su nieta no le escucharía contar historias de romanos, de reyes, de tierras lejanas. Llevo un mes sin dormir una noche entera, y no por mi pequeña, que es un sol, sino porque la angustia y la pena no me dejaban.

—¿No sabía nada de las actividades ilícitas de su padre?

—No. Mi padre vivía en Barcelona, donde yo nací y viví hasta que me casé y me vine a tierras salamantinas por el trabajo de mi marido. Mi madre murió antes de casarme. Ella tampoco creo que supiera nada. Mi padre solía viajar para asistir a conferencias y congresos en diversos países, o eso nos decía. Viajaba con mi tío, que era profesor de arte. Si alguna vez le preguntábamos cómo con su sueldo de profesor podía pagarse los caprichos que se daba, lo justificaba diciendo que lo hacía con lo que ganaba con las conferencias, que, según él, le pagaban muy bien.

—¿El día que la visitó en el hospital, no sospechó nada? Algún comentario fuera de lugar o extraño. Algo diferente a lo habitual.

—No, nada. Bueno, ahora que lo pienso, cuando tuve una amenaza de

aborto hace un mes y creíamos que daría a luz antes de tiempo, le comenté a mi marido que mi padre parecía haberse enfadado conmigo. En lugar de darme ánimos y apoyo, me reprendió por no ser capaz de llevar el embarazo «como se debe».

—Sin duda, un adelanto en la fecha del parto hubiera trastocado sus planes. Tenía que coincidir su estancia en el Hotel Casandra con la de Jaime, y además con el turno de Armando. Sus planes hubieran fracasado. ¿Qué puede decirnos de su carácter?

—Fue siempre muy estricto conmigo. Tenía que ser la mejor en todo: colegio, *ballet*, universidad. Cuando, en lugar de estudiar una carrera, le dije que iba a hacer una FP, me dijo que no había criado a una hija para que fuera una simple secretaria. Mi madre se enfadó con él. En aquella época hubo mucha tensión en casa. Luego mi madre enfermó y al poco murió. Mi padre y yo éramos dos extraños obligados a convivir. No fue difícil tomar la decisión de abandonar Barcelona y venir a Salamanca.

—¿En el hospital se comportó con normalidad?

—Sí. Parecía contento con la niña en brazos. Al despedirse esa noche dijo que al día siguiente intentaría pasar un momento, antes de volver a Barcelona. Me imaginó que mentía.

—¿Cree que buscará su ayuda ahora que está fuera de los túneles?

—No. Mi padre es un hombre de recursos. Supondrá que ustedes han venido a hablar conmigo. Dudo que me llame.

—Intentaremos molestarla lo menos posible —aseguró Marina poniéndose de pie, lista para marcharse.

A unos pocos kilómetros de allí, Tomás se contemplaba en el espejo del baño. Con la ayuda de Rosa, se había teñido el pelo de negro, para ocultar sus canas; se habían puesto unos vaqueros y una cazadora de cuero. Completaba su atuendo con una gorra. Quería aprovechar que ya era bien entrada la mañana y las calles estaban llenas de gente, para salir un momento. Cerca del portal, en la misma acera, había una tienda de chinos, donde dudaba que

fueran a reconocerle. Tenía que comprar ropa para Rosa y algo para curar las heridas de las manos de su, ahora, nueva compinche. Después de alquilar el piso a través de una web, meses atrás, había aprovechado una semana que había venido a la ciudad a visitar a su hija durante el verano, para comprar lo necesario. Tenía comida enlatada guardada en los armarios, un par de maletas para ocultar los lienzos, ropa para él y el tinte para el pelo. Lo que no contaba era con que tendría una nueva compañera. Había planeado dejar en las galerías a Jaime y a Armando, junto con los rehenes, para que cargaran con las culpas, pero, gracias a Raúl, el plan había salido mejor de lo esperado.

Aparentando seguridad, entró en la tienda saludando con educación a los dueños. Era increíble la variedad de artículos que se podían encontrar en ese tipo de establecimientos, sin pagar demasiado por ellos. No serían de mucha calidad, pero sí eran perfectos para camuflarse con normalidad entre la multitud. Alcohol, algodón y unas vendas, junto con unos vaqueros, una camiseta de manga larga y una cazadora similar a la suya, fueron sus compras. Desde el interior, mientras pagaba, vio pasar a un policía. Los estaban buscando. Debían irse de allí pronto. El vuelo a Brasil que pensaba coger no salía hasta cuatro días más tarde. Quizás fuera mejor irse esa misma tarde a Madrid y alejarse de Salamanca lo antes posible. Tomándose un par de minutos más de lo necesario para recolocar sus compras, dio tiempo a que se alejara el agente. Al regresar al piso, procuró caminar más despacio que lo que su inquietud le dictaba, para eludir llamar la atención de la gente que pasaba junto a él.

Al llegar, Rosa le aguardaba impaciente.

—Espero que sea de tu talla lo que te he comprado.

—Valdrá, gracias.

—Desde el móvil he adquirido tu pasaje a Brasil. He usado los datos de mi hija. Es más joven que tú, pero no van a comprobar tu edad al subir al avión.

—No creo —respondió Rosa, atreviéndose a sonreír.

—Tal vez deberíamos irnos a Madrid hoy. Allí pasaremos más

desapercibidos que aquí.

—No estoy segura de que sea buena idea. Pensarán que intentaremos abandonar la ciudad lo antes posible. Pero lo que sí es peligroso es seguir en este piso. Desde la ventana he visto pasar a dos policías mientras estabas fuera.

—Sí, ya lo había pensado. Un hotel sería muy expuesto, tal vez un albergue.

—Tengo una idea mejor —afirmó Rosa con rotundidad para sorpresa de Tomás.

Leo se reunió con Marina y Pepón en un restaurante de la Plaza Mayor para comer juntos y comentar lo que habían descubierto.

—Siento decirte, Marina, que no hay nada que te pueda ayudar a encontrar a Tomás. Lo que dejaron abandonado nos da más bien pistas de dónde estuvieron.

—Tal vez, si le echo un vistazo, encuentre algo.

—Puedes hacerlo, cariño —añadió Leo haciendo que Marina sonriera y diera palmas en su interior; la llamaba con un apelativo cariñoso delante de Pepón y le permitía revisar las pruebas. En otras relaciones no había sido así. No sabía si eran los hombres en general, pero, al menos, con los que ella había estado, se guardaban de mostrar su afecto si había más personas delante. Y, para rematar, no se oponía a saltarse el protocolo: la dejaba curiosear las pruebas recogidas en el Banco de España, sin esperar a que el informe estuviera listo. Se estaba enamorando perdidamente de Leo y estaba feliz de hacerlo. No había dudas ni recelos, era a Leo a quien quería en su vida, además, estaba segura de que él la quería a ella—. No quiero darte falsas esperanzas.

—Si hay algo, Marina lo encontrará —dijo Pepón sintiéndose algo celoso de la relación entre ellos dos. De acuerdo, sabía que sus sentimientos hacia Marina nunca habían sido correspondidos, que ella era libre de rehacer su vida y que Leo era un buen tío. Aun así, no hacía tanto, le hubiera gustado ser

el receptor de las dulces miradas que Marina le dedicaba a Leo. Por otra parte, estaba Esperanza, la graciosa arqueóloga. Creía que a ella, él le gustaba, pero, ¿y a él? ¿Le gustaba Esperanza más allá de la atracción física? Como siempre le decía su madre de pequeño: «Si no lo intentas, nunca sabrás si puedes hacerlo». Decidido, llamaría a Espe más tarde y le propondría cenar y tomar una copa esa noche.

—Estoy pensando, chicos, que quizás hemos enfocado mal el tema.

—¿Qué quieres decir?

—Pepón, deberíamos revisar por enésima vez el informe de Rosa. Estamos tan centrados en encontrar a Tomás que nos olvidamos que no está solo.

—¿No pensarás que ella también formaba parte de la banda? —preguntó Leo abriendo los ojos.

—Inicialmente no. Y, por lo que nos ha dicho Raúl, lo dudo. Pero pudo escaparse en el Campo San Francisco. Aunque sé que estaba en *shock* por la muerte de Armando y el secuestro, me resulta incomprensible que no intentara huir. Tomás estaba más pendiente de los lienzos que de ella. Si lo hubiera intentado, lo habría logrado.

—Y esta es una muestra de las locas teorías de la detective Marina Altamirano.

—¡No te rías, Pepón!

—No me río, solo constato un hecho. Y como, al final, seguro que tienes razón, más nos vale ir a la comisaría y revisar el dossier de Rosa.

Rosa y Tomás también comían en esos momentos, ajenos a lo cerca que estaba Marina de encontrarlos. Había decidido aprovechar la tranquilidad del mediodía, cuando muchas tiendas cerraban hasta el lunes y la gente se refugiaba del frío en los bares a tomar una caña antes de comer, para trasladarse a su nuevo escondite. Usarían un chofer de Uber para llevar las maletas con comodidad. Su lugar de destino era un almacén en la zona de Garrido.

—Mi familia tiene tres alquileres en la ciudad. Con frecuencia traemos

muebles desde Zamora e incluso tenemos algunos de los artículos más pedidos almacenados en ellos. Es fin de semana, así que no vendrá nadie.

—El lunes tendremos que marcharnos.

—Dudo que mi padre haya cambiado las claves de acceso al sistema. Puedo comprobar desde un ordenador o desde el móvil, metiéndome en la web de la empresa, si hay alguna entrega programada el viernes en Salamanca.

—Hazlo —le dijo Tomás a Rosa tendiéndole el móvil de prepago que había encendido al llegar a piso.

Después de unas rápidas comprobaciones, Rosa pudo confirmar que el almacén número dos estaría libre hasta el martes. Nadie los molestaría hasta entonces. Antes de devolverle el teléfono a Tomás, instaló en él un par de aplicaciones que les iban a ser de utilidad. Con la primera de ellas, pidió un coche de Uber que los llevaría desde el piso en el que ahora se encontraban hasta la estación de autobuses, era un riesgo pero Rosa creía que, si accedían por la puerta de las dársenas y elegían bien la hora, podrían camuflarse entre las numerosas personas que llegaban a la ciudad.

—No sé por qué no vamos directamente en el Uber al almacén —protestó Tomás.

—Sería sospechoso recoger a dos viajeros con maletas, que de un edificio se trasladan a un almacén. En la estación habrá controles, pero de la gente que sale, no de la que llega.

—Nos verán llegar por el lateral.

—No si coincide con la llegada del autocar de Madrid y con algún otro. Las dársenas se llenan en las horas a las que sale la línea regular a Madrid y la que va hasta el aeropuerto de Adolfo Suarez.

Tomás sonrió, Rosa había resultado ser toda una sorpresa. Era una alidada perfecta, tenía una mente rápida y despejada, capaz de resolver contratiempos en un abrir y cerrar de ojos. Lástima que Armando y Jaime no hubieran resultado ser tan perspicaces. Tenía que haber elegido mejor a sus compañeros en las galerías. Ahora era distinto, la suerte le sonreía, tenían los

lienzos y a Rosa. En unos días estarían volando a Brasil, donde sus contactos les darían otra identidad y los harían desaparecer del radar policial.

Rosa se caló la gorra hasta las cejas y asió con fuerza el asa de su maleta mirando de reojo al confiado Tomás. Estaba harta de los hombres. Primero su padre y su hermano, que la hacían vivir la vida de la forma que ellos querían, sin preguntarle lo que ella deseaba. Si por ella hubiera sido, habría dejado la fábrica de muebles hacía mucho tiempo. Estaba cansada de soportar comentarios machistas y paternalistas de los operarios de la fábrica que la venían como la niña bonita de papá, a los clientes que pasaban de ella y solo le prestaban atención para pedirle un descuento o un aplazamiento en el pago de sus facturas. Raúl, bueno, Raúl había sido un error. Su último error. Nunca más se dejaría llevar por las emociones, solo por lo que su mente dictara. Era una pérdida de tiempo y un fracaso seguro hacer caso a su corazón. Estaría con Tomás mientras pudiera tomar ventaja de su relación, pero, una vez que tuviera una vida propia y suficiente dinero para vivirla, le daría esquinazo a la mínima ocasión. Mientras tanto, sonreiría y dejaría que el historiador se confiara, cediéndole poco a poco su libertad.

El chofer de Uber era un cuarentón charlatán, que en el corto trayecto a la estación les contó su vida sin que a ellos les importara lo más mínimo.

—¿Y dónde van ustedes? Llevan dos maletas muy grandes. ¿Un viaje largo?

—A Madrid —explicó Rosa, escuchando a Tomás resoplar—. En realidad nuestro destino final es Barcelona, allí cogeremos el AVE.

—No conozco Barcelona. ¿Es bonita?

—Nunca he estado allí, es la primera vez que voy —añadió Tomás haciendo esfuerzos por ser amable.

—Uy, llegamos justos, ¿le importaría dejarnos en la puerta de la Escuela Oficial de Idiomas? —preguntó Rosa, luciendo la mejor de sus sonrisas—. Así no tendremos que pelearnos con las escaleras, ni hacer cola para el ascensor, podemos entrar directos a la dársena donde está el autobús.

—Por supuesto, yo también suelo entrar por allí si ya tengo el billete.

—Genial, gracias.

Desde el coche habían visto a un policía controlando la llegada de gente a la estación, y al pasar por la puerta se veía a otro dentro, cerca de la taquilla de Avanza.

—¡Hay policías! —exclamó Tomás enfadado por haber hecho caso a Rosa—. Nos verán, esto no ha sido buena idea.

—Deja de gruñir y sígueme —replicó Rosa uniéndose al torrente de viajeros que llegaba de Madrid y de Valladolid en ese instante. Fundidos entre ellos, parecían una pareja más que llegaba de viaje.

Al subir a la planta donde estaba la salida y las taquillas, vieron que los dos policías estaban dentro. Uno parecía concentrarse en las caras de los que compraban sus billetes en la zona de la taquilla de Alsa, y otro en la zona de enfrente de Avanza. Ninguno miraba a las personas que abandonaban la estación. ¿Para qué hacerlo? Los prófugos que buscaban querían salir de la ciudad, no llegar a ella. Como cualquier otro viajero, hicieron cola en la parada de taxi hasta que llegó su turno. Un taxista con cara de malas pulgas y poca gana de conversación los ayudó a colocar las maletas en el maletero. Si hablar, con un leve gesto de su cabeza, les preguntó su destino. En silencio, y mucho más calmados, Tomás y Rosa, en el asiento de atrás del taxi, se relajaron. Todo había salido como debía. El lunes por la noche saldrían de Salamanca en un blablacar, con un joven profesor universitario, que quería compañía en el coche para no quedarse dormido mientras viajaba a Madrid, con el fin de asistir a un seminario.

Uno de los policías que controlaba las caras en la estación era el propio Pepón, que, aburrido de la inactividad, se había ofrecido voluntario para hacer un turno en la estación de autobuses. Marina y Carlos, en el despacho de este último, trabajaban codo con codo, como antaño, en busca de algo en el dossier de Rosa, que pudiera serles de utilidad. El comisario sabía lo ciertas que podían llegar a ser las locas ideas de Marina, de modo que decidió

ayudarla en su investigación. Si no encontraban nada, solo habrían perdido unas horas, que siempre serían más fructíferas que dar vuelta por las calles, donde les habían perdido el rastro. Leo y Solé estaban haciendo trabajar a todo su equipo, ese fin de semana no había descanso para nadie. Era cuestión de horas o como mucho de un día, que dieran con Tomás. Si no lo encontraban antes del lunes, las posibilidades de hacerlo disminuirían con rapidez.

—¿Has enviado las fotos?

—Sí, ya sabes cómo es esto de la redes, Marina; bueno, siendo tú, a lo mejor no —agregó Carlos mirando a su amiga, cuya aversión a la tecnología no le era ajena—. En todos los periódicos locales, en su versión digital, han publicado la noticia del secuestro con la posterior huida, con fotos de las caras de Tomas y de Rosa. A esta hora la noticia se ha hecho viral, y en Facebook, Twitter, y demás redes sociales, es *trending topic*. Salvo tú, todo aquel que tenga un móvil, está enterado de que los buscamos.

Eran poco más de las seis de la tarde, pero parecía ya de noche cerrada, a niebla habían ido subiendo desde el río, llenando las calles de Salamanca. Era difícil ver más allá de tres o cuatro metros. La humedad aumentaba la sensación de frío. El almacén al que en ese instante entraban Rosa y Tomás estaba helado.

—Al fondo hay una oficina, podemos quedarnos allí. Esa luz no se verá desde el exterior, además hay una pequeña estufa. Creo recordar que también hay alguna manta de las que usamos para cubrir los muebles en los traslados y evitar que se dañen. Podemos taparnos con ellas.

—Hacía más frío en los túneles, Rosa.

—¡Eso seguro! Y olía mucho peor. Espero que no descubran que hemos forzado la cerradura. Si me hubieras devuelto mis cosas, habríamos podido entrar con la llave. Siempre tengo en el bolso un llavero con copias de todas las llaves de la empresa. Aunque me machaca el hombro, prefiero llevarlas, nunca sé cuándo las voy a necesitar.

—Tu bolso se quedó en el hotel. No te preocupes, a simple vista no se aprecia que he utilizado una ganzúa para abrir la cerradura. En caso de que intenten abrirla con una llave, sí que lo notaran.

Las horas fueron pasando. Tomás y Rosa dormitaban bajo el calor de las mantas, tras la noche en blanco que habían pasado. Quizás, si no hubiera estado tan cansada, se hubiera percatado de la pequeña cámara que los enfocaba, oculta entre unos tablones que se apoyaban en la pared. El pequeño dispositivo enviaba su señal a un ordenador situado en el Polígono de los Villares, más concretamente, a una compañía de seguridad, Safisa. Las imágenes eran guardadas para ser examinadas con posterioridad si era necesario. Un operador desde una centralita, con varios monitores delante de él, observaba las cámaras en busca de algo sospechoso. Por ser una hora de gran actividad en los centros comerciales, su atención estaba puesta en las imágenes que recibía de ellos. Si no fuera fin de semana, hubiera habido dos personas vigilando los monitores, pero, al ser solo uno el encargado de hacerlo, su jefe había dado prioridad a la vigilancia de las aglomeraciones en las tiendas, en busca de carteristas y descuidados. A las diez de la noche llegó el vigilante nocturno.

—¿Alguna incidencia?

—Ninguna, los guardias de seguridad de las tiendas han estado alerta y solo han detectado a un carterista en una tienda de ropa; en el resto, normalidad. ¡Que tengas una guardia tranquila!

—Eso espero, que hay partido y no me lo quiero perder.

Marina, cansada del ajetreo del día, había invitado a Leo a su casa. Habían pedido una pizza, y veían una película en la televisión, a la que no prestaban atención, ya que estaban más entretenidos buscando la boca del otro.

—¿Sabes, Marina? La película es interesante, pero mejor la dejamos para otro momento.

La detective apagó la televisión de un manotazo y, tirando de un más que dispuesto Leo, se fueron al dormitorio. Con sus caricias, Leo fue logrando

que la tensión acumulada y las preocupaciones de los últimos días fueran pasando al olvido. Marina no quería pensar, solo quería sentir. Por unas horas serían una mujer y un hombre, amándose con pasión y ternura. Las galerías, los lienzos, el tesoro de los Montarco podían quedar perdidos un poco más.

El partido había terminado. Ninguna luz de alarma silenciosa había saltado en el cuadro de indicadores. Tocaba revisar las imágenes de los que, por ahorrarse un suplemento de quince euros al mes, preferían no contratar ese servicio, que garantizaba que, cuando el sensor de movimientos captaba una intrusión, saltaba una alarma en la central, a fin de alertar al mismo tiempo a la policía que se comunicaba con la agencia de seguridad para confirmar que no fuera un fallo. Eran más de los que a su jefe le hubiera gustado, pero no era su problema. Si no querían pagar más, era cosa suya. Con un sonoro bostezo revisaba los últimos monitores, cuando detectó algo raro en el tercero por la derecha de la segunda línea por abajo. Había un resplandor extraño en la imagen. Cotejando los números de los monitores con el registro, comprobó que pertenecía a una fábrica de muebles con sede en Zamora. Tenían tres locales que utilizaban como almacenes, pero solo tenían un par de cámaras en uno de ellos, donde estaba el pequeño habitáculo que hacía las veces de oficina. Una de las cámaras enfocaba la entrada del almacén, y la otra enfocaba la oficina; hizo zoom en la imagen y vio que aparecía una tenue luminaria. ¡Ya sabía lo que era! Una estufa eléctrica. ¿Y aquellos dos bultos? Parecían dos cuerpos tapados por una manta. Haciendo uso del zoom lo máximo que podía, consiguió enfocar una de las caras. Era un hombre, un hombre mayor. ¿Dónde había visto antes esa cara? Estaba seguro de que la había visto antes. ¡¡El ladrón!! Con las manos temblando sacó su móvil del

bolsillo y entró en Facebook, había visto una noticia en un periódico digital que hablaba de un secuestro y de unos cuadros, juraría que en el reportaje salían unas fotos. ¡Allí estaba! Era la misma cara, no tenía el pelo blanco, pero no había duda; y el otro bulto, bien podría ser el de una mujer; desde la perspectiva de la cámara no lograba verle bien el rostro, pero, por la forma del cuerpo, era alguien más pequeño que perfectamente podría ser una mujer. Decidió pecar de precavido y llamar a la policía. Era muy raro que dos personas estuvieran durmiendo en el suelo de la oficina y que una se pareciera al hombre de la foto.

—Policía Local.

—Eh..., buenas noches. Soy de Safisa. Tengo una imagen sospechosa en un monitor.

—¿A saltado la alarma?

—Este cliente no tiene contratado ese servicio. Parece que hay dos intrusos durmiendo en sus instalaciones. No estoy seguro, pero creo que uno de ellos es el hombre de las noticias, el secuestrador ese, el que era profesor de historia...

—¿Cuál es la dirección? ¿A quién pertenece?

Cuando el vigilante de seguridad le dijo al policía el nombre de la empresa, ya no había duda. Era el negocio de la familia de Rosa Hernández: la mujer secuestrada. En una nota tenía que debían informar en el acto de cualquier aviso al respecto a la detective Marina Altamirano. De forma que, sin vacilar un instante, llamó al móvil que tenía anotado en el post-it.

—¿Sabe que se ve en el monitor en este momento? —preguntó Marina, vistiéndose mientras hablaba con el policía por el manos libres. En cuanto recibió la llamada y el agente le informó de lo que ocurría, el sueño y el cansancio habían desaparecido de golpe del cuerpo de Marina. Por señas le indicó a Leo que se espabilara. Al oír por el altavoz lo que pasaba, procedió a vestirse también, sabía que Marina querría ir al almacén y él iría con ella.

—Según el vigilante están durmiendo, nada más.

—Bien, envíe una patrulla, pero que no entren hasta que yo llegue.

Cortó la llamada y marcó el segundo número que tenía en su lista de teléfonos frecuentes: el de Pepón. Antes era el primero, pero, desde hacía unas semanas, el de Leo ocupaba la primera posición.

—¿Nos vamos? —le preguntó el objeto de sus deseos ya vestido y con las llaves del coche en la mano. Era perfecto en todos los sentidos, en lo personal y en lo profesional. Primero en la cueva, a la que le había llevado con engaños, y ahora allí estaba, dispuesto a acompañarla al almacén sin dudarle un instante.

—Sí. Ya he avisado a Pepón y también va hacia allí. Tú tendrás que quedarte en el coche, no tienes tu arma y...

—La tengo en la guantera.

¡Quién quería libretas y bolígrafos secos por no usarlos! Leo era su hombre ideal, un arma, eso era lo que ella llevaba en su guantera también. De acuerdo, no era la reglamentaria, pero, después de vérselas con Luis Calabria, el asesino en serie, no pensaba volver a permitir que la pillaran desprevenida.

Tomás y Rosa, ajenos a lo que ocurría fuera del almacén, dormían al calor de la estufa. El sueño de la mujer era profundo; después de casi un mes de no dormir por la tensión, su cuerpo por fin se había relajado. El hombre, por el contrario, tenía el sueño más ligero. Hasta que no estuviera en Brasil no se relajaría por completo. El local estaba en una calle tranquila, lejos de la marcha nocturna de la ciudad y del ajetreo de la zona comercial. En parte por la niebla y el frío, y en parte por la oscuridad, el silencio había ido llenando las calles, vaciándolas de gente. Las voces de un grupo de estudiantes que salían de un bar de una calle cercana, después de ver un partido, habían sido las últimas que había escuchado, y ya de eso hacía una hora, hasta ese instante en que las ruedas de un coche le habían despertado. Podía ser cualquier cosa, una pareja volviendo de una cena, alguien regresando a casa, pero en cualquier caso algo le decía que estuviera alerta. Desprezándose, abandonó el calor de la oficina y se acercó a la entrada. Oía voces hablando,

o más bien susurrando. Y un crujido, más bien un chisporroteo, como el de una radio sintonizando una emisora. ¡Estaba seguro! Había dos personas en la puerta. Podía oír su respiración y cómo parecían examinar la cerradura. ¡Maldita sea! Tenían que haberse ido cuando tuvieron oportunidad, haberse subido al primer autobús que saliera de la estación y luego ya verían.

—¿Ocurre algo?

—¡Chiss! —susurró Tomás agarrando a Rosa del brazo y llevándola otra vez a la oficina.

—Nos han encontrado.

—¡No es posible! ¡Dijiste que la cerradura no se veía forzada desde el exterior!

—Y no se ve. Tiene que haber sido de otra forma.

—Vale, déjame pensar.

—¡Por dejarte pensar estamos atrapados! Teníamos que habernos ido.

—Hay una trampilla en el suelo de la oficina —continuó Rosa sin hacer caso a las protestas y refunfuños de Tomás—. Hay un sótano que comunica este almacén con el de al lado, que también es de mi familia.

—¿Qué hay en él? ¿Más muebles?

—Mucho mejor —respondió Rosa enigmática.

Apagaron la estufa y la desplazaron a un lado. La trampilla estaba justo debajo de ella. Un interruptor situado junto a la escalera, en la pared, les permitió ver dónde ponían los pies mientras arrastraban una maleta cada uno. Comparado con las galerías en las que habían malvivido los últimos días, el sótano era un paraíso. Unos archivadores metálicos en un lateral eran el escaso mobiliario del habitáculo, ya que, por sus reducidas dimensiones, no cabía mucho más. Un pasillo de uno metro de ancho, por unos cinco o seis de largo. En la pared de enfrente a la escalera por donde habían bajado, una puerta permitía el acceso al otro almacén.

—¿Qué hay en los archivadores?

—En este, la verdadera contabilidad de mi padre, no la que me hace escribir

en los libros de cuentas que tenemos en la fábrica de Zamora para justificarnos ante Hacienda. En ese otro archivador, dinero negro, procedente de las facturas B. La mayor parte está en una cuenta en un paraíso fiscal, pero aquí guarda mi padre un buen pellizco para contingencias. Creo más que justo llevarme unos cuantos billetes, me lo he ganado con creces. ¿Un millón será suficiente? ¿Qué opinas?

—Más que suficiente hasta que llegemos a Brasil —afirmó Tomás sonriendo complacido. Desde luego, la mosquita muerta de Rosa era cualquier cosa menos previsible.

—Eso pensaba.

—¿Oyes eso? Ha llegado otro coche. Démonos prisa.

—En el almacén al que vamos hay una furgoneta pequeña que usamos para el reparto. Podemos cogerla e irnos ya hacia Madrid.

Subieron la escalera todo lo rápido que les permitían las maletas. El local estaba atestado de muebles y cajas de cartón. Una furgoneta blanca, que había conocido épocas mejores, estaba cerca de la puerta que daba a la calle.

—¿Las llaves?

—En ese gancho —respondió Rosa señalando unos clavos de la pared de los que pendían varios llaveros—. La que no tengo es la que abre la puerta del almacén, no sé cómo vamos a salir de aquí.

—Eso déjame a mí —dijo Tomás colocando la maleta de Rosa junto a la suya en la parte trasera de la furgoneta.

Con la mano en el contacto, listo para arrancar el motor, el historiador guardaba silencio. Su acompañante se mordía las uñas sin poder contener su nerviosismo.

—¿A qué esperamos?

—¡A eso!

Un estruendo al otro lado de la pared les hizo comprender que la policía había entrado en el otro almacén. Y no se equivocaban; de una patada, Pepón había abierto la puerta y Marina había entrado en el local seguida de Leo. Los

dos policías de la patrulla atravesaron los últimos la puerta.

—¡Despejado!

—¡Despejado!

—¡La oficina está vacía! —exclamó Marina—. Aún se nota calor. ¿Dónde están?

—Llamaré a la central.

Desde la empresa de seguridad, el vigilante veía lo que pasaba en su monitor. Infructuosamente intentaba que el policía que ahora respondía al teléfono en la comisaria le pasara con la detective que estaba al mando. Cuando Pepón hizo la llamada, el agente a cargo de la centralita ató cabos y puso en comunicación directa al vigilante de Safisa con Pepón.

—¡Debajo de la estufa! —gritó el vigilante en el oído de Pepón, tirándose del pelo, presa de un ataque de nervios—. ¡Hay una trampilla! Se han ido por ahí.

No sin dificultad, Tomás había movido la estufa desde el interior del sótano, antes de cerrar la trampilla, para disimular la entrada. Pepón le pasó su móvil a Marina y con uno de los agentes deslizó la estufa y así permitir que se viera el acceso.

—Leo, quédate aquí fuera por si Tomás intenta salir. El resto bajemos —ordenó Marina seleccionando la aplicación de la linterna en el móvil y alumbrando con ella la escalera de madera.

Estaban los cuatro dentro, decidiéndose a ir por el pasillo cuando sonó un gran golpe procedente de la calle.

—¡Leo!

—¡Es fuera! Voy a ver.

Al asomarse al exterior, vio el humo saliendo del tubo de escape de una furgoneta que había hecho volar por los aires la puerta del almacén contiguo, al atravesarla. La acera estaba llena de astillas.

—¿Se han ido en la furgoneta?

—No he podido ver al conductor, Marina, pero en el asiento del copiloto

iba Rosa.

—¡Mierda! Pásame el teléfono otra vez, tal vez el vigilante de Safisa pueda decirnos algo.

—Pepón, pídele que nos envíe las imágenes de las cámaras a tu móvil. Quiero verlas.

El vigilante de seguridad, intentaba en vano buscar imágenes en algún monitor que le mostrara lo que había pasado. En su pantalla había visto a los policías correr, pero no sabía qué había ocurrido fuera. Con rabia comprobó que no había ninguna tienda, local o piso, cerca del almacén, que fuera cliente de Safisa y en el que tuvieran instalados alguna otra cámara. Haciendo lo que pedía el agente, intentó enviar una copia de lo que había grabado el monitor durante las últimas horas, pero el archivo era muy grande. Decidieron que lo mejor era enviarlo al servidor de la comisaria y conectarse a él con el móvil de Pepón para verlo *online*.

—¿No les seguimos? —preguntó Leo.

—Para luego es tarde —respondió Marina subiéndose con Pepón al coche del de la científica. Uno de los agentes uniformados se quedó en el almacén esperando refuerzos y el otro ya seguía a la furgoneta.

La visibilidad era escasa, la niebla era muy espesa y los faros de los coches solo los veían cuando estaban a menos de un metro de distancia. Las luces de las farolas se distorsionaban, creando formas extrañas entre los girones de niebla. Leo conducía siguiendo las luces azules del coche de policía, mientras Marina miraba las imágenes del almacén y Pepón asomaba la cabeza entre los asientos fijando la atención en la pantalla del móvil.

—A mí no me parece una asustada secuestrada —dijo la detective arrugando el ceño.

—Ni a mí. Es ella la que parece explicar a Tomás lo de la trampilla. Si sabía que los agentes estaban fuera y que iban a entrar en el almacén de un momento a otro...

—...no hubiera ayudado a su secuestrador a escapar ni le hubiera contado lo

del almacén. No creo que Tomás lo hubiera sabido si Rosa no se lo hubiese dicho. ¡Os lo dije! Rosa le está ayudando, ya no es una rehén, está colaborando con él.

—¿Por qué no han salido de la ciudad? —preguntó Leo sin dejar de mirar el parabrisas.

—El camión de la basura le bloqueaba el paso al salir de la calle del almacén, Tomás tuvo que girar hacia la izquierda en lugar de hacia la derecha. Los coches aparcados y los que esperaban a que se abriera el semáforo le impidieron seguir hacia adelante, así que no le ha quedado más remedio que bajar por María Auxiliadora. No parece acostumbrado a manejar una furgoneta, el volumen mayor que el de un coche le dificulta los movimientos. ¿Qué es eso?

El policía del vehículo patrulla al que seguían había perdido el control del vehículo y chocó con una famosa pastelería en la esquina de la Avenida Portugal. La furgoneta seguía su loca carrera, por lo cual el resto de los conductores tuvieron que dar bruscos volantazos para esquivarla. Vieron que el agente salía del coche y les hacía una seña para indicarles que estaba bien y que siguieran.

—¿Dónde te han dado el carnet, Leo? Conduces como mi abuela.

—En la misma tómbola donde te dieron a ti la placa, Pepón —respondió el aludido pisando el acelerador.

La furgoneta había derrapado, chocó con el kiosco de la Once situado arriba de la calle Toro y siguió calle abajo. Desde la distancia no la veían bien por la niebla, pero daba la impresión de que Tomás se había bajado de ella, la detenía ante dos maceteros y le indicaba a Rosa que hiciera lo mismo.

—¡Baja! En este armatoste nos seguirán, pero a pie lograremos escapar.

—Lo siento, Tomás —respondió Rosa con frialdad. En un santiamén se cambió de asiento y de un volantazo hizo girar la furgoneta, se metió por una calle que iba hacia la Plaza del Campillo, para luego volver a salir a la Avenida de Mirat y seguir por el Paseo San Vicente.

Dos coches patrulla más se habían unido a la persecución. Marina no lo dudó, ordenó a los agentes que siguieran a Rosa, y ella se bajó del coche de un salto para iniciar la persecución de Tomás a pie. Se había metido por la trasera de un supermercado; no lo veían, pero oían sus pisadas.

—¡Caray con el abuelete! —exclamó Leo resoplando.

—Ya te dije que estaba en forma.

—¿Y ahora?

Habían llegado a la calle Azafranal; como no lo veían, Marina cerró los ojos y se concentró en los sonidos. Eran tenues, pero no había duda, había seguido por Bermejeros.

—¡Recto!

Iniciaron de nuevo la carrera. Un grupo de ruidosos chavales apareció por el otro extremo, hablando a voces, con alguna que otra copa en el cuerpo, provenientes de algún lugar de ocio nocturno de la cercana Plaza de la Reina. Marina y sus compañeros no lograban diferenciar en la niebla los cuerpos de los jóvenes y de Tomás. Pepón iba delante con Leo; Marina, algo más rezagada, buscaba la cara del historiador entre las numerosas figuras que pasaban a su lado. Estaban llegando a la Plaza de la Constitución cuando se escuchó una detonación. Marina sintió unos cuerpos cayendo delante de ella y un grito de dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Tiene un arma, Marina; Leo me ha empujado y ha recibido el tiro en mi lugar.

—¡Leo!

— Oí que corría el seguro. Ha sido en el brazo, no es nada, seguid tras él. Pero cuidado.

Marina dudó un segundo, pero, al ver que unos jóvenes se prestaban a ayudar a Leo, se decidió a continuar. Podían escuchar gritos de la gente, y esta vez no eran gritos de borrachos, sino de personas asustadas por el disparo. Unos curiosos les indicaron que había seguido hacia la calle

Correhuela. Pepón y Marina fueron hacia allí con sus armas en la mano apuntando hacia el suelo. Era de locos, si erraban el disparo, podían herir a un transeúnte, algo que a Tomás no parecía haberle importado.

Al llegar a la trasera de la iglesia de San Julián, vieron que Tomás se había detenido. Apoyado en la fuente de la plazuela, respiraba agotado por el esfuerzo de la carrera.

—¡Alto ahí! ¡Suelte el arma con cuidado! ¡Manos arriba! —le ordenó Marina. Con pavor, vio que Tomás agarraba por el brazo a una joven, que con sus amigas había tenido la mala fortuna de pasar justo al lado del viejo profesor.

—Son ustedes los que van a soltar el arma, se van a ir por donde han venido y van a dejar que me vaya.

—No lo empeore más. Rosa se ha ido con los lienzos que tanto esfuerzo le ha costado conseguir. Deje el arma y ríndase.

—¡Esa maldita perra! ¡No se puede uno fiar de las mujeres! No se puede confiar en ellas, te engatusan con su falsa sonrisa, pero son todas iguales. Unas calentorras que quieren vivir de los hombres.

—Marina no entres en su juego —le susurró Pepón—. Tiene a una rehén. Vamos a fingir que nos vamos y...

Pepón no terminó la frase. Marina se había cansado de tanta palabrería, veía a la chica temblar en los brazos de Tomás. Era joven, a penas dieciocho recién cumplidos. No era justo que recordara una de sus primeras noches con amigos de esa forma. Así que, sin dudarlo, apuntó y disparó a Tomás. El impacto del disparo en su hombro hizo que soltara a la joven, que corrió a refugiarse en los brazos de la detective. De una patada, Pepón empujó lejos el arma de Tomás, que se encogía en el suelo agarrándose el hombro.

—Buena puntería, Marina.

—No creas, se movió en el último momento. Apuntaba a la cabeza.

Podía oír su respiración suave y acompasada. No sabía lo que habría hecho si Tomás hubiera apuntado unos centímetros más a la izquierda y le hubiera alcanzado en el corazón. No podía imaginar cómo sería su vida sin él. Sorprendiéndose a sí misma, le había sugerido irse a vivir con él hasta que se recuperara del disparo. Leo había aceptado al instante, y desde el primer momento había hecho lo imposible para que el traslado fuera definitivo. De modo que, cuando empezó el año, habló con su casero y le dijo que dejaba su piso. Su hombretón era tan adorable que no había protestado cuando decidió hacer unos «sutiles» cambios para hacer más femenina la casa. Quizás poner las cortinas con flores rosas del dormitorio había sido un poco excesivo, pero, cuando las vio con Esperanza en el Ikea, no se había podido resistir.

—Tío, son muy rosas —escuchó que Pepón le decía a Leo una noche que los cuatro cenaban en casa de la detective y Leo.

—Si a mi Marina le gustan, a mí también —respondió enamorado el aludido.

—¿Sabes? No eres tan mal tipo como creía —afirmó Pepón echando un vistazo fugaz al cabestrillo de Leo y pensando que podía haber sido él quien lo llevara o, mucho peor, ni siquiera estar vivo para estar allí cenado con sus amigos.

Marina sonrió al oír el comentario. Iba a decir algo cuando el sonido del móvil la interrumpió. Dejó a Esperanza con los chicos y fue a cogerlo, ya que

lo había dejado en una mesita junto a la entrada. Era un número oculto; pensando que sería algún operador, lo cogió dispuesta a decirle cuatro cosas al pesado que llamaba a la hora de cenar.

—No sé cómo tiene este número, ni qué quiere, pero...

—Querida amiga, esa no es forma de responder al teléfono y mucho menos a los amigos.

—¡Luis!

—Veo que me recuerdas, me alegro. Todo este tiempo he estado pensando en ti, y de repente hoy, te he visto en las noticias. Es una pena que se te escapara la zamorana con el tesoro, eso no debe quedar muy bien en tu expediente. Primero yo, luego ella. Deberías preocuparte.

—¡A ti te atrapé! Fuiste tú el que manipuló los archivos para salir de la cárcel.

—No es mi culpa si los funcionarios de justicia no hacen bien su trabajo.

—¿¿Qué quieres?? —preguntó Marina alterada, ante el desconcierto de sus amigos, que se habían quedado en silencio mirando hacia donde ella estaba hablando por teléfono.

—Oh, nada complicado. Me aburro y he decidido volver. ¿Quieres jugar?

Epílogo

La mujer morena, tumbada en su hamaca, disfrutaba de su segundo Cosmopolitan, dudando si pedirse un tercero. La brisa del mar llegaba hasta su nariz. Inspirando profundamente, llenó sus fosas nasales de salino aroma, mientras contemplaba cómo el azul mar se confundía con el azul del cielo en el horizonte. Tomás tenía razón, Brasil era un paraíso. Desde el momento que puso un pie en el aeropuerto todo fueron facilidades, claro que el dinero había ayudado. El hombre que debía recogerles al llegar se extrañó al no ver al historiador, pero el fajo de billetes que Rosa hizo deslizar en su bolsillo hizo que le cambiara la cara al instante.

—¿Dónde la llevó, señora, o debo decir señorita?

—Señora Montarco está bien —respondió Rosa considerando que, puesto que iba a disfrutar de la fortuna de los Montarco, bien podía usar su nombre también—. Lléveme a un buen hotel y quiero ver al hombre encargado de hacerme la nueva documentación.

—Lo que la señora desee.

Ya había pasado un mes desde que llegó a Brasil proveniente de Ginebra. Consideró que no era adecuado pasearse por medio mundo con dos maletas de lienzos, así que en una caja fuerte de una encantadora entidad bancaria de la ciudad suiza había dejado una maleta, la otra estaba en otra caja fuerte en Brasil. Era mejor repartir en dos continentes su dinero y su tesoro. Desde Ginebra había ido a Francia, donde un rico coleccionista de arte, conocido del

director del banco suizo, había comprado uno de los lienzos. Uno de los más grandes que representaba una escena bucólica de damas y caballeros paseando junto al río, en una arboleda. Al acaudalado comprador le habían seguido otros dos, y una pinacoteca, de reputación en apariencia intachable, había comprado tres lienzos más. Solo con esas ventas ya era una mujer muy rica, y no era más que una pequeñísima parte de los lienzos.

Se lo había ganado después de arrastrarse durante semanas por aquellas inmundas galerías y haber convivido con aquellos psicópatas. Huir de Salamanca no había resultado sencillo con la voluminosa furgoneta, cuya parte delantera había resultado dañada en el choque con el coche patrulla. Fue una suerte encontrar tan rápido un blablacar con el que continuar viaje hasta Burgos. Por lo que vio en las noticias, la policía encontró pronto la furgoneta abandonada en el *parking* del centro comercial de Santa Marta. No imaginaban que, en lugar de seguir huyendo por carretera, había vuelto en un taxi a la ciudad para encontrarse con su ocasional chofer, una mujer de unos cincuenta años, que iba a la fría ciudad castellana a ver unas bodegas. Según le confesó, no tenía ni idea de las nuevas tecnologías, había sido su sobrina quien le había buscado compañera de viaje con la aplicación. Le había caído bien, sintió pena por ella cuando tres días más tarde vio fotos de ella rodeada de una nube de periodistas a la salida del juzgado donde había tenido que ir a prestar declaración. A la que también vio fue a la detective que los había hecho huir del almacén. Debería enviarle una nota dándole las gracias. Sin su proverbial intervención, estaría soportando el ego de Tomás.

—¿Está todo de su gusto, señora Montarco? —le preguntó un atractivo camarero con el que había tenido la oportunidad de intercambiar algo más que palabras la noche antes.

—Tal vez me tome otro coctel.

—Puedo llevárselo a la habitación personalmente. Termino en diez minutos mi turno.

—Me parece perfecto —respondió encantada Rosa. ¡Qué maravillosa era la

vida sin horarios! Levantándose de la hamaca, cogió la toalla y su bolsito, y se encaminó a su habitación, sintiendo la mirada del camarero perdiéndose al final de su espalda. Despacio, no había prisa, tenía todo el tiempo del mundo, y pensaba disfrutarlo.

Fin

Nota de la autora

Este libro es fruto de la imaginación de la autora casi en su totalidad.

La guerra de la Independencia supuso un antes y un después para la ciudad de Salamanca. Los franceses arrasaron prácticamente con todo, lo que no hicieron estallar por los aires se lo llevaron. Valga de ejemplo el mobiliario del Colegio Mejor de San Pelayo, actual Facultad de Geografía e Historia, del que no queda nada, porque algún capitán francés, que aquí he personificado en el capitán Gautier, se lo llevó a su país. Los ingleses que llegaron después, tampoco se quedaron a la zaga. La explosión del polvorín fue real, decenas de edificios volaron por los aires con sus habitantes dentro, destruyendo buena parte del patrimonio histórico y humano de la ciudad.

Muchas de las tristes anécdotas de Salamanca las he aprendido durante rutas guiadas y teatralizadas organizadas por el Ayuntamiento, en programas culturales, que abren las puertas de edificios solariegos al público. Los actores, convertidos en guías ocasionales, nos desvelan y nos cuentan los misterios y el pasado, real o leyenda, de sus habitantes a lo largo de los siglos. Es una forma de conocer la historia de la ciudad, sus edificios y sus antiguos moradores. Desde estas páginas recomiendo a los ocasionales visitantes, y a los salmantinos, que no duden en acercarse a la Oficina de Turismo y se interesen por ellas. Igualmente, creo que sería bueno que a los niños en los colegios les contaran estas historias y pudieran ver cómo lo que aprenden en sus libros cobra vida ante sus ojos.

No puedo negar que estoy enamorada de mi ciudad, su belleza nocturna me

subyuga. Su alegría, sus calles llenas de gente, su precioso barrio antiguo, la vida de sus calles bajo el sol. Espero haber despertado las ganas de visitarla en los lectores que aún no la conozcan, o de revisitarla a los que sí. Perderse por su barrio antiguo, paseando al anochecer, es una forma de retroceder siglos atrás y de dejar olvidadas las preocupaciones y el ajetreo de nuestra vida actual. Mi calle favorita de la ciudad es la Calle Compañía, caminando por ella, he encontrado la inspiración en múltiples ocasiones.

Esta novela es la segunda historia de la serie *Los casos de Marina Altamirano*. Sus novelas pueden ser leídas de forma independiente porque son conclusivas en sí mismas, pero la vida personal discurre de manera continua en ellas, por lo que el lector que las lea en orden tendrá una mejor visión de sus personajes.

Espero, querido lector, que hayas disfrutado tanto leyendo la novela como yo escribiéndola. Te espero, juntos descubriremos y resolveremos el siguiente caso de Marina.

Si te ha gustado

La ciudad oculta

te recomendamos comenzar a leer

Los amantes del bosque

de *Laura Mercé*



Primera Parte:

Los años felices

Nací en Madrid durante el solsticio de invierno, en las primeras horas del 22 de diciembre de 1893, en el seno de una familia de clase alta y con unos padres maravillosos.

Fui bautizada con el nombre de Almudena Beltrán Ibarra.

Hasta los trece años mi vida fue hermosa, salvo por los terrores nocturnos, causados por las constantes pesadillas que me hacían despertar agitada, con los ojos desenfocados y dando gritos, hasta que mi madre y mi aya corrían en mi ayuda para calmarme.

¿Qué clase de pesadillas me atormentaban?

Eran sueños recurrentes, siempre iguales, siempre las mismas escenas. Al comenzar todo se veía hermoso: El bosque iluminado por los resplandores de un sol crepuscular, que iba colándose entre el espeso follaje de los árboles, hasta llegar a reflejar una extraña luz, como el de las piedras preciosas. El único sonido que se escuchaba era el canto soñoliento de los pájaros y el arrullo de las tórtolas.

De golpe, todo cambiaba: El cálido y hermoso bosque se transformaba en un sitio frío, oscuro y tétrico; en lugar de los suaves gorjeos de las aves, se escuchaban amenazantes voces sibilinas, a la vez que las desnudas ramas de los árboles se convertían en tentáculos de monstruos que intentaban apresarme, mientras unos ojos muy claros y malignos me perseguían sin cesar. Desde las primeras visiones de esos sueños, a pesar de la belleza con la que comenzaban y aunque nunca podía verme personalizada en él, tuve presente que en ese cambiante bosque un gran peligro me acechaba. Lo peor era que después no podía explicar con palabras lo que tanto me había

asustado. Además, a la luz del día esa sensación de pánico siempre tendía a desaparecer. Es bien sabido que los sueños, por más terroríficos que sean, cuando son relatados a otras personas, pierden el real significado que afecta a los que los sufren e, incluso, a su propio dramatismo.

Al hablar con mis amigas y compañeras de colegio, también perseguidas por pesadillas, nos reíamos sin darle mayor importancia. Pero era allí donde me quedaba aún más sorprendida, dándome cuenta de que para todas ellas los sueños, aunque disparatados y a veces terroríficos, en cada ocasión eran diferentes, mientras que para mí siempre eran los mismos.

¿Cuándo comenzaron aquellas visiones oníricas? No sabría decirlo con exactitud. Mi madre aseguraba que antes de cumplir los tres años ya me sentía dominada por ellas y, en todos los dibujos que hacía, en cualquier circunstancia, estaban presentes los bosques; siempre los bosques. Con el tiempo comencé a clasificarlas, llamándole «sueños bonitos» a las imágenes del bosque cálido y luminoso, y «pesadillas» al momento en que este se transformaba en tétrico y amenazante.

Después de cumplir los nueve años, esas extrañas revelaciones fueron haciéndose cada vez más claras, en las que incluso podía percibir, tal como si lo observara a través de una ventana, otros detalles de nuevas y sobrecogedoras visiones que me llenaban de terror; un terror tan íntimo que casi dolía físicamente.

Los médicos a los que mis padres me llevaban solían afirmar que los sueños, y las pesadillas, son parte de la vida y que a través de ellos se reviven recuerdos o experiencias —la mayoría de ellas— desagradables de la niñez y que, a medida que fuera haciéndome mayor, estas acabarían por desaparecer.

No tuve más remedio que aprender a convivir con ese constante desasosiego.

Aunque tenía varias amigas del barrio, y del colegio, las más íntimas solo eran dos: Paloma Mendizábal Larrea y Nuria Campos Oviedo. Las tres teníamos la suerte de que nuestras familias se frecuentaban mucho; de ese

modo, siempre estábamos juntas. Incluso hicimos la primera comunión el mismo día, y los festejos los celebramos en la casa de campo de mis padres.

Nuria era como yo, hija única, y Paloma tenía un hermano, siete años mayor que nosotras, muy guapo llamado Mariano, del que, en ese tiempo, me sentía «locamente enamorada». Durante nuestra venturosa infancia, los únicos anhelos que teníamos era pasarla bien mientras jugábamos, con nuestras muñecas, a las «señoras mayores» y a las visitas. Pero lo que más nos fascinaba era jugar en la calle a las rondas y saltar a la comba, bajo la sombra de los tupidos y añosos árboles de nuestro barrio, o bien a las carreras de ruedas, que consistían en hacer correr velozmente un aro de madera o de metal dándole impulso y guiándolo de vez en cuando con un bastoncillo, enfilándolos cuesta arriba para luego dejarlos caer cuesta abajo. No fueron pocas las veces que acabamos en el suelo, en medio de una gran polvareda, retorciéndonos de la risa.

A partir de los diez años, llegamos a hacernos muy diestras en el juego de las charadas, y también como amazonas, dando largos paseos por el prado en nuestros propios caballos, montadas a la inglesa.

Al cumplir los doce años comenzamos a contarnos nuestros secretos más íntimos; las tres presentíamos que íbamos a ser muy felices: nos enamoraríamos de unos jóvenes guapos y ricos, seríamos amadas, protegidas y admiradas, y nos dedicaríamos a servir y a obedecer a nuestros esposos, porque ese era el sagrado deber de toda mujer bien nacida.

La madre de Paloma y la mía habían sido compañeras en el mismo colegio de señoritas. Por otra parte, don Carlos, el padre de Nuria, siempre había estado en contacto con mi madre, ya que sus progenitoras, además de vecinas, fueron muy buenas amigas desde niñas. O sea, doña Francisca, la abuela de Nuria, que vivía muy cerca de nuestra casa, y mi difunta abuela Beatriz se habían querido como hermanas hasta la muerte de esta última.

La abuela de Nuria, llamada cariñosamente «doña Francisquita», era un sol; mi madre la quería mucho y sufría al ver que su familia la negaba haciéndola

a un lado. Su nuera, la madre de Nuria, la despreciaba acusándola de bruja y nigromántica, algo que la avergonzaba ante la alta sociedad a la que pertenecían.

En realidad, doña Francisquita, al igual que mi madre, poseía el don de la clarividencia y, según me contó ella misma, mi abuela Beatriz (de manera secreta) también había poseído esa habilidad, además de la oniromancia. Realmente la vida de doña Francisquita en los últimos años, sintiéndose abandonada por su familia, era muy triste. Había sido madre de dos hijos: Carlos, el padre de Nuria, y otro más joven, llamado Andrés, que murió en la desdichada guerra de Cuba.

La abuela de Nuria era una de aquellas damas insólitas e irrepetibles: no se parecía a ninguna otra mujer de su edad que yo conociera. Vivía en una casa muy antigua, casi monumental, que a mi me parecía mágica, de la época del Madrid de los Austrias, colmada de intrincados escondrijos. A mí me provocaba un gran entusiasmo vagar por allí y descubrir sus innumerables *poternas* camufladas y sus pasadizos secretos, además de jugar con sus cuatro cariñosos perros y acariciar a los dos enormes gatos atigrados, que siempre dormitaban perezosos junto a las piernas de su ama. Pero lo que más me fascinaba de toda aquella casa era entrar al saloncito donde la abuela de Nuria recibía a sus asiduas «clientas»: una pequeña salita repleta de extraños objetos, entre los que se contaban numerosos oráculos y una gran bola de cristal.

Visitaba a doña Francisquita siempre que podía; así descubrí que a ella también le gustaba conversar conmigo de cualquier tema. Incluso me dejó en claro que yo le parecía muy madura y responsable para mi edad. Fue de su propia boca, unos meses después de cumplir los doce años, que escuché hablar, con total profundidad, de las reencarnaciones, palabra que tanto significado iba a tener en mi vida.

—Pero eso... ¿será verdad? —Pregunté mostrándome muy interesada en el tema.

—Sí, hija, no lo dudes nunca; no todo acaba con la muerte. —Me respondió muy segura con una sonrisa—. En ella hay mucha más liberación que miedo, mucho más gozo que oscuridad. La muerte no es el final del camino, porque el alma de los humanos (conciencia, esencia y energía individual) regresa después de la muerte física para reencarnarse, o renacer, en un nuevo cuerpo humano, creando un ciclo hasta la completa purificación; y, puesto que el alma es el principio fundamental de la vida, puede observar, con absoluta nitidez, antes de volver a reencarnarse, al cuerpo muerto en el cual habitaba. Para existir, el alma no necesita del cuerpo físico...; una vez que es abandonado por ella, este se transforma en cadáver. —Al ver mi expresión anonadada, sonrió comprensiva—. Ahora, que ya eres mayorcita y muy inteligente, y en memoria de tu difunta abuela, a la que quise como a una hermana, te diré una cosa que te interesará. Pero, por favor, que esto no salga nunca de ti, ¿de acuerdo?

—Claro, doña Francisquita. Ya sabe que a mí no me gusta desvelar secretos, que por algo son secretos, ¿no? —Expresé muy seria.

—Me ha gustado mucho tu respuesta. —Manifestó ella riendo—. El saber guardar secretos es una honorable virtud, y sé muy bien que tú la practicas siempre; trata de no perderla nunca. A lo que íbamos... Creo que, si te lo propones, podrás llegar a ser una mujer dotada con la percepción; naciste en una fecha singular, el solsticio de invierno. Yo nací en el equinoccio; tu madre, durante el solsticio de verano, en la noche mágica de San Juan, y tu abuela Beatriz, casi como tú, en Navidad que, mucho antes del cristianismo (en épocas de los celtas), era una de sus mayores y enigmáticas festividades, y coincidía también con el solsticio de invierno. ¡Fíjate qué casualidades! Tu abuela podía ver por anticipado muchas cosas; además de ser capaz de hacerlo mediante el don de la adivinación, también lo lograba por medio de los sueños. Ella misma predijo su muerte. Sí, por increíble que te parezca, sabía la fecha exacta e incluso me dijo dónde y cómo moriría, y no se equivocó. —Permaneció unos instantes observándome. Tras un profundo

suspiro, prosiguió—: Te diré un secreto: yo también sé cuándo moriré.

Me quedé mirándola con la boca abierta.

—Pero aún falta mucho para eso, ¿verdad?

—¡Oh, no! Mi fin está cercano; pero esto tampoco se lo digas a nadie, ¿me lo prometes?

—Sí, claro, lo prometo. Pero enterarme de una cosa así me da mucha pena. No quiero que usted se muera.

—No te preocupes, pequeña. Como ya te expliqué hace un momento, la muerte es parte de la vida. —Murmuró serena, minimizando el asunto.

—Aun así, no me gusta cómo suenan esas palabras. Yo desearía que usted viviera para siempre...

Con un movimiento de su mano, ella objetó:

—¡Ay, no, cariño! Agradezco tus deseos, pero eso sería terrible. Creo que vivir eternamente una misma existencia, en un mismo cuerpo y con un entorno familiar siempre igual... sería terrible de soportar; igual a estar condenado, de por vida, a un aburrimiento mortificante, algo que no puede concebir mente humana. Hay que vivir lo justo y necesario, y gozar de ese don mientras se pueda. Tras eso, marcharnos para volver después pasar por otra nueva vida.

Yo la escuchaba atónita, sin comprender muy bien su manera de pensar.

—Pero... saber que se va a morir muy pronto me produce una fuerte impresión, y una gran pena. ¿No tiene miedo? —Inquirí visiblemente impresionada.

—No, al contrario. —Con ademán distraído, me tomó de las manos y, dándoles vuelta, las observó detenidamente. Sin levantar los ojos, añadió—: Moriré muy feliz y en santa paz, rodeada por los que me aman de verdad. Así saldré de esta carcasa tan vieja y mi alma se remontará al infinito, a la espera de otra reencarnación, que espero sea mejor...

De pronto, con la vista aún fija en las líneas de mi mano, permaneció callada. En su rostro se marcó una grave expresión. Después de unos

minutos, mientras clavaba sus ojos en los míos, me dijo:

—¡Ay, cariño! Creo que... lamentablemente en esta vida, tendrás que pasar por algunas calamidades y duras experiencias, que afectarán también a tu familia, aunque tú serás la que más sufrirá. Pero no te preocupes: a pesar de que llorarás mucho, y de que te sentirás perdida, con el tiempo lograrás superar todos los obstáculos, y al fin encontrarás la felicidad completa. Sí, llegarás a ser muy feliz, y también muy amada. —Con un suave apretón en mi mano, agregó—: Te daré un consejo: A lo largo de tu vida, exígete mucho a ti misma y espera poco de los demás; de esa manera no sufrirás tanto.

Sus palabras me dejaron impresionada. Recuerdo que fue ese día cuando me atreví a hablarle de mis sueños recurrentes.

Ella me escuchó con atención.

Cuando acabé, exhaló un hondo suspiro y me acarició la mejilla. Después se quitó las gafas y, tras esbozar una enigmática sonrisa, murmuró:

—Mi pobre niña, ya lo sabía; tu madre me contó hace tiempo tus visiones oníricas. Y fue ese mismo día cuando le comenté que quizás tú habías heredado de tu abuela la facultad de la oniromancia. Pero ahora veo que, esto tuyo, se parece más a lo que estábamos hablando: al típico caso de una reencarnación que una parte de tu mente aún recuerda. Tienes que saber que, cuando somos niños, tenemos mejor capacidad psíquica de ver y de oír cosas que en nuestra madurez. Los niños son los que más recuerdos tienen del más allá y de sus vidas pasadas que, después, lentamente, van olvidando. —Luego de volver a posar sus ojos en las palmas de mis manos, añadió—: Por eso, apresúrate a interpretar bien esos sueños, puesto que, a medida que vayas creciendo, todo se dormirá en tu mente. En mi opinión, creo que tus pesadillas recurrentes son provocadas por determinados conflictos que marcaron el destino de la persona que tú fuiste en otra vida. Sí, estoy realmente segura de que lo tuyo se trata de una reencarnación.

—¿Y podré descubrirlo? —Le pregunté con notable ansiedad.

—Es posible, pero no creas que será fácil. Sólo el tiempo podrá ampliarte

todo el campo visual por medio de los sueños y hasta, quizás, por regresiones... o puede que jamás logres descubrir ese misterio. En esto no hay nada predecible, aunque estoy convencida de que esos sueños recurrentes son por algo. En ellos revives los recuerdos de un trauma de una vida pasada, y estos vienen a tu mente cuando duermes. Puede que hasta logres verlos estando despierta; tú no dejes de percibir cualquier otra señal, por insignificante que esta sea. De ese modo, quizás un día logres canalizar tú misma una regresión que te transporte hacia atrás en el tiempo. Claro que conseguir dar un salto como ese cuesta mucho.

Intrigada, volví a preguntarle:

—Y eso de la reencarnación... ¿cómo es? ¿Qué pasa cuando nuestra alma sale del cuerpo?

—Ahora te lo explicaré con más detalles. —Exclamó. Poniéndose de nuevo las gafas, tomó un lápiz y comenzó a escribir en un papel—. Aquí lo dibujaré todo, a ver si puedo relatártelo de manera fácil para que comprendas mejor este escabroso tema que..., y esto no debes olvidarte nunca, es tabú para nuestra religión. Mira. —Siguió mientras hacía el dibujo de una figura humana—. Las personas estamos compuestas por un cuerpo físico, uno etéreo y otro astral. Cuando morimos, el alma se retira por la cabeza con el cuerpo astro-mental. El etéreo se desprende del todo y allí el «cordón de plata» se rompe...

—¿Cordón de plata? —Repetí sorprendida.

Ella asintió con la cabeza, y continuó:

—Se trata de una hebra brillante, muy real, que está sujeta justo por debajo de nuestro esternón. Es el hilo que nos conduce a la dimensión del otro confín, en un viaje astral. —Estableció una nueva pausa y, con gesto solemne, me advirtió—: Almudena, tienes que tomar conciencia de que estas cosas son serias y muy ciertas. Hay culturas que creen ciegamente en la reencarnación; Pitágoras, que vivió en el siglo vi antes de Cristo, creía con firmeza en ella.

Durante un largo rato, siguió hablándome sobre ese apasionante tema del que yo, en aquel momento, no entendía casi nada. Luego, tras un hondo suspiro, mirándola apesadumbrada, acabé confesándole:

—Me siento muy mal soñando siempre lo mismo: Esos ojos que me persiguen, y ese bosque tan oscuro y terrorífico que me hiela la sangre.

Ella, tal como si fuera una niña traviesa, sonriéndome cariñosa, me dijo:

—Se me acaba de ocurrir una idea. Ahora, que nadie nos molesta, haremos una prueba... —se puso de pie y, apoyada en su bastón, continuó—: Ven, sígueme...

La obedecí encantada. Enseguida entramos a su exclusivo saloncito, que yo ya conocía, repleto de las cosas más insólitas que pudiera imaginarse. Después de encender unas velas, señaló su mágica bola de cristal y me sugirió:

—Relájate todo lo que puedas, elimina las distracciones y ponte a mirar fijamente el fondo de la esfera. —La observé intrigada mientras ella proseguía—: Quédate un rato largo sin apartar los ojos de ella. Obliga a tu mente a pensar en la posibilidad de otra vida... o tan solo deja tu mente en blanco; quizás en un principio te cueste bastante. Si llegas a ver algo, lo que sea, intenta luego describírmelo con todos los detalles.

Tras asentir con la cabeza, centré mis ojos en el profundo vacío de aquel redondo cristal. Por unos instantes, me costó concentrarme; incluso sentí ganas de reír al recordar a las gitanas en las ferias cuando adivinaban el futuro de sus clientes en una bola igual a aquella. Seguido a eso, obligué a mi mente a centrarse en la clara profundidad que se abría ante mí. Y así me quedé un largo rato: con los ojos fijos en el interior de la esfera, casi sin pestañear. Los minutos, plenos de un sugestivo silencio, comenzaron a pasar.

De pronto me sentí extraña, como si me hallara extraviada; ante mis ojos comenzaron a moverse espesas nubes y, repentinamente, surgieron unas enormes torres de color rojizo, como edificaciones amuralladas, rodeadas de una frondosa vegetación. Y muy a lo lejos se percibían, en difusa visibilidad,

algunas elevaciones plateadas.

No pude seguir observando nada más; en ese instante, una de las criadas llamó a la puerta y bruscamente aparté mis ojos de la bola. La inoportuna doncella le anunció a su patrona que tenía la visita de dos «clientas».

Doña Francisquita, con visible contrariedad, respondió:

—Enseguida las atenderé Asunción. Entretenlas mientras tanto. —Seguido a eso, mirándome ansiosa, me interpeló—: ¿Has logrado ver algo?

—Sí, algunas torres y murallas... muchos árboles y... a lo lejos, algo parecido a montañas. Sólo eso...

—Qué lástima, el tiempo ha sido corto; la próxima vez quizás puedas observar algo más claro y convincente. —Mientras exhalaba un suspiro, expresó pesarosa—: Lamento mucho que nos hayan interrumpido, pero tú sigue intentando analizar lo que esas visiones puedan representar para ti. —Se calló de golpe, y después continuó—: Almudena, todos sabemos que, por lo general, las gitanas y adivinas de ferias usan estas bolas de cristal para predecir el futuro, pero de verdad te lo digo: esto es algo muy serio, que viene desde antiguas culturas, incluso de la egipcia. Ya sabes que yo practico mucho con lo sobrenatural, por eso la esposa de mi hijo me detesta tanto. —Acabó con semblante triste.

—A mí me gustan mucho todos estos temas... —afirmé mirándola muy seria.

—Son prácticas inofensivas. No obstante, hay personas que lo ven muy mal, incluso la Iglesia las condena; como ya debes de saber, en la antigüedad, a las mujeres como yo las quemaban en las hogueras. Mi querida amiguita, ahora ambas compartimos un secreto, ¿verdad? Y, como acabo de decirte, tú sola tendrás que analizar lo que esas torres significan para ti.

—No recuerdo haberlas visto nunca.

—Claro, seguramente fue en la otra vida, en una reencarnación pasada, siendo tú otra persona; quizás hace años, y hasta siglos, en alguna parte del mundo. Tu desafío está en ir desentrañando ese misterio, junto a esos sueños

que te persiguen. Ahora, si te apetece, mientras yo atiende a esas amigas, puedes quedarte y seguir correteando por donde tú desees, como sé que te gusta. Bueno, pequeña, cuando quieras regresa y así continuaremos con esto. Y ya sabes, no se lo cuentes a nadie; tampoco a mi nieta, ni a Paloma.

—No, jamás se lo contaré a nadie, lo juro. —Prometí mientras alzaba la mano.

Ella me dio un sonoro beso en la mejilla y, con el brazo también levantado, agregó sonriendo:

—Será nuestro secreto.

—Sí, este será nuestro secreto. —Dije emocionada.

De verdad cumplí mi palabra; aquella conversación jamás se la conté a nadie, hasta ahora. Por desgracia, no pude volver a hablar con doña Francisquita de aquella asombrosa cuestión, ni tampoco mirar de nuevo en su mágica bola de cristal. Y, aunque en ese momento no entendí demasiado el significado de sus palabras, ni las visiones de las extrañas torres, todo eso se quedó grabado en mi mente. Desde ese día, comencé a pensar en esos temas tan insólitos, y a la vez tan sorprendentes, de las reencarnaciones.

Nuria, obligada por su madre, que le impedía visitar con más frecuencia a su excéntrica abuela, se perdió de conocerla tan a fondo como la conocí yo. Estoy segura de que ella se hubiera maravillado al descubrir la noble y singular personalidad de doña Francisquita, sintiéndose muy orgullosa de ser la nieta, de tan peculiar dama.

A pesar de los terrores nocturnos, mi vida era hermosa y apacible. Vivíamos en las afueras del barrio de Salamanca, uno de los más castizos de Madrid, muy cerca de la popular calle de Alcalá. Era una casa grande y lujosa, repleta de obras de arte y de muebles al estilo del *rococó* francés, de Thomas Chippendale, que decoraban todas las dependencias del recibidor de entrada y las del salón principal, en cuyo centro, sobre una alfombra persa, descansaba nuestro piano de cola.

Mi madre, aunque católica, era muy aficionada a los fenómenos

paranormales y de las cosas del más allá. También creía, aunque muy secretamente, en las sibilas... y siempre salía en defensa de éstas, con la misma alegación: «Las hechiceras no tienen nada que ver con el satanismo. Y, además, es mentira que ellas mantienen relaciones con demonios. Las brujas sólo son sabias herbolarias, cuya única misión de sanar las enfermedades, de generar ilusiones e incrementar, por medio de afrodisíacos y misteriosas pócimas, las relaciones de los enamorados». Fue así que desde niña siempre vislumbré señales de encantamientos a mi alrededor. Con el correr del tiempo se acumularon, en torno a mi vida, diferentes signos de lo sobrenatural.

Durante los años de mi infancia, mis padres y yo, acompañados siempre de mi nodriza, hacíamos largos viajes por diferentes países; entre ellos, a Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica y hasta por Oriente Medio, como pasajeros de primera clase en el famoso Orient Express, en el que partíamos desde París, rumbo este, hasta llegar a Constantinopla. Durante aquellas largas travesías, mi madre siempre viajaba cargada de un gran equipaje de baúles y de enormes cajas con sombreros. A nuestro regreso, volvíamos aún más cargados de grandes baúles, voluminosos paquetes repletos de exóticos adornos, costosas joyas, abrigos de piel, vestidos y... muchos más sombreros, junto a un sinfín de otras cosas, en un exuberante despliegue de derroche. Fue en una de nuestras cotidianas visitas a Francia, después de cumplir los siete años, cuando mi madre contrató a una joven maestra para que se ocupara de mí en todas mis necesidades, tanto personales como pedagógicas. Se llamaba Ivonne Ligrend. Enseguida nos encariñamos con Ivonne, que pasó a ser como otro miembro más de la familia, acompañándonos en todos los viajes a donde quiera que fuéramos. Desde su llegada, mi nueva institutriz me asistía obligándome, como «una tirana», a preparar todas las materias de estudio hasta que me las aprendía. Comencé con mis lecciones a los cuatro años; a la edad de seis ya sabía hablar bien en inglés, gracias a que mi madre dominaba esa lengua, y con la llegada de Ivonne mi francés se perfeccionó. De ese

modo, fui una alumna muy adelantada, lo que me daba tiempo para estudiar piano, danzas y equitación. Mis padres aspiraban a que yo fuera única, instruida en todo, mucho más de lo que ellos habían logrado llegar a ser, y aseguraban que, apenas cumpliera los quince años, comenzaría a practicar esgrima. Hacía mucho tiempo que ese deporte se había puesto de moda entre la nobleza.

Recuerdo que, durante aquellas despreocupadas vacaciones, en las que yo permanecía un poco apartada bajo la vigilancia de la gobernanta, mis padres se comportaban como dos adolescentes enamorados: se miraban, se tocaban y se besaban tal como si estuvieran solos en el mundo. Había momentos en los que sentía que yo sobraba en sus vidas; ambos se amaban más allá de todo y vivían el uno para el otro. Se habían casado ya siendo mayores. Mi madre, doña Lucia Ibarra Manzanares, pasaba los treinta y cinco años, y mi padre, don Francisco Beltrán Puig, tenía diez años más. Para él, su amada esposa representaba lo más grande del mundo, y sus caprichos siempre eran satisfechos, costara lo que costara.

Mi progenitor había nacido en 1847 (tres años después de que su padre ganara, en una jugada de Bolsa, casi treinta millones de reales), en el seno de una familia de masones industriales muy ricos, de origen catalán. Mi bisabuelo, oriundo de Manresa, llegó a ser dueño de tres grandes fábricas textiles en Barcelona. Por su parte, mi madre, nacida en 1857, descendía de una familia muy castiza de Madrid, afincada en el paseo de la Castellana, con un padre humanista, católico y conservador, que educó a su única hija en los mejores colegios, incluso del extranjero. A pesar de que mi madre fue siempre muy guapa y elegante, nunca había tenido novio hasta que, ya convertida casi en una solterona, conoció a mi padre, un industrial masón al que la familia de su novia, principalmente mis tías abuelas, repudiaba considerándolo un anticlerical. Para empeorar las cosas, estaba catalogado como un «abominable» defensor del evolucionismo *darwiniano*.

En cambio, mi abuela Beatriz, en esa época ya viuda y muy distinta a sus

hermanas mayores, miraba con muy buenos ojos al pretendiente de su única hija: un hombre de muy buen ver, guapo y culto; un antiguo estudiante de la Universidad de Salamanca, y uno de los pocos solteros que aún quedaban. Y contra viento y marea, en la primavera de 1892, bendijo la boda de su hija con aquel maduro y atractivo industrial, del que se hablaba bastante mal dentro de la alta sociedad conservadora. El rápido y sorpresivo nacimiento de una niña, al año siguiente, representó para ellos algo así como un milagro, un maravilloso premio del intenso amor que ambos se profesaban.

Fue a partir de los ocho años cuando me di cuenta de las similitudes que había entre mi madre y yo: A las dos nos gustaban las cosas esotéricas y misteriosas, aquellas que no tienen explicación lógica.

Durante las mágicas noches de San Juan, cuando celebrábamos el cumpleaños de ella, ambas disfrutábamos de sus verbenas rindiéndole culto al fuego mientras quemábamos los recuerdos tristes para ahuyentar a los malos espíritus.

Mis padres, con fama de ser muy sociales, organizaban frecuentes fiestas (algunas de ellas fueron memorables) en nuestra casa de campo, rodeada de jardines y de una enorme alberca. Mis amigas y yo, cuando sus padres venían a quedarse los fines de semana, lo pasábamos a lo grande, en medio de juegos y diversiones, hasta quedar rendidas. Durante los veranos no nos cansábamos de darnos excitantes chapuzones en la alberca, y al llegar la noche nos divertíamos con el juego de las charadas e interpretaciones de piezas de teatro, o bien correteando detrás de las luciérnagas.

En las diversiones diurnas nos dejaban participar, junto a los mayores, de paseos, cabalgatas y partidos de tenis. En las fiestas nocturnas de los adultos, nos acostábamos temprano y Mariano, que era un buen narrador de cuentos e historias, se recostaba junto a nosotras en la cama, siempre bajo la vigilancia de Ivonne, mi institutriz, y comenzaba a explayarse en sus maravillosos relatos, la mayoría de ellos místicos y sobrecogedores. Recuerdo que muchas veces me quedaba mirándolo fascinada mientras imaginaba el día que me

casaría con él y lo felices que ambos íbamos a ser. Pero por lo general, esas fantasías duraban muy poco; Mariano, en medio de los relatos, se dormía enseguida. En cambio, nosotras, atraídas por la música y por las risas, apenas Ivonne y los criados se descuidaban, nos escabullíamos silenciosas hasta el pasillo atreviéndonos a bajar, agazapadas, algunos escalones, donde permanecíamos estáticas mirando bailar a la gente mayor, en un singular despliegue de gracia y elegancia, a la vez que admirábamos los espléndidos trajes, las joyas de las damas y la finura de los gentiles caballeros. Ivonne siempre nos descubría, pero tras mover la cabeza hacia la «vista gorda», incluso nos traía pasteles y confituras mientras se quedaba a nuestro lado para también observar a los visitantes. Junto a la enorme cocina de nuestra casa de campo, había una despensa grande, con las paredes cubiertas de estanterías repletas de exquisiteces, entre variadas golosinas, cajas enteras de chocolate, mazapanes y galletas, además de conservas de frutas y verduras. Y como nunca la cerraban, nosotras podíamos entrar y salir, a voluntad... Hasta que un día Mariano, el hermano mayor de Paloma, se indigestó. A partir de entonces ya no pudimos hacer nuestras entretenidas excursiones a la despensa, pues mi madre ordenó cerrarla con llave.

En 1903, Mariano, de diecisiete años, comenzó sus estudios en el seminario... con el propósito de llegar a ser sacerdote; esa decisión dejó a su padre que, como el mío se confesaba un acérrimo anticlerical, completamente anonadado.

A mí, su vocación religiosa no me sorprendió demasiado. En más de una oportunidad, él mismo me había confesado (mientras provocaba dentro de mi corazoncito una inusitada desilusión) que su deseo era el de servir a Dios. Desde muy niño, le habían obsesionado las cosas eclesiásticas y todo lo místico y sagrado.

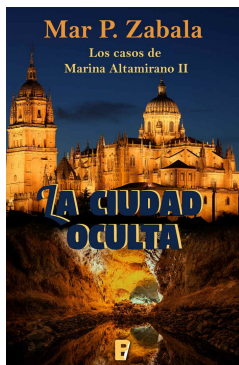
En cuanto a nosotras, las tres inseparables amigas, al finalizar los estudios primarios, íbamos a entrar como pupilas en un colegio de señoritas muy selecto, lo cual nos tenía realmente ansiosas y entusiasmadas. Primero se

hablaba de que sería en París, en el *Sacre Coeur*, el mismo colegio en que años atrás se había educado la emperatriz Eugenia de Montijo; después, de que sería en Londres... hasta que finalmente, tras largas reuniones de mis padres, y los de Paloma, decidieron que nos quedaríamos en un afamado colegio de Madrid. Creo que mi padre había hecho cálculos monetarios y estos no iban del todo bien, e igual le pasaba a don Gabriel Mendizábal.

Doña Natalia, la madre de Nuria, no estuvo de acuerdo con aquella última decisión y, mostrándose obstinada, alegó que su hija estudiaría en el extranjero porque ella y su esposo ya lo habían decidido así. Aún recuerdo la cara de Nuria, y sus ojos cuajados de lágrimas, ante aquella rotunda decisión de su madre.

A comienzos de noviembre de 1905, unos meses después de aquella amena charla entre doña Francisquita y yo, ella murió de un ataque al corazón, tal como había predicho: en paz y rodeada de sus seres queridos, que no eran otros que sus fieles criados, muchos amigos y vecinos y sus animalitos, quienes de verdad la lloraron. La noticia me dejó profundamente abatida. Lamenté no haber podido verla y continuar con nuestra amena charla. Por suerte, pude permanecer junto a su ataúd, antes de ser cerrado, y despedirme de ella. Nuria lloró la muerte de su abuela, mientras Paloma y yo la consolábamos. Tras abrazarnos, silenciosas nos acercamos al féretro y así, las tres amigas, tomadas de la mano, besamos su digna frente. Al mirar su sereno perfil, me pregunté: «¿Adónde habrá volado su alma? ¿En qué nuevo cuerpo volverá a renacer?». Y fue en ese momento en el que, por primera vez, sentí dentro de mí como una agorera premonición; el presentimiento de que algo espantoso iba a ocurrir... algo que provocaría en mí y, por consiguiente, en mis padres muchos sufrimientos, tal como doña Francisquita me había anticipado.

Y no estaba equivocaba.



Marina Altamirano, convertida en la detective estrella de la comisaria de Salamanca, trabaja a las órdenes de Carlos Tejedor, el que en otro tiempo era su compañero.

Una mañana un hotel céntrico de la ciudad amanece con sus puertas cerradas y sus habitaciones vacías. No hay rastro ni de los huéspedes ni del personal que trabaja en él. Los familiares se agolpan en comisaria pidiendo una pronta

resolución del caso.

La investigación lleva a Marina y a su actual compañero, Pepón García, hasta unos túneles que durante años han permanecido ocultos bajo el subsuelo de la ciudad, comunicando edificios sin que los ojos curiosos de los habitantes puedan verlo.

Una emocionante aventura que hará descubrir al lector la historia olvidada de Salamanca y sus misteriosos túneles.

“—Despierta, despierta, Rosa, venga que ya es hora de ponerse a trabajar.

Odiaba su voz, desde el momento en que interrumpió en su habitación, en donde se sentía a salvo y por fin podía descansar de las noches de hospital. Esa voz, grave, ruda y desagradable que desde aquel día la atormentaba noche y día, aparentando una afabilidad que estaba muy lejos de poseer. Y el olor, una mezcla de mal aliento y tabaco, que a estas alturas, con las fosas nasales inundadas de la pestilencia de aquellos húmedos y oscuros pasadizos, ya casi no notaba. La ropa de abrigo que les habían dado, aquel feo chándal y la sudadera dos tallas más grandes, no parecía ser nunca suficiente para quitarse la sensación de frío. Habían perdido la noción del tiempo, comían cuando les daban algo para

hacerlo, caminaban sin rumbo fijo sintiendo el agua llenando las deportivas, que al menos eran de su número, y oyendo las ratas deslizándose junto a ellos”.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Mar P. Zabala

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-91950-58-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La ciudad oculta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Mar P. Zabala
Créditos